

Rosamaría Roffiel



—¡Los hombres son una subcategoría!

La música cachonda de un jazz a media luz. Las voces, los murmullos y las risas de los invitados al coctel. Los colores chillantes sobre cartulina negra de los dibujos de Felipe Ehrenberg. La copa de vino blanco helado en mi mano. Todo se inmoviliza momentáneamente para mí ante el comentario. Volteo ligeramente a la izquierda: ahí está la autora de dicha afirmación. Menuda, con pantalones color malva, una blusa blanca de encaje y un corazón de oro colgándole del cuello, insiste ante su amiga:

—¡Los hombres son una subcategoría!

La miro, nos sonreímos y pregunto:

—¿Todos, o sólo los machos?

—¿Qué hay unos que no lo sean?

—Sí, como cinco, ¿no te parece?

—No he conocido a ninguno.

—Tampoco yo, pero no quiero convertirme en una pesimista.

Vehemente, fresca, espontánea, bonita, muy bonita, suelta una carcajada. En ese momento llega Fernanda, colega periodista quien nos hizo un reportaje sobre nuestro trabajo en el Grupo de Ayuda a Personas Violadas. Nos saludamos, besa a la del corazón de oro y se lleva a la mujer que platicaba con ella. Al quedarnos solas, la personaja en cuestión se me acerca y me extiende la mano:

—Hola, me llamo Claudia.

—Yo soy Guadalupe. ¿Cómo llegaste a tal conclusión?

—Experiencia tras experiencia.

—Pero todavía no estás cansada, ¿verdad?

—¡Agotada!

—¿A poco ya te diste por vencida?

—¡Ni madres! Hay subcategorías que me encantan.
¿A ti no?

—Peco de selectiva. También yo, experiencia tras experiencia, aprendí que más vale no coger a levantarte vacía de una cama.

—Eso suena a posgrado, pues ¿cuántos años tienes?

—Voy a cumplir treinta y siete.

—¡Con razón! No, yo apenas empiezo en la universidad de la vida. Tengo veintiocho y todavía me voy con la finta de los galanes perfectos.

—¿Cuáles son éstos?

—Hay dos clases: los plásticos y los intelectuales de izquierda.

—¿Cuál es cuál?

—Los primeros: traje impecable con chaleco y todo, zapatos Florsheim boleados, corte de pelo Zona Rosa o Polanco, Topaz y Rólex de oro. Los segundos: *jeans*, zapatos de gamuza o tenis, pelo largo y barba, Volkswagen o nada, y siempre con un *Proceso* bajo el brazo.

—¿Y cuál prefieres?

—¡Son exactamente iguales! ¡La subcategoría!

—¿Cómo lo notas?

—No me queda otra: cero comunicación, pésimo sexo, narcisismo galopante de su parte y desgaste paulatino de la mía.

—¿Y cuánto aguantas?

—Varía. Depende de mi necesidad de afecto y de mi grado de masoquismo en ese momento.

—¿Cuál es tu récord?

—Dos años y medio.

—¡Y hablas de posgrados! Yo jamás he resistido tanto. Me quiero demasiado.

—¿Entonces qué haces? ¿Te la pasas sola la mayor parte del tiempo?

—Sola no. Me tengo a mí, y a mis amigas.

Intercambiamos números de teléfono.

De puntitas para no despertar a los fantasmas

Claudia. Le queda el nombre. Le va con sus ojos color ámbar, sus labios carnosos y rosados, su pelo de dos castaños. Claudia. Me gustó, sí, me gustó. Pero nada. Otra pinche buga* que a la mera hora me salga con que ella sólo me quiere como amiga, que le muevo el tapete pero que no es su boleto, que qué pena, que no le gustaría perder mi amistad, pero que. . . ¡ni loca! Mejor rompo el papelito y me olvido del asunto.

Todavía estoy cansada de lo de Cristina. Fueron tres meses de enamoramiento en serio y después cinco de trabajar interiormente para arreglar el desamor. Pero no me arrepiento. Volvería a vivirlo. Fue un encuentro lindo. Una amistad sabrosa. Horas en el teléfono. Cartas que intercambiar. Libros que discutir. Cenas, cafés, carcajadas. ¿Cómo no iba a enamorarme de ella? Empecé a amarla como algo tan lógico, tan natural, como abrir un paraguas cuando comienza a llover. Claro, nunca le propuse nada porque sabía perfectamente que no podría corresponderme. Apenas acababa de descubrir que había lesbianas en nuestro grupo feminista y aún no se recuperaba de la impresión. Cuando me percaté de mi rollo decidí pedirle una tregua.

¡Mi querida Cristina! Al poco tiempo de haberla conocido le escribí: "Qué manera de meterte en todos mis momentos, de subirte a mis sueños cada noche, de quedarte en mi vuelo de mujer". Y así era. Gracias a ella andaba yo con la ilusión como único vestido. Nuestra complicidad creció igual que mi amor, hasta ocuparme toda. Mis deseos de amarla iban más allá de la realidad

*Mujer que, en apariencia, se relaciona sexualmente sólo con hombres.

misma. No supe corregir el rumbo.

La noche de la fiesta del grupo tomé conciencia de cuánto se me notaba el sentimiento. Entonces tuve miedo. Miedo de que las demás se dieran cuenta y la molestaran por mi culpa. Miedo de que ella se diera cuenta y decidiera apartarme de su vida. Traté de mesurarme, de disimular. Por supuesto, no supe hacerlo.

También, y esto inconscientemente, le exigí más que a otras amigas porque de ella estaba enamorada. Pero no era su boleto y sus reacciones no correspondían a lo que yo esperaba. Esto llegó a producirme una terrible sensación de impotencia y descontrol. No entendía sus mensajes ni sus códigos. Hasta que me confesé que yo misma la llevaba a veces a esos comportamientos que no lograba descifrar después. Yo, con mi vehemencia, mi radicalismo, mis exigencias. . .

Y es que hubiera querido abatir a espada sus miedos, agarrar a dios de la solapa y advertirle lo mal que le iría si ella llegaba a padecer un solo dolor más, apretarla en un abrazo largo para exprimírle la tristeza acumulada, amarla a toda mi capacidad aun a riesgo de morirme de tanto sentirla.

Pero llegó el momento en que el sentimiento empezó a ser desgarrador para mí. Me pasé semanas dándome de trancazos con ese amor que —asumo la responsabilidad— fue bronca totalmente mía. Traté de ser lo más honesta y clara, con ella y conmigo misma. Hasta que entendí: había que detenerse. No merecía ese dolor, ni ella tampoco. Era la hora del desprendimiento, y arrancarse de cuajo el amor es de los actos más difíciles. Además, lleva tiempo.

Le podría haber pedido perdón por irrumpir en su vida con mi amor no solicitado, pero no lo hice porque fue un amor lleno de buenas intenciones. En cambio, le pedí un tiempo para ordenar el sentimiento. Sabía que en la esencia existía una enorme amistad. Le propuse

reencontrarnos después para iniciar otra historia.

El reencuentro superó nuestras expectativas. Ninguna de las dos estaba segura de lograrlo. Pero se dio. Al principio creo que ambas estábamos cohibidas. Ahora la comunicación se hace cada vez más intensa. Seguimos pasándonos horas en el teléfono. Hemos llegado a colgar a las dos de la mañana. Al otro día tengo que despertarla a las siete y media para que no llegue tarde a trabajar.

Y es que Cristina llegó a mi vida en un momento muy especial. Fue hace dos años, cuando me quedé sin trabajo y tuve que dejar mi departamento. Durante cuatro meses anduve como nómada, de casa en casa, sin encontrar un sitio para vivir. También fue la época de la muerte de Diana. Entonces veía todo negro a mi alrededor, sentía que no había salida posible.

Cristina llegó con su ser único, a regalarme sus intentos de vivirse con sentido, su descubrirse y transformarse cotidianamente, su vulnerabilidad disfrazada de dragón terrible y verde, su turbación cuando la abrazaba y no era hora ni de saludarnos ni de decirnos adiós, su necesidad de afecto, su ternura intuida más que nada en su rubor y en algún toque escapado de su mano.

Y nos fuimos haciendo amigas, volviéndonos aliadas, saltándonos reglas, inventando ritos, descubriendo instantes. Hasta que fue una presencia cada vez más necesaria. Eso me ayudó a sobrevivir las últimas semanas antes de venir al encuentro de mi propio espacio y de mi tiempo en este departamentote, frente al Parque México, en el que vivo ahora con Citlali y Mariana.

Pero no, insisto, ni una buga más. Es mucho desgaste. La traen a una llena de "a lo mejores". Que si te quiero un chingo. Que si qué van a decir mis papás. Que si ningún cuate me da lo que tú, pero... Que si no sé qué me pasa porque yo no soy lesbiana. ¡Huy no!, de pensarlo me canso. Por más que me guste la tal Claudia, ¡ni loca!

Su teléfono a la basura y yo a pensar en mi próximo reportaje sobre Centroamérica.

De plano, amiga, ¡no más bugas, por favor!

El trabajo en el Grupo me rebasa. Ninguna de nosotras se imaginó que sería tan duro cuando decidimos crear un centro que diera apoyo médico, psicológico y legal a las personas violadas. Cada caso me aniquila. En las audiencias me dan ganas de patear a los violadores hasta reventarlos. También a los del Ministerio Público. Todos se cubren entre sí. Son cómplices. Lo que me desquicia por completo es cuando nos toca una mujer juez y les da la razón a los tipos. ¡Es de no creerse! Victoria ya me conoce rebién. Cada vez que nos toca llevar un caso juntas se la pasa observándome. Cuando me empiezo a poner roja enseguida me dice: “Tranquila, amiga, acuérdate: el que se enoja pierde”.

Pero aquí de todas formas perdemos, enojadas o no. Si me desespero mucho, la Vica me calma. No sé cómo resiste. De por sí la vida le cuesta tanto. Le sale mal. Cada mañana hace unos esfuerzotes por levantarse. Le duele el mundo. Que si van a invadir Nicaragua. Que si los trabajadores de Pascual. Que si el caso de Elvira Luz Cruz. No sé cómo se le ocurrió estudiar sociología si la realidad la rebasa. Y a quién no. Después de todo, quién dijo que la vida era fácil. Pero la Vica. . .

Y luego tan flaquita. A veces siento que otro fracaso amoroso o el siguiente caso de violación la va a romper en trocitos. Nos conocemos desde el setenta y siete, cuando las dos descubrimos el feminismo y entramos —muertas del susto— al Movimiento de Liberación de la Mujer. De ahí, pasamos a GRAPAV.

Hay ratos en que me desespera. Siento ganas de sacudirla. De meterle brillo a sus ojos negros. De tirarle de su pelo clarito y lacio. De conocer las palabras mágicas necesarias para que la vida le funcione. Bueno, y la

neta, a quién de nosotras nos sale así bien bien que tú digas ay qué trinchona fulana de tal mira cómo le pone las banderillas a su existencia. La verdad, a ninguna. Pero nosotras ai la llevamos. Hasta felices de vez en cuando. La Viquita nos preocupa. Como al año de que el Grupo echó a andar le empezaron unos dolores espantosos de cabeza. En esa misma época terminó su relación con Manuel. Ya tenían casi tres años de vivir juntos. Él se fue y ella se quedó sola en su departamentito lleno de recuerdos. El mismo bolero de siempre. También perdió su trabajo. La cabeza se le reventaba. Probó de todo: alopátia, homeopatía, bioenergética, acupuntura, limpias, masajes. Hasta clases de mambo tomamos. En el Grupo le bromeábamos, “¡Ay, amiga, lo tuyo es mental!” Y hasta eso, ella lo reconocía.

Al fin, dos años después, nos anunció triunfante que sus dolores habían desaparecido. “Ahora sí, amiga, nunca más”, me repitió obsesiva todo el camino a la delegación de La Perla, en Ciudad Nezahualcóyotl, a ver el caso del maestro de primaria que le metía mano a cuanta chamaquita podía y que, por supuesto, salió libre después de pagar diez mil pesos de fianza.

Me gusta llevar casos con la Vica. Como que hemos formado un buen equipo. Si una se cae la otra le pone el hombro y viceversa. Y cuando las dos nos deprimimos en exceso nos echamos un vinito. Casi siempre nos contamos nuestros rollos. Aunque a veces no porque nos deprimimos más. Ahora anda superentusiasmada con su nuevo romance. Cruzo los dedos porque este galán no le resulte ni miedoso ni casado ni cabrón, lo cual, la neta, está cabrón.

Ya sé lo que me va a decir cuando le cuente lo de Claudia, “De plano, amiga, ¡no más bugas, por favor!” Y tiene razón. Pero es que es redifícil no caer en este tipo de tentaciones. Qué vitaminas ni qué proteínas, si la necesidad primaria del ser humano es el afecto. Ahí anda-

mos buscando quién nos dé palmaditas para que nos salten el corazón, las hormonas y hasta el ego. Lo que pasa es que, después de lo de Cristina, le prometí a Victoria que ni una buga más. Me va a cantar como las mamás, “¡Te lo dije!”, y me voy a tener que aguantar. Bueno, y además qué le voy a contar si ya rompí el papelito con el número de teléfono. ¡Pinche Lupe, qué trampotas te pones!

La mejor forma de superar una tentación es cayendo en ella*

—¿Guadalupe?

—Sí...

—Soy Claudia. ¿Te acuerdas de mí? Nos conocimos en la exposición de Felipe Ehrenberg.

—Claro que me acuerdo. ¿Cómo te va?

—Bien, ¿y a ti?

—Aquí, sobreviviendo bastante dignamente para como están las cosas en el país.

—Hablo para invitarte a mi cumpleaños. Es el viernes, en casa de mis papás. ¿Apuntas la dirección?

Fernanda y yo llegamos juntas, como a las diez de la noche. Es una casa superburguesa. Salones y más salones, libros y, por supuesto, cuadros. Una escalera de esas anchotas y serpentinas por donde bajaban las quinceañeras en las películas de Marta Mijares y Raúl Farel. Montones de gente. Ellos, de traje; ellas de vestido de coctel, cual debe.

De entre los invitados brota Claudia. Está preciosa, realmente preciosa. Vuelvo a sentir ñañas en la panza. Nos saluda, nos pregunta qué queremos tomar y se pierde nuevamente entre los príncipes Sidi y las doncellas Liverpool, quienes ríen coquetas y tontas ante los comentarios masculinos.

Después de un rato pasamos a cenar. La mesa está puesta en el jardín: lasaña, lomo de cerdo frío, ensalada y pastel. Los meseros pululan por doquier cumpliendo los caprichos etílicos de los presentes.

* Óscar Wilde.

Fernanda y yo hemos logrado mantenernos un poco ajenas a toda conversación que vaya en contra de nuestros principios feministas, aunque ahora parece que no podremos zafarnos más: en nuestra mesa se sientan cuatro varones y dos chicas cosmo. Y empiezan las provocaciones.

—Es que no existen mujeres guapas que sean inteligentes, créanme.

—¿Hablas en serio?

—¿Tú has conocido a alguna?

—Pues no, realmente no.

—Te digo, es imposible que se dé esa combinación.

Nosotras sólo volteamos a vernos y nos pateamos ligeramente bajo la mesa para no caer en la tentación de contestar. El colmo llega cuando un pendejo pregunta:

—¿A que no saben cuál es el lema favorito de las feministas?

Nos ponemos en estado de alerta, el lomo frío se calienta en nuestro plato y permanecemos en una tensión notoria para cualquier ser sensible. Claro, aquí no hay ninguno, así que nadie se percata de nuestro estado.

El tipo continúa:

—Pienso, luego no soy mujer. . .

Sí, todos le festejan el “chiste”, ¡hasta las mujeres! Yo miro suplicante a Fernanda y le digo en voz baja:

—¡Por favor!, apúrate a comer que me están dando ganas de vomitar.

Ya en mi cuarto, mientras me pongo la camiseta de colores que uso para dormir, me repito que qué chingados fui a hacer a esa fiesta, que qué chingados tengo yo en común con Claudia y su mundo, que qué chingados voy a hacer si me enamoro de otra buga, que qué chingados me pasa que no aprendo las lecciones.

Tardo en dormirme.

Han transcurrido dos semanas y no he podido dejar de pensar en Claudia. Y trato, de veras. Como parte de la terapia ocupacional, trabajo en un intento de cuento para Diana, nuestra compañera feminista que murió de cáncer y cuya muerte nos dejó friqueadísimas. Suena el teléfono.

—¡Claudia, qué sorpresa! . . . aquí peleándome con la máquina de escribir . . .

Ante mi incalculable azoro, Claudia me comunica que ella también escribe, poesía y cuento. Me lee algunas cosas, me habla de su deseo íntimo de ser poeta más que narradora; de su desafortunada relación amorosa con un chavo con quien estuvo a punto de casarse pero quien la devaluaba constantemente y la hacía llorar un día sí y otro también; de sus inseguridades, de su necesidad de afecto, de los sentimientos tan encontrados que a veces siente por su madre, de sus frustraciones profesionales, de su soledad, de de de

Tras casi dos horas, cuelgo y no puedo creerlo. Luego entonces, esta personaja de pelo de dos castaños y ojos color ámbar no es nada más una frívola niñita iberoamericana y discotequeña.

Y yo, que esperaba el menor pretexto, me dejo ir en la alfombra mágica de la ilusión, haciendo caso omiso de mis antenas y de mi percepción. Y la esperanza renace en mí.

Los territorios se conquistan con amor

Nuestro departamento es inmenso, o al menos así nos lo parece después de meses de peregrinar en busca de un sitio decente donde vivir. Es de cuando las personas importaban, de esos de techos altos y de alma anciana. ¡Y tiene tres recámaras! Y son grandes, no de ésas de “compermisito” que construyen ahora, donde sólo caben la cama y la depresión que te invade por vivir en semejante espacio.

Nuestras recámaras son tan distintas, como nosotras, supongo. Para el resto de la casa negociamos entre el fanatismo casi kármico de Mariana por el *art nouveau*, la costosa debilidad de Citlali por los cuadros originales y mi tendencia por los muebles viejos y los colores chillantes. Resultó una buena combinación. La sala es totalmente *art nouveau*, decorada en exclusiva por Mariana. Los cuadros son aportación de Citlali. Y nuestro comedorcito, ah, nuestro comedorcito es rojo, con un trinchador de esos antiguos que venden carísimos en San Ángel y no tanto en los bazares de Puebla.

¡Y plantas, plantas por todas partes! ¡Hasta en el excusado!

Qué distinto de mi primer departamento. ¡Era un huevito! Pero cómo lo amaba. Soñé tanto con un lugar propio donde colgar esas cositas que te recuerdan constantemente a quien te las regaló. Al principio, sólo tenía mi colchón en el suelo, mi escritorio, mis libros y una máquina de escribir y un tocadiscos comprados de segunda mano, verdaderas piezas de museo. Para Navidad, mis amigas me regalaron ollas, sartenes, platos, cucharas. “¡Parece despedida de soltera!”, se quejaban el veinticinco de diciembre que nos reunimos a comer en mi pequeño territorio ganado con sangre, sudor y lágrimas.

¡Qué chantajes los de mi madre!: económico (“¿Y ahora quién me va a ayudar con los gastos de la casa?”), moral (“¿Cómo puedes hacerme algo así, a mí que me he sacrificado tanto por ustedes?”), psicológico (“¡Una mujer viviendo sola! Te expones a que cualquiera entre y te robe, o te viole, ¡o hasta te mate!”).

De pronto, me convertí en una heroína para los amigos de mis hermanos y en la más cruel de las villanas para las amigas de mi mamá.

Y como los mensajes maternos son los que más directo llegan y más profundo se arraigan, las primeras noches me las pasé con el ojo pelón, por el miedo. No me importó. Pagué el precio fascinada de la vida. Cada momento libre, corría a estar en mi casita. La limpiaba con devoción. Lavaba los trastes como en éxtasis: más que tallarlos, los acariciaba.

Poco a poco fui llenando mi espacio, sintiéndome bien, sin culpas. Cada vez que ponía algo nuevo era como inaugurarlo. Mis amigas se pasaban horas y salían felices. Me sentían cambiada, me redescubrían.

También poco a poco empecé a conocer a las vecinas. Éramos cuatro mujeres solas en el edificio, una pareja joven y el resto, leoneras. Mi vecina Gloria era divorciada. El marido le había quitado al único hijo que tuvieron. Y tras un infierno de audiencias y amenazas, decidió que su amor le alcanzaba para dejar de envenenarle la vida al niño. Renunció a él. Cada cumpleaños, Navidad y fechas importantes le mandaba un regalo con una tarjetita, “para que vea que su madre no lo olvida”. Yo no le decía nada, pero ¿le llegarían los regalos y las tarjetitas al pequeño? Gloria tenía manos de hada para las plantas. Cada matita que me regalaba era un poema. Violetas, clavelines, millonarias, teléfonos. Mi balconcito, mi cocinita, mi departamentito entero se llenó de colores y de esa sensación tan especial de vida que dan las plantas y las flores.

La comida fue otra historia. Acostumbrada a que la muchacha me atendiera, apenas si conocía el secreto para que la yema de un huevo estrellado no se pegara en el sartén. ¿Qué hacer? Compré libros de cocina, de esos de tres por cien pesos que vendían en los Roma-Mérida. Intenté recetas, inventé guisos, hasta que logré dominar dignamente la creación culinaria.

¡Ah, qué tiempos! Encontré la felicidad momentánea regando macetas, cortando papas y tomando cerveza, sola, con Joan Manuel Serrat y Georges Moustaki cantándome, cómplices.

De entonces para acá, más de una década de no hacer “vida con mamá”. Debería haber una ley: los jóvenes, de cualquier sexo, a vivir solos un tiempo antes de casarse. Qué importante aprender a valerte por ti misma. Qué rico aprendizaje el de la libertad. Costoso, sí, es cierto, pero tan gratificante. Aunque, hay que admitirlo, la libertad no fue hecha para todos. Qué pesar. Conozco montones de seres que no sabrían qué hacer con su vida si fueran dueños de ella. ¿Será cuestión de... de qué?

A veces, cuando alguna amiga nueva me sale con que “ya me tengo que ir, es tardísimo, ¡mi marido/papás me va/van a matar!”, me sacude y me hace consciente de esa libertad que muchas de nosotras vivimos ya como algo gratuito y natural.

Además, resulté una pervertidora. Varias mujeres cercanas siguieron mi ejemplo, cuando ni siquiera se habían atrevido a pensar en ello. Finalizaban los sesenta. Eso no se había visto en la clase media mexicana. Esos libertinajes sólo existían en Europa y Estados Unidos. “¡Qué nos espera, Señor!” gritaban los padres de familia en aquella época. Y tenían razón en preocuparse. Porque los setenta estuvieron tupidos, y los ochenta pintan mejor.

Citlali, Mariana y yo decidimos vivir juntas debido a

la crisis (la económica, porque la existencial no estaba tan densa en ese momento). Citlali y yo nos conocimos en el depa donde Mariana vivió cuatro años con María, antes que decidieran tener cada una su espacio, para tratar de salvar la relación. Nos caímos bien enseguida. Y es que Citlali conserva ese candor, ese buen instinto y corazón gentil que cada vez menos gente conserva. Es fotógrafa, empeñada en vivir de la fotografía aunque tenga que pasarse una semana encerrada en el laboratorio, sin comer, dormir ni lo demás. Es presumida. Le gusta vestir bien. Yo me doy cuenta de los cambios en la moda sólo por los modelitos que estrena Citlali.

Mariana y yo somos más bien fachosonas. A mí no se me quita ese aspecto de feminista de los setenta. ¡Ay, Santa Flora Tristán! ¿Será para siempre? Ya anuncié: no acepto más ropa india de regalo. Mariana es más sobria, más tradicional, con sus pantalones de pana, sus blusitas y sus suéteres de colores. Parece estudiante de alguna universidad inglesa. Ella misma parece inglesa, con su melena castaña, sus ojos aceitunados, sus rasgos europeos. ¡Y tan tímida! Queda perfecta en su cubículo del Colmex. El tipo de Citlali es más mexicano, aunque, la neta, no tanto. Por lo menos tiene pelo y ojos oscuros, no que yo, ¡güera de ojos azules! Siquiera me pusieron Lupe y no Jacqueline o Jessica. ¡Horror! No cabe duda que la conquista dejó sus huellas. ¡Y nosotras que nos sentimos tan mexicanas! Ya estamos haciendo planes para poner nuestro altar de muertos el primero de noviembre. Invitaremos a nuestros sobrinos, adoradores del pinche *halloween*.

Las tres hemos formado una familia y hemos hecho de nuestro espacio un templo. Le hablamos, le prendemos incienso, le ponemos música, le compramos flores. Lo llenamos constantemente de buena energía, de olores, de risas. Además, contamos con un verdadero ángel —llamado precisamente Angelita— que viene tres ve-

ces a la semana y deja su porción de amor en nuestro hogar. Y no falla. Cada invitado exclama al entrar: "¡Pero qué linda casa! ¡Es como un bálsamo!" Nosotras nos miramos cómplices, sonrientes, llenitas de esa hermandad que crece cada día más entre Mariana, Citlali y yo.

La vida es una ensalada agridulce

Quién lo dijera. Espero a Claudia. Pese a todos mis autolavados de cerebro, aquí estoy, próxima a encontrarme con ella y cumplir así con mi destino. Porque esto es una cuestión de destino, que ni qué.

Llamó por teléfono y anunció:

—Te voy a secuestrar. En veinte minutos paso por ti.

Y colgó. Y no me dio tiempo ni de pensarlo ni de decirle que no. Además, no iba a decirle que no. Pati acababa de irse. Habíamos comido juntas y ella se despidió para ir a encontrarse con una mujer violada. Mientras comíamos hablamos de su matrimonio, de mi enamoramiento por Cristina, de nuestro trabajo en el Grupo, de lo difícil que es vivir y de lo hermosa que se pone a veces la vida, pese a todo. Se despidió contenta, optimista, acelerada como siempre.

Tres horas después, una Patricia distinta tocó a mi puerta. Cubierta de llanto, temblorosa, en cuanto abrí se arrojó a mis brazos.

—¡Lupe, no puedo más!

La apreté, le acaricié el pelo, la llevé a la cocina, le serví agua mineral. Ella no paraba de llorar.

—Es que cuando crees que ya oíste el peor caso, llega otro aún más terrible. . .

Se tapaba la cara con las manos mientras las lágrimas se le colaban entre los dedos y le mojaban los brazos. Yo seguía acariciándole la cabeza, le secaba las mejillas, la oprimía más fuerte como para absorber su dolor. Nos sentamos en el mismo sofá donde hacía unas horas habíamos tomado café y reído a carcajadas.

Se llama Marta, tiene veinticuatro años, salió con dos compañeros de su trabajo y otra amiga más. Fueron a una fiesta en un departamento de la colonia Roma, de

esos antiguos que tienen la sala y el comedor adelante, un pasillo muy largo y las recámaras hasta el final. En la fiesta había otras parejas. Algunas bailaban. Todos tomaban cubas. Al rato de haber llegado, el acompañante de Marta insistió en bailar, empezó a pegar su cuerpo al de Marta, a tratar de meterle un muslo entre los suyos, a bajar las manos más allá de la espalda, a pegar su aliento contra el oído de ella.

—Creo que es mejor que nos sentemos —dijo Marta un poco nerviosa.

—¡N'ombre, vamos a bailar otro poquito!

—Mejor vámonos, ya es muy tarde.

—Muy bien, como prefieras.

—Voy por mi abrigo y mi bolsa.

—Te acompaño.

Caminaron por el pasillo hasta la última recámara. Él miró hacia donde estaba su amigo y le hizo una seña que Marta no entendió en ese momento. Al entrar en la pieza, él cerró la puerta, y antes que ella hubiera tomado su abrigo y su bolsa, la empujó sobre la cama y se le echó encima.

—Pero, ¿qué haces? Déjame, ya me quiero ir. . .

—Y tú qué dijiste, a este pendejo ya me le escapé, ¿no? Pues te chingaste, mi reina, porque aquí perdiste y vas a hacer lo que yo quiera.

Comenzaron a forcejear. Él la golpeó en la cara, en los brazos, en el vientre. Marta lo arañaba, luchando desesperadamente por zafarse. Pero él era más fuerte. Le desgarró la ropa, le bajó las pantimedias y se las arrancó con todo y zapatos.

La penetró por delante y por atrás, le mordió los senos hasta casi arrancarles los pezones, lo mismo que las orejas. Marta gritaba. Pero la sala quedaba muy lejos y alguien había subido el volumen de la música. Cuando al fin él eyaculó, Marta suspiró y, todavía convulsionada por el llanto, trató de levantarse para ponerse su

ropa cuando él, de un empujón, volvió a tirarla sobre la cama.

—¿Qué te piensas, hija de la chingada, que ya acabamos? Pues estás muy equivocada, aquí te vas a quedar otro ratito conmigo, ¿qué no ves que la estamos pasando rico?

La golpeó más. Le metió su miembro en el ano y después en la boca.

—Toma, cómete tu propia mierda, ándale, eso es lo único que saben hacer las mujeres: comer mierda. Ándale, hija de puta, abre bien el hocico, mámamela sabroso, cabrona.

De los insultos pasaba a una ronda de “te quiero, hija de la chingada, perra inmunda, quiero hacerte un hijo, quiero tener un hijo tuyo, puta desgraciada, te amo te amo”. Y de nuevo a los golpes. Esta vez le eyaculó en la cara. El semen se le metió a Marta por la nariz, por los ojos, por la boca. Le escurrió por el cuello, hasta las orejas. Ella se incorporó bruscamente y comenzó a vomitar.

—¡Perra, perra inmunda! ¿Cómo te atreves a hacerme esto?

Y la golpeó más.

Todo pasó hace quince días. La chava no ha querido volver al trabajo, en su casa nadie se explica qué le sucede, no quiere salir a la calle ni saber de nada ni de nadie. Victoria conoce a la amiga que estaba en la fiesta y ella le contó. Fueron las dos a casa de Marta y prácticamente la obligaron a salir para encontrarse conmigo. . .

Patí hablaba entre sollozos, aprisa, sin darme oportunidad de preguntar nada, como si quisiera vaciarse de recuerdos desagradables. A ratos se quedaba callada. Yo era incapaz de violentar su silencio.

—Y lo peor, Lupe, ¿qué carajos le dices a una mujer que acaba de pasar por algo así? ¿Qué le prometes? ¿Qué

alternativas le ofreces? Ni siquiera le podemos asegurar que ya no la volverán a violar, o que la ley estará de su lado y el violador será castigado. ¡Estoy enferma de impotencia! Ya no sé quién necesita más ayuda psicológica, si ellas o nosotras.

A mí, las lágrimas se me caían solas de los ojos. Si Pati no tenía nada que prometerle a Marta, ¿qué podía yo ofrecerle a mi vez a Pati? ¿Que nuestra lucha tiene asegurado el triunfo, en un país donde las leyes protegen a los agresores, donde quienes aprueban esas leyes son unos prepotentes y, algunos de ellos, violadores también, que la policía, que el Ministerio Público, que los jueces...?

Nos quedamos abrazadas un rato más. Los sollozos de Pati se fueron haciendo menos. Cuando se calmó casi totalmente la acompañé hasta su coche. Ni siquiera nos dijimos nada. Arrancó y la última imagen que me quedó de ella fue de una tristeza y un cansancio que se le salían por cada línea del rostro. También yo me quedé cansadísima. Justo al entrar sonó el teléfono.

Y ahora aquí está Claudia para rescatarme de esa sensación de semen pegostado y de impotencia acumulada que me produjo el relato de Pati.

Me dejó llevar en el Atlantic, modelo del año, hasta el Sanborncito de Polanco. Claudia pide un vodka y una sopa de pollo. Yo, un té de manzanilla con unas gotas de limón.

—¿Qué tienes? Te ves un poco depre.

—Estoy hecha pomada.

Y le cuento, deteniéndome a ratos porque se me hace un nudo en la garganta.

—Pero si se sabe el nombre del tipo, el lugar donde trabaja, donde vive, ¿por qué no se le puede meter a la cárcel?

—Porque en este país, el delito de violación es el único donde la víctima tiene que demostrar que es víctima.

—¿Cómo es eso?

—Cuando alguien te roba tu cartera, vas, pones una denuncia y si se captura al ladrón, éste tiene que demostrar, con pruebas, que es inocente. En el caso de violación, cuando una mujer llega a poner su denuncia, es ella la que debe probar que, en efecto, fue violada.

—¡Pero es el colmo!

—Y no es el único colmo nacional. Hay miles.

—¿Apoco no hay violadores en la cárcel?

—Poquitérrimos. Todos pagan fianzas ridículas, o mordidas, y salen libres como el viento. En el Grupo tuvimos un caso en el que la sentencia fue pagarle dos mil pesos a la víctima porque su blusa se rasgó durante el ataque y la juez —¡imagínate, una juez mujer!— decidió que ése era el precio de la prenda y que con su pago era suficiente.

—¡No te lo puedo creer!

Se me sale lo feminista y me enfrasco en un rollito sobre la violación. Claudia me mira conmovida. Después, me cuenta de un intento de abuso sexual que vivió de niña, me habla de su infancia, de sus padres, de su nana. Yo la oigo en absoluto estado de trance. De pronto, se calla y me dice:

—¿Sabes qué me gusta de ti? Que sabes escuchar. Ya casi nadie lo hace.

No sé qué contestar y mejor no contesto nada. Claudia sonrío, y agrega:

—¿Te propongo algo?

—Sí, ¿qué?

—Una velada literaria. Yo llevo mis poemas y tú sacas tus cuentos. Nos los leemos y me invitas a dormir para no tener que regresar sola tan tarde a mi casa.

Taquicardia. Me da taquicardia. Y sólo alcanzo a musitar:

—¿El viernes?

Somos mujeres, y nos gusta serlo

Dejo que pase la tarde frente a una taza de café. A mi alrededor, un constante murmullo de voces y de niños que corren por entre las mesas como moscas heridas por la luz. Sin embargo, me siento aislada. Es un alto en mi día. Un regalo del tiempo. Para mí sola. Para recordar la vida. Señalar mis ciclos. El camino andado. Mis años de soledad, sintiéndome un hongo extraño y diferente a cuanta mujer conocía. Ajena por completo a la realidad doméstica de mis ex compañeras de escuela, a las ansias matrimoniales y maternas de mis compañeras de trabajo, a las vidas mediocres de mis vecinas. Yo, la rara. La desadaptada en silencio. La que nunca entendió por qué no era como las demás. Qué lejos esa mañana de octubre de 1977 en que oí hablar a las feministas por primera vez y me dije —atontada por la sorpresa—, “¡Pero si yo soy feminista, y no lo sabía!” Qué aturdidor el gozo al descubrir que había mujeres que vivían como yo, que esperaban lo que yo, que hablaban mi mismo lenguaje. Qué conmovedor alivio encontrar respuestas a preguntas que me inquietaban desde la infancia. Acudí a mi primera reunión en casa de Marta Lamas como quien acude a una ineludible cita con lo desconocido. Pavor, curiosidad, nerviosismo, ilusión. Éramos catorce mujeres. Comenzamos a hablar de abortos, amantes, virginidades perdidas. Nos pusimos íntimas, sinceras. Bebíamos vino tinto. Nos reímos como desconocidas, a cada rato alguna se levantaba a hacer pipí. Nos sentíamos deliciosamente perversas y maravillosamente libres al comunicarnos cosas que no le diríamos a nadie más. Entonces supe que ya no estaba sola. Que había encontrado un nuevo significado de la palabra amistad. ¡Con qué orgullo empecé a portar el estigma del

feminismo! *Bola de viejas locas, guangas, desocupadas. Bola de lesbianas, antihombres. Bola de feas y amargadas.*

Pero, digan lo que digan, las mujeres del futuro van a tener que agradeceremos muchas cosas a nosotras las pioneras del decir que no, del atrevernos a pensar y a desafiar, a vivir solas, a ser independientes, a correr riesgos, a negarnos a ser objetos sexuales, a enfrentarnos con una nueva mentalidad a una sociedad secular y patriarcal.

La mayoría cargamos historias tremendas, que no sólo no han logrado aniquilarnos, sino de las cuales aprendimos a sacar nuestra fuerza. Millones y millones de mujeres nacientes a una nueva identidad, buscando dentro y fuera de nosotras mismas, dispuestas a probar una forma distinta de ser, ansiosas de una relación más digna y equitativa con el hombre o con otra mujer, conociéndonos por primera vez en nuestra vida. La visión de nuestras posibilidades nos tiene sorprendidas, incrédulas. A algunas quizás aterradas. Y ya es demasiado tarde para detenerse. Éste es un proceso que ha comenzado y no dará marcha atrás. Cada vez queda más claro: somos la fuerza del futuro, el motor de la próxima historia, y el hombre lo sabe, y tiembla. Habrá muchos que compartan nuestro amanecer. El resto, echará mano de recursos desesperados que lo harán sucumbir más pronto. Los que estén dispuestos a renunciar a sus privilegios, serán los que construyan la nueva sociedad a nuestro lado.

Para muchos, feminista es sinónimo de lesbiana. ¡Ojalá! Pero, ni todas las feministas son lesbianas, ni —desafortunadamente— todas las lesbianas son feministas. Si supieran qué lucha tan ardua para que muchas “compañeras feministas” aceptaran lesbianas dentro de sus propios grupos. No fuera que las confundieran . . . Para ellas fue un alivio cuando se organizó el Movimiento de Liberación Homosexual en México. De todas formas, la

gente sigue con la idea. Y sí, algunas feministas somos lesbianas, o sea, somos mujeres que amamos a otras mujeres, o sea que en realidad también somos personas, uno de los dos géneros que conforman la humanidad, y miren, ¡qué casualidad!, nacemos, crecemos, nos reproducimos y morimos . . . igualito que el resto de la raza humana; nos gustan los helados y los tacos; ¡oh, desgracia!, tenemos que trabajar para pagar la renta; nos dan hasta por debajo de la lengua como a Lupita D'Alessio; tomamos camiones, peseros y hasta el Metro; pertenecemos a todas las religiones, ideologías políticas y signos zodiacales y, como dice Rita Mae Brown, venimos en todos los colores y sabores. Sí, como a ustedes, nos tocó nacer y vivir en el planeta Tierra, siglo xx y para colmo en México Distrito Federal, así que algunas estamos un poquito neuróticas, como algunos de ustedes. Y es cierto que —igualito que ustedes— a veces nos aventamos unos amores que son verdaderas tragedias en varios actos. Y lo peor: hasta parece que andamos con un cuate, o peor aún, que el cuate somos nosotras. ¡Ay, caray!, dice una de pronto, ¿pues qué pasó aquí? Pues nada, que por más feminismo, libertad y buenas intenciones, estamos retacadas de clichés, de conductas aprendidas, trampas, autosabotajes, limitaciones, en fin, vaina y media.

Claro, habría que aprender a amar de otra manera. Cambiar las canciones rancheras y los boleros por una música propia, inventada por nosotras y nuestra compañera. Cómo me gustaría sacar un desplegado en todos los periódicos, algo así como una invitación a las lesbianas que aún repiten los patrones de dominación tan comunes en las relaciones amorosas heterosexuales: amemos diferente, sin cortarnos las venas, sin amenazar con tirarnos desde un puente en el periférico, terminar vomitando en Garibaldi o bajándole la novia a la amiga nada más para que vean qué chingona vengo este

año, es decir, no amemos así como dicen que amamos las lesbianas, como si fuéramos la versión femenina del Charro Negro. Porque, digo yo, tanta publicidad que se le hace al amor y luego resulta que andamos pálidas y ojeras, deprimidas, diciendo a los veintidós años que la vida no vale nada y que todas las viejas son iguales. Pues no, afortunadamente, la vida vale muchísimo y no todas somos iguales. Existimos unas que todavía pensamos que el amor puede ser distinto, que no es necesario enamorarse apasionadamente para construir una relación de pareja, que hay otras formas además de la convivencia y la posesividad, que luchamos cotidianamente contra los celos, que damos una importancia tremenda a la libertad y la privacidad de nuestra novia, que tratamos de hablar con honestidad para no dar cabida al resentimiento, en fin, que nos esforzamos para que nuestro amorcito sea un oasis adonde correr después de un día de trabajar en el gobierno, hacer cola para tomar el Ruta 100 o respirar plomo y amibas desde las siete de la mañana.

Para mí, descubrir que podía amar a las mujeres fue tan importante como para Colón descubrir América. Y no es que tuviera mala relación con los hombres. ¡Al contrario! Me tocaron cuates lindísimos que, para mis veintitantos años todavía me alcanzaban. Íbamos a jugar boliche, al cine, a tomar la copa, a bailar al Barbarella, a comer tacos y a coger. Pero entre más me conocía yo, más me desconocían ellos, hasta que llegó un momento en que los huecos eran más que los rellenos. Para entonces, las mujeres ya habían brillado en mi universo. ¡Ah, las mujeres! Tan determinantes en mi vida, para bien y para mal.

Mi madre, que no se derrumbó cuando la dejó mi padre. Que aunque repitiera que una mujer necesita de un hombre para existir, en la práctica me demostró lo contrario.

Mi abuela, a quien debo, entre otras cosas, dos de los más hermosos regalos que recibí durante mi infancia: el amor por los libros y el saber que se es el ser más importante en la vida de alguien.

Mis hermanas, quienes con su ejemplo me demostraron exactamente cómo no quería yo que fuera mi vida.

Miss Marianne, mi maestra de literatura, quien sembró en mí para siempre una pasión por los poetas ingleses de todos los siglos.

Esas mujeres anónimas, compañeras de ruta en los Roma-Mérida y los Mariscal Sucre, quienes me enseñaron a defenderme de los manoseadores y los masturbadores, anónimos también.

Aquellas compañeras de trabajo que me acogieron tan dulcemente la primera vez que pisé una oficina, a los dieciséis años, muerta del susto. Y esas otras que más tarde fueron mis rivales y gracias a quienes aprendí a levantar la voz y a exigir mis derechos.

Doña Raymunda, espiritista y vecina de mis abuelos en Veracruz, quien platicaba horas conmigo sobre cómo hay que amar a cada ser viviente de este mundo y cómo es que la muerte no existe porque en realidad somos alma vestida con un cuerpo y una mente.

Paola, quien con su mirada llena de fuego y su boca tierna me reveló mi posibilidad de amar a las mujeres.

Eva, mi primera relación amorosa, con quien conviví cuatro años, y quien supo reconocer y saciar mis ansias de descubrir los misterios del arte y la literatura, quien me enseñó a distinguir el buen cine y el buen teatro, y a amar la música clásica. Eva, quien no supo entender que el para siempre no existe y convirtió las últimas semanas de nuestra historia de amor en un auténtico infierno.

Marisa, mi amante, mi amiga, mi hermana cósmica, mi orgullo de relación. Siete años de vivir juntas con amor y sin engaño. ¿Por qué separarse cuando la pasión

se extingue si quedan tantas cosas más? Sólo la distancia física que la llevó a su trabajo en Europa hizo que dejáramos de compartir un mismo techo.

Y todas aquellas mujeres a quienes he amado, aquellas a quienes me inventé que amaba, aquellas que no pudieron amarme. A ellas debo mi fuerza. Por ellas conocí mi capacidad de amar, y de llorar. Aprendí la delicadeza de la pasión. Su presencia me acompaña siempre, porque son ya parte de mi historia.

Profundizando la conciencia

Claudia anuncia su llegada con tres chiflidos de esos que las mamás dicen que son de arriero o de cargador de la Merced. Me asomo por la ventana y la veo frente a la puerta del edificio, cargada con fólders repletos de papeles, un costal también repleto de quién sabe qué, un extraño estuche negro rectangular y un ramo de gardenias. Salgo corriendo a ayudarle.

—Oye, cómo pesa esta bolsa, ¿pues qué traes?

—Mi ropa, mi secador de pelo y mis pesas.

—¿Tus qué?

—Mis pesas. ¿No te había contado que hago pesas todos los días?

—Para nada, pero me va a encantar verte mañana.

Dejamos todo en mi recámara.

—Te voy a prestar mi cuarto y yo me voy al de Citlali, que hoy no duerme aquí.

Preparamos té de durazno, de ése que me trajo Mari-sa de París y que espero me dure toda la vida. Nos instalamos sobre la alfombra de la sala, rodeadas de plantas y de cuartillas con los poemas de Claudia y con mis incipientes cuentos sobre mujeres.

—¿Quién empieza?

—Tú, por supuesto. Para algo eres la invitada.

Lee con su voz suave y rasposita, toda su producción poética. Al final de cada poema doy mi opinión. A casi todos les falta trabajo. A veces, sin embargo, logra trozos bellísimos.

Yo leo el cuento que le escribí a Diana. Cuando terminamos la lectura, nos alabamos y nos criticamos mutuamente. Entonces, Claudia toma su misterioso estuche, lo abre, saca unos trozos metálicos y arma con ellos una flauta traversa.

—Ahora quiero hacerte un regalo.

Se pone de pie y comienza a producir sonidos dulcísimos. Parece una pequeña hada descalza, con el pelo alborotado y la mirada humedecida. A mí, la neta, se me cae la baba.

Al extinguirse la última nota musical, nos quedamos mirando a los ojos. Ella deja la flauta a un lado y me abraza.

—Me haces sentir cosas muy raras —dice bajito.

Nos vamos abrazadas hasta la recámara. Le muestro la parte práctica de la noche: dónde está la pasta de dientes, el algodón para desmaquillarse y las toallas limpias. Enseguida me dispongo a salir de la pieza.

—¡Quédate!, vamos a ponernos juntas la piyama.

Tanta naturalidad y confianza me seducen todavía más. Hacemos pipí, nos embarramos de crema, nos la limpiamos con un algodón mojado en agua fría y nos ponemos nuestros respectivos camisones. Es inútil. Lo tímida nunca me abandonará: cuando Claudia se quita el brasier, yo desvío disimuladamente la mirada.

Ella se mete entre las sábanas de mi colchón en el suelo y yo me siento en el otro extremo.

—Cuéntame más de ti, desde que naciste hasta ahorita —le pido.

Claudia mira su reloj y comenta sonriendo:

—¡Pero si ya son las dos de la mañana! No me va a alcanzar el tiempo.

—¡Al menos una parte, Claudia!

Hija única. Padres pequeñoburgueses. *High-school* en Estados Unidos. Primera relación sexual a los quince años. Ciencias y Técnicas de la Información en la Iberro. Departamento en La Herradura. A mí la corriente sanguínea se me detiene por momentos. ¿Qué hacer a estas alturas de la conciencia?

—Ahora cuéntame tú.

Cinco hermanos, dos hombres y tres mujeres. Fami-

lia clase media media. Madre divorciada. Padre inexistente. Estudios comerciales. Periodista autodidacta. Aprendiz de revolucionaria. Feminista de tiempo completo. Asalariada desde los dieciséis años. Virgen hasta los veinte. No creyente en el matrimonio.

Aquí, Claudia salta sorprendida.

—¿Y eso por qué?

—Me parece antinatural, tramposo, por lo menos así como está instituido.

—¿Cómo es eso?

—Cuando dos personas se unen en un momento determinado de su vida es porque ambas ven hacia el mismo punto, pero como somos seres evolutivos —los que lo somos, desde luego— pues empezamos a caminar, y generalmente una pareja camina hacia direcciones distintas, a ritmos diferentes y entonces viene el rompimiento. Es cuando hay que saber que llegó el momento de transformar la relación amorosa en una amistad que tendría que durar, esa sí, para siempre.

—¿Y esas parejas, como mis papás, que duran años y años juntos, hasta-que-la-muerte-los-separa?

—¡Piensa tantito, Claudia! Ahí es la mujer la que se queda atrás y el hombre el que camina. Por eso duran.

—Sí, la verdad que sí.

Se queda pensando un momento.

—Por eso a mí me da tanto susto casarme.

Acto seguido, procede a contarme sobre sus dos relaciones actuales: Juan Carlos, soltero, celoso, posesivo, un toro en la cama, y Javier, casado, medio indiferente y de eyaculación precoz.

—¿Y estás enamorada de alguno? —pregunto con un hilo de voz.

—No sé. Los dos dos me gustan, aunque ninguno me llena totalmente.

—¿No te conflictúa tener dos relaciones al mismo tiempo?

—Para nada. A mí, la monogamia no se me da.
Cada frase de Claudia me pone la carne de gallina. ¿En
dónde me estoy metiendo, Santa Josefa Ortiz de Domín-
guez, en dónde?

En la vida de cada mujer hay una amiga radical

Corro, como todo el mundo en esta ciudad. Voy a encontrarme con Victoria para entrevistarnos con una mujer violada. Claro, ya se me hizo tarde, como a todo el mundo en esta ciudad. Chin, y la cita es hasta el mero centro. Qué ganas de pararme un ratito a ver los edificios, a oler los olores, a meterme en las tiendas. ¡Pinche prisa!

Llego al cafecito pero no veo a la Vica. Y sí a Norma. Qué onda, pregunto. La Viquita anda depre y no pudo venir. Sí, ya sé, a mí también me preocupa. La veo apagar. Cada vez más delgada. Cada día menos viva. Qué podemos hacer. Sí, si todas le hablamos, la invitamos, la queremos. No, no seas fatalista. ¿Por qué carajos va a tener que caer en otra crisis como la de hace dos años? Además, entró a terapia con Dulce, está haciendo yoga y trae galán nuevo. Todo eso ayuda, ¿o no? ¿Por qué le va a salir miedoso? No, así no son todos. OK, casi todos. ¡Pinche, Norma!, luego no quieres que te tachen de radical en el grupo. En primer lugar, hay que diferenciar entre hombres y machos, y, en segundo, sí hay cuates buena onda, ¡y punto!

—¿Te ha tocado alguno?

—Újule, ya te veo venir. Pues sí, me tocaron varios en mis años mozos y uno más recientito.

—¿Y dónde está?

—Bueno... la relación fue breve porque se fue a vivir a otra ciudad porque le salió una chamba muy buena. A lo mejor si se hubiera quedado...

—Y a lo mejor si los coches volaran, los congestionamientos serían más arribita, ¿no?

—Está bien, está bien. No fue óptimo, pero era un tipo lindo, tierno, no tan machín.

—Entiéndeme manita, mis sentimientos respecto a los hombres son producto de mi experiencia. Siento poca simpatía hacia su persona. De hecho, a un cierto nivel, son casi invisibles para mí. Trabajo con ellos, comparto los camiones, los cines, las calles, bueno, hasta platico con algunos, pero de eso a tomarme la molestia de iniciar una relación amorosa o intentar un conocimiento mutuo, no, eso ya pasó a la historia. Lo hice durante años, cuando tenía energía e ilusiones sobre el tema, ¡ah!, y cuando aún no descubría que las mujeres podemos amarnos entre nosotras mismas.

—Estoy de acuerdo contigo, Norma. Lo que pasa es que no quiero clausurar definitivamente esa posibilidad. Sé que son limitados y que para entrarle a una relación con ellos casi siempre hay que entrarle también a una serie de jueguitos estúpidos que te agotan, sobre todo si ya invertiste varios años de tu vida en un conocimiento profundo de ti misma. Pero es que asumir tu posición es caer en el sexismo al revés. Es repetir lo que hacen ellos con nosotras.

—Es que me rebela, manita. Tengo amigas superchingonas que se dejan joder por tipos que ni se entregan ni son extraordinarios en la cama, ni siquiera son ricos y, a veces, son aburridísimos y, bueno, para colmo, hasta les ponen los cuernos.

—Sí, eso a mí también me rebela.

—¡Como si un hombre pudiera ser el sustituto de una vida!

—¡Pues tampoco una mujer!

—De hecho ningún ser humano. Lo que quiero decir es que así es como la mayoría de las mujeres vive a los hombres, como el único y más importante objetivo de su existencia. Les conceden todavía más valor que el que se dan ellas mismas. Me cae que no sé qué les ven. Para mí son menos de lo que nosotras somos para ellos. ¡Son mutantes!

—Andas gruesa, manita. También hay que entenderlos. ¡Pobres cuates! Desde chiquitos se les hace creer que son los seres superiores de la creación, y luego se les obliga a enamorarse de los seres inferiores que somos nosotras. ¡Además de que nos necesitan para reproducirse!

—¿Nada más para reproducirse? ¡Nos necesitan para todo! Pero nos hacen creer que somos nosotras las que dependemos de ellos.

—¡Pues imagínate si no van a entrar en conflicto!

—Pero hay de conflictos a conflictos. A ellos los han educado para que sean unos cabrones y a nosotras para que seamos las pendejas gracias a las cuales ellos pueden seguir siendo cabrones.

—Pues para eso somos feministas, para tratar de cambiar las cosas.

—¡Uf, faltan siglos!

—Sí, eso sí. Es una pena que nos eduquen como enemigos. Muchas veces siento que, si le rascas tantito, descubres que ambos sexos se odian y se temen profundamente. Somos habitantes de planetas extraños, enfrascados en una guerra permanente, sutil, disfrazada. Interminable.

—Sí, pero en esa guerra ellos son los ganones.

—Quién sabe, Norma. Tenemos la tendencia a culpar a los hombres y a nuestras madres de todo lo que nos pasa. Eso me molesta a veces. Piensa que tampoco es fácil para ellos, sobre todo desde que las mujeres empezamos a salir de las cuatro paredes del hogar. Los hemos dejado atrás, se sienten inseguros, solos. Aparte de que la sociedad les exige un montón de cosas que seguramente para muchos resultan pesadísimas.

—No tanto como para nosotras. En este mundo, todo está de su parte. No eres nadie sin los hombres. Nada está de nuestro lado, ni las leyes ni los medios de comunicación, bueno, ni nuestra familia. ¿Qué somos enton-

ces las mujeres, una burla de la historia? ¿Un relleno inventado para que la otra parte sobresalga y brille? ¿Por qué son ellos los que tienen que ser tan importantes para nosotras y no nosotras para ellos? ¿También es algo biológico?

—No jodas, manita, ya sabes que es el puro condicionamiento. Es el mismo pinche rollo: por hacerlos machos les castran sus emociones, los obligan a controlar sus sentimientos, a perder el contacto con su yo profundo. Fíjate cómo les cuesta mantener una conversación de tipo íntimo. Te hablan de su trabajo, de coches, fútbol, política y —entre ellos— hasta de mujeres. Pero no conocen nada de sí mismos, sólo su imagen exterior.

—Pues a mí me caga verlos tan seguros en todas partes, a cualquier hora, a cualquier edad. Saben que son quienes dirigen al mundo y por eso andan tan tranquilos, sin dejar la mitad de su alma en cada esquina o en cada relación, como nosotras.

—Pero, ¿estás consciente de lo terrible que eso puede llegar a ser? ¿De lo que se pierden en la vida?

—Nadie extraña lo que no conoce.

—¡Coño, Norma! ¿Cómo puedes vivir con tanto resentimiento?

—No pienso en ello. Además, por eso son casi invisibles para mí.

—Sinceramente, a veces me gustaría que algunos también lo fueran para mí, pero su presencia me salta a cada rato, sobre todo cuando me agreden sexualmente.

—¿Sabes, Lupe? Desde que entré al Grupo me han caído varios veintes como ése de que existen otras formas de violación: cómo nos miran, cómo nos manosean, cómo nos infunden temor. Y estoy de acuerdo con lo que dijeron las dos psicólogas que dieron la plática en la universidad: todos los hombres son violadores en potencia.

—A mí me cuesta aceptar eso. Es más, me niego a ello. Por salud mental. No quiero vivirlos a todos como ene-

migos. De por sí a veces no puedo escapar a esa sensación de acoso permanente.

—Es que es tremenda: en la calle en el camión en el metro en los cines en los hospitales en el mercado en tu trabajo en el sindicato en la escuela cuando llevas tu auto al mecánico cuando lo metes en un estacionamiento cuando vas al ginecólogo. . .

—¡Socorro, auxilio! ¡Ya párale, Norma!

—Todo el tiempo soportando miradas que humillan, agresiones verbales y físicas. “¿Te la meto? ¿Te la mamó? Oye, güera, si me muero quién te encuera y te mete la manguera, mamacita mamazota vieja puta.” Es andar con el miedo a cuestas, con la rabia pegada todo el tiempo. ¡Y la pinche impotencia!

—La verdad que sí. Yo me acuerdo todavía cuando empecé a irme sola a la secundaria y llegaba llorando a abrazarme de mi madre. “¡Odio a los hombres!”, gritaba. Pobre mamá, no entendía qué onda conmigo, sobre todo porque yo era la única que reaccionaba así. Mis dos hermanas parecían creer que era lo normal, que para eso estamos las mujeres. Por ello han aguantado tanto en sus matrimonios. ¡Las inocentes! Pero yo fui distinta desde niña. Me sentía terriblemente denigrada. ¡Yo, que me quiero tanto!

—Y eso es con los extraños. ¿Qué me dices de tus propios cuates y pretendientes cuando intentan pegarte su pito al bailar, o meterte mano en el cine.

—Eso es de adolescente, porque ya de crecidades los galanes están convencidos de que porque te pagan una cena en algún restaurante más o menos finolis, tienen todo el derecho de cogerte después.

—¡Ay, manita! Para mí ha sido una lucha difícil y larga. Creo que por eso sentí tanto alivio cuando descubrí que podía amar a las mujeres. Sí, ya me sé tu rollo: no es la solución ni la panacea. Pero al menos con ellas no tengo que estar a la defensiva, no me siento objeto se-

xual, no me violentan.

—Admito que es más relajante.

—Es que, además, la agresión masculina se te hace más pesada porque no te enseñan a defenderte, a enfrentar esas situaciones. Por eso el día que te violan hasta culpable te sientes.

—Oye, a propósito de violación, nunca llegó la chava.

Norma mira su reloj.

—Otra más que no aparece. Lo entiendo. Es mejor bloquearlo. Que ninguna pinche feminista te venga a recordar el asunto. Han de pensar: si ellas son unas *masocas** a quienes les gusta andar metidas en esto, pues es su rollo, a mí que me dejen en paz, lo que quiero es olvidarlo todo.

—Sí, caray, qué vida ésta...

—Bueno, compañera masoquista, pues ya vámonos.

—Sí, ni modo. ¡Vámonos!

*De masoquista, o sea, aquellas y aquellos que gozan el azote y sus derivados.

Pendejo pendejo no es...

—¿Hola?

—¿Guadalupe? Soy Claudia.

Medio dormida miro mi reloj: 2:20 de la mañana.

—¿Qué pasa, bonita, estás bien?

Del otro lado de la línea Claudia solloza.

—¿Qué tienes? ¡Dime!

—Estoy hecha mierda... soy una puta, soy una puta...

—Tú sabes que eso no es cierto. ¿Qué fue lo que pasó?

—Me peleé con Javier y me siento mal.

¡Sopas! Pero ni modo, no es cosa de sentirse lastimada. Total, como me diría la Vica: ¡te lo advertí!

—¿Y por qué estás mal, porque lo amas mucho todavía o porque te sientes defraudada por todo lo que has puesto en la relación?

—No sé, no sé, sólo me siento de la chingada, y como puta...

—¿Como puta porque a pesar del pleito insististe en coger con él?

—¡Siii!

—Pero si no es para tanto. A todo el mundo le pasa. Acuérdate del refrán: "El espíritu está pronto, pero la carne es débil". Cálmate y cuéntame.

—Vino a mi departamento...

—Sí, claro, como siempre desde que se lo facilitaste todo teniendo un lugar propio adonde, además de ahorrarle lo de las cenas y los moteles, es más seguro que su esposa no los encuentre.

—Sí, ya sé, no me lo tienes que repetir.

—Disculpa, sólo quiero que tengas claras las cosas.

—Cenamos, hicimos el amor, o bueno, como siempre, cuando yo apenas empezaba a excitarme él ya se había

venido. De pronto sentí que quería decirle muchas cosas que traía dentro. Empecé a hablarle de cómo me mantiene en el ocultamiento, cómo no me satisface sexualmente, cómo ni siquiera expone sus sentimientos ante mí. . .

—¿Y él qué decía?

—Sólo escuchaba. Hubo un momento en el que me preguntó extrañadísimo si no me sentía correspondida. Exploté y le grité que cómo puedo sentirme correspondida si sólo nos vemos una vez a la semana, exclusivamente para coger, y en esas dos horas que me dedica ni siquiera siento que se entregue, mientras que yo cada vez me involucro más en la relación. Ahí saltó y me advirtió que él nunca se va a involucrar conmigo como yo lo estoy con él.

—¡Sopas! ¿Y tú qué sentiste?

—Pensé que por lo menos era honesto.

—Como mecanismo de defensa está perfecto que lo hayas pensado, pero en realidad fue un comentario pinchísimo.

—¡Lo que pasa es que es un pendejo!

—¿Él? Yo creo que no. . .

—¿Qué quieres decir?

—Que no me parece que sea pendejo un tipo que tiene a su disposición a una mujer joven, bonita, sensible e inteligente que le proporciona —cuando él lo decide— un rato agradable, en un departamento de muy buen gusto, que le cocina, lo atiende como rey, lo coge muy sabroso y no le exige nada. Bueno, lo único molesto para él ha de ser lo de tu involucramiento, pero el día que le empiece a significar problemas, pues te dejará de ver y chao.

—¿Insinúas que la pendeja soy yo?

—No sé, tú saca tus conclusiones.

—¿Sabes qué es lo único que me gustó de todo esto?

—¿Qué?

—Que es la primera vez en mi vida que no me quedo con nada dentro, que le suelto a un cuate lo que realmente siento, que saco mi rabia por sentirme utilizada, chupada, no querida.

—Pues algo es algo, ¿no crees? ¿Quieres que vaya?

—No, lo que quiero es dormirme ya.

—Pues no te va a costar trabajo, después de llorar tanto. Cuidate. Nos llamamos mañana.

—Sí. ¡Ah!, y nos vemos el viernes, ¿verdad?

—Claro, claro.

Cuelgo. Con la mano todavía sobre la bocina del teléfono, empiezo a sentir foquitos rojos de alerta lanzando señales intermitentes por todo mi cuerpo y un siniestro dolorcito por ahí por donde dicen que está el corazón.

¡Timocéntricas, somos unas timocéntricas!

En esta casa, la hora del desayuno es la principal. Ahí nos encontramos las tres. Nos contamos los sueños, nos informamos de nuestra situación emocional y psíquica, de las necesidades domésticas, comentamos los artículos de *fem*, socializamos el periódico, en fin, nos cargamos las baterías. Después, cada una a su cada vida. A veces, no nos volvemos a ver hasta el otro día. A veces, como hoy, todas llegamos temprano y organizamos idas al cine o al teatro, o bien deliciosas meriendas con pan dulce, tamalitos o cualquier cosa que, por supuesto, engorde muchísimo. Aunque si me toca época de sana, las embarco con las nueces, las pasitas, el yogurt y la miel. ¡Y nadie protesta!

Norma tiene razón. Es mucho más rico vivir con amigas llenas de vida, de ideas, de solidaridad, que con un hombre que insiste en que él es el eje central de tu existencia, en una casa que ni siquiera es tuya y la cual tiene que girar alrededor de la magnífica presencia de tu marido. Claro que a Norma no hay que darle mucha cuerda, por eso le protesto y le peleo tanto. Pero sí, esto es como tener una familia que tú escoges, que amas porque te nace y no porque tienes que. Claro que a veces surgen problemas, pero siempre hay diálogo, arreglos. Nos queremos y nos acompañamos sin necesidad de oprimirnos.

Nosotras somos las vecinas del sur. Nuestro departamento está en la planta baja, por el patio para los perros. Dos pisos más arriba viven Norma y Susana, su compañera. Ellas son las vecinas del centro. La del norte es Graciela, quien ocupa el último piso con Alberto, más conocido como el "Pájaro", quién sabe por qué. En el resto del edificio vive gente como todas, de esas que

ven el futbol los domingos y van a Acapulco en Semana Santa.

Esta noche no vino el Pájaro, a quien le encanta sentirse bendito entre las mujeres. Tampoco Susana, que fue a un concierto. Nosotras cinco nos disponemos a entrarle a las quesadillas con epazote en cuanto Citlali regrese del baño.

Citlali entra y anuncia:

—¡Estoy deprimida!

—¡Ay no, por favor! ¿Tú también, Citlali? —pregunta Mariana.

—¡N'ombre, qué bien! ¿Por qué no fundamos un club? Yo puedo ser la presidenta y tú la vicepresidenta —propone Citlali.

—Y la tesorera va a ser la que se haga rica —apunta Graciela.

—¡Fácil! —digo yo.

—Mejor no nos deprimimos y lo que íbamos a gastar en cuotas lo usamos para comprar unas cervecitas, ¿qué les parece? —nos pervierte Norma.

Acto seguido, se hace una colecta y la de la idea y Graciela corren a la tienda de la esquina, que ha de estar a punto de cerrar.

—¿Y por qué estás deprimida, Citlali? —quiero saber.

—Broncas con Carla. Anda superentusiasmada con una galana.

—¿Te lo dijo ella?

—Sí, ya sabes que su feminismo la lleva a veces a ser fanática de la verdad.

—¿Y qué van a hacer?

—A esperarnos.

Regresan Norma, Graciela y las chelas.

—Listo, manitas. ¿Qué ha acontecido en nuestra ausencia?

—Carla trae novia nueva —informa rápida Mariana.

—¿Te cae? —se sorprende Graciela.

—Sí, me cae. Suele ocurrir, ¿no lo sabías? —se molesta Citlali.

—Algo había oído —dice Graciela, medio de malas.

—¡Huy, qué genio! —critica Mariana—. Yo también traigo bronquísima con María y no ando de ese humor.

—¿Sigues sospechando que te pone el cuerno? —pregunta Norma, quien posee la capacidad de leer el periódico, comer y estar en la plática al mismo tiempo.

—El no, l-o-s cuernos, y de los grandes. De hecho, ya es casi una certeza, aunque ella lo niegue.

—¡Qué gruexo! —comenta Norma mientras sigue ojeando el *Unomásuno*.

Para estar decaídas, tenemos bastante apetito. Las quesadillas desaparecen a gran velocidad, lo mismo que las cervezas. De pronto, Norma suelta una carcajada.

—¡Mujeres! ¡Oigan esto, por favor!

Es una carta que un “doctor” envió a la sección de correspondencia del periódico:

La homosexualidad es una anormalidad, no hay duda. Lo que también debe quedar claro es que el homosexual no tiene ninguna culpa de lo que le pasa. La ciencia ha descubierto que las personas tímocéntricas, es decir, aquellas en quienes la glándula Timo continúa en funciones después de la pubertad, tienen tendencias homosexuales, sean hombres o mujeres. Debido a esto, el individuo sigue añorado y, misteriosamente, desarrolla tendencias hacia el mismo sexo. Es débil físicamente y con frecuencia enfermizo, no suele ser longevo. Por qué sea así, aún no lo sabemos. Lo cierto es que influye también en el sistema nervioso y sus efectos alcanzan psíquicamente al sujeto. Por tanto, el homosexual no es un delincuente; es un deficiente endocrino. Ojalá que esta pequeña luz de la ciencia ayude a entender este problema.

Como era de esperarse: risa general.

—¡Ay no, por favor! ¡Compréndanme! ¡No soy un elefante, soy una lesbiana!

—Lo que eres, es una deficiente endócrina.

—Somos, Kimo Sabi.

—Ahora resulta que la única sana aquí soy yo. Ni modo, chicas, admítanlo, son unas desviadas, enfermas, lacras sociales, vergüenza de sus familias. . .

—¡Oye, eso no! Mi madre y mis hermanitos no sólo me adoran sino que entienden mi preferencia sexual y la respetan. ¡Mi trabajo me ha costado!

—Igual pasa con mis papás.

—¡Y con los míos!

Norma no dice nada porque no es su caso.

—Bueno, bueno, retiro lo de “vergüenza de sus familias”, pero sostengo lo demás. ¡Bola de timocéntricas!

A Graciela se le juntan las risas y el epazote en la boca. Está roja roja, como si la cara se le fuera a reventar.

—Oye, Lupe, y hablando de las supuestas normales, ¿cómo vas con tu buga? —pregunta Mariana, todavía con la sonrisa en la boca.

—Les cuento, pero no quiero regaños sino comprensión, ¿de acuerdo?

—Ante esa advertencia, ya me imagino cómo andarán las cosas.

—Pues si ya te imaginas, cuéntalo tú.

—¡Ay no, por favor! ¿Qué les pasa esta noche? ¿Les va a bajar la regla a todas, o qué?

—Parece que más bien *o qué*.

—Pues yo con mi buga voy bien porque todavía no le digo que soy lesbiana.

—¿Qué tul?

—¡Jesús de Veracruz!

—¡Ay, caraxo!

—¿Y eso por qué, si tú eres pública y notoria cual obra de Nancy Cárdenas?

—Porque no he encontrado la coyuntura, el momento ideal, el tiempo indicado. . . ¡y no quiero asustarla!

—¿Y cómo te sientes de closetera*?

—¡Rarísima!

—Aclárale que puede *bicicletear*.**

—Sí, cómo no. . . ¿y no quieres que también le aclare que casi todas las mujeres que ha conocido en mi casa son lesbianas? ¡Le da un infarto!

—¡Huy, qué chica más frágil!

—¿Y cómo va la relación entre ustedes?

—De lujo. Hay un claro enamoramiento mutuo, pero sin conciencia por parte de Claudia. Ya he pensado que si sólo se queda en amistad, pues no importa. Está resultando tan rico. . .

—¡Qué cosa!

—¡Qué nervio!

—¡Qué idiotez!

—¡Qué emocionante! ¡Ta-ta-ta-tán! ¡Señoras y señores, no se pierdan el próximo capítulo, la próxima semana, a la misma hora y por el mismo canal!

—Muy chistosa, Marianita.

La cerveza está a punto de terminarse. Doy un trago largo, lo saboreo entre las encías, los dientes, la lengua. Y se me sale un suspiro:

—¡Humm, es hermoso ser mujer!

Norma aprovecha, alza su vaso y exclama:

—¡Brindo por el placer de ser mujer. . . y de amar a las mujeres!

Y claro, continúa:

* Quienes —por circunstancias diversas— guardan su homosexualidad en el closet.

** De *bicicleta*, como se conoce a los bisexuales: aquellos seres que no tienen problemas de estacionamiento. La *bicicleteada* se puede practicar cíclica, alternada o simultáneamente. (N. de la A.)

—¡Imagínense! Tener sólo una vida y nacer hombre,
¡qué joda!

—¡Ay sí, pobres!, ¿verdad?

—¡Citlali! Una aquí, tratando de que a Norma se le
baje lo radical, y tú te pones de su lado.

—¡Ay, perdón, si yo nomás decía...!

¡Horror!: el amor sigue su curso

Es tarde de viernes. Caminamos pegaditas por las calles mojadas y frescas. Acaba de salir un sol tímido y tibio. Vamos enlazadas hasta las últimas consecuencias. A veces nos miramos a los ojos, comentamos algo, o nos quedamos calladas. No tenemos prisa. Paseamos desde el Metro Chapultepec hasta Nuevo León, en la Condesa. Justo en la esquina con Michoacán sentimos hambre y nos detenemos.

—Te propongo unos tacos orientales —le digo.

—¿Cómo son éstos?

—De carne estilo oriental y con tortilla árabe.

Nos sentamos en un rincón, en una mesa tan chiquita que apenas caben el servilletero de plástico, la cazuelita con salsa y el salero, también de plástico.

—¿Qué les sirvo, madrecitas?

—Mire, para empezar, no somos sus madrecitas, y para continuar, pues tráiganos dos tacos orientales y dos aguas de jamaica.

Claudia me mira divertida, mientras el mesero se aleja entre apenado y encabronado.

—¡Ay, Guadalupe, no te mides!

—El que no se mide es él. ¿Cómo que “madrecitas”? En mi puta vida se me ocurriría tener un hijo tan feo como él. Lo que pasa es que están acostumbrados a que las mujeres se dejen decir todo, pero con estas dos, se jodió.

Acabamos de comer y nos dirigimos al Parque México. Nos sentamos sobre el pasto. Claudia se recuesta y pone la cara sobre mi regazo. Le duele un poco la cabeza, así que le doy un masaje hasta que se queda dormida. Sigo acariciándole el pelo. Ella duerme como veinte minutos, plácida. La miro y me parece increíble que exis-

ta y que estemos viviendo lo que estamos viviendo, aunque no pase nada más, me digo no muy convencida. A nuestro alrededor, unos niños juegan, dos sirvientas platican y los coches se escuchan lejanos.

Claudia despierta y se me queda mirando.

—¿Sabes que me haces muy feliz? —dice quedo.

Inclino la cabeza y le doy un beso en el copete. Ella exclama sonriendo:

—Ahora yo te propongo un pastel de chocolate en el Monique de Aguascalientes.

Buscamos otro rincón. Mientras llegan los pasteles y los tés decidimos hacer una lista de nuestros respectivos amantes, incluyendo acostones de una sola vez. Claudia llega a ocho. Yo a nueve, sin incluir los femeninos, obviamente.

—¿Te confieso algo? —me dice.

—¿Qué?

—En toda mi vida, sólo he tenido tres orgasmos, bueno, creo que han sido orgasmos.

—¿Te confieso algo yo también?

—Sí.

—Lo mismo me pasa a mí. He tenido muy pocos orgasmos en mi vida. (Con los cuates, claro, pero no lo digo.)

—¿Por qué los hombres no saben hacernos el amor?

—Porque los han hecho creer que en cuanto nos penetran caemos en éxtasis absoluto y sucumbimos de excitación hasta llegar, irremediablemente, al orgasmo.

—También tenemos un poco de culpa nosotras porque fingimos los orgasmos.

—Obviamente, pero es que, ¿quién nos enseña cómo se hace el amor, o nos explica cómo se sienten los orgasmos? Ellos van con putas y, además, son mucho más elementales para satisfacerse. Nosotras aprendemos en las películas y en los libros, que fueron hechas por hombres. Aprendemos a gemir, gritar, jadear y revolcarnos,

y creemos que eso es hacer el amor y tener un orgasmo. ¡Ah!, pero el día que deveras tenemos uno, no damos crédito.

—Sí, y después te sigues muriendo de frustración porque mientras ellos en un dos por tres, ¡zas!, se vienen, tú por más que te frotas, brincas, fantaseas, te paras de cabeza, ¡nada! Apenas estás conectando la palanca de *on* y ellos ya acabaron, y encima te preguntan, “¿Qué tal, te gustó?” Tengo una amiga que últimamente les dice la verdad a sus galanes.

—Y no se te olvide nuestra eterna preocupación por la lonja, la arruga, el maquillaje, el perfume y . . .

—¡. . . y todo lo que puedas hacer para que se les pare el pito, porque hay algunos que les cuesta un trabajo!

—Sí, qué pena, son tan pocos los hombres que se toman la molestia de conocer a fondo la sexualidad femenina.

—Oye, Guadalupe, ¿a qué le tienen más miedo los hombres, a nuestra sexualidad o a nuestra ternura?

—No sé. Creo que a ambas cosas. Pero también creo que es en el sexo donde son más vulnerables, y el sexo te conduce a veces a la ternura. Estar en una cama significa literalmente estar desnudo, pero no sólo del cuerpo sino también del alma, exponer los sentimientos. Eso, para algunos, puede llegar a ser terrible. Por ello, hay unos que dominan la técnica, pero que emocionalmente te dejan vacía.

—¡Ja! y si te atreves a decirles que no tuviste orgasmo te clasifican enseguida de frígida.

—Mi querida Claudia, a éstos hay que contestarles que no hay mujeres frías sino hombres incompetentes.

—¡Sí, cómo no, y te arriesgas a que no te vuelvan a invitar a salir nunca más en tu vida!

—¿Y?

Claudia se queda pensativa por unos momentos.

—Tienes razón, ¿y?

Mercedes: el regalo de ser su tía

Ser tía es un placer. Yo tengo seis sobrinos, tres de cada una de mis hermanas. De chiquitos se me caía la baba por todos, pero cada uno me fue ganando de manera distinta. Puede decirse que mi consentida es Mercedes. Posee una alegría de vivir que se contagia, y una evidente rebeldía que ya empezó a causarle problemas y satisfacciones. Es de una claridad y una vehemencia para sus afectos que da envidia. También posee una notoria tendencia a la tragedia. Sus hermanos se burlan de ella. Cada vez que estalla en lágrimas, la acosan gritando: "¡Mercedes, tercera llamada, tercera, continuamos!" Ella se enfurece y se les va encima. No me extrañaría que acabara de actriz.

Guardo cada uno de sus dibujos, de sus cartas, de los trabajos que me hacía en el kínder. "Tía, éste lo hice especial para ti". Uno de sus dramas más espectaculares ocurrió tras descubrir la falta de un día de las tías. "A ver, explícame —pedía sollozante—, si hay día de las madres, día del padre, día del maestro, día de la bandera, ¡hasta día del cartero!, ¿por qué no hay día de las tías?" "Pues no, Mercedes, no hay". Lloró con un sentimiento, hasta que acordamos instaurar un día de las tías secreto, sólo para nosotras. "Pero prométeme que no se lo vas a decir a nadie, tía, ¡y menos a mis hermanos!" Eso la contentó por un rato.

Además de los dibujos, cartas y trabajos, guardo un montón de recuerdos. Entre los seis y los ocho años le dio por escribirle poemas a todo: a los pays de queso con piña, a las vacaciones, a cada uno de sus juguetes. Un poco antes de esa época descubrió el baile. "Tía — se desesperaba—, sólo hay que sentir la música para poder bailar, ¡ándale, ven!" Y me tenía horas haciéndole

de chambelán.

O la vez que la llevé a la primera comunión de uno de sus primos y, en lo más solemne de la misa y con la más clara de las voces, preguntó: "Oye, tía, ¿y cómo pueden estar tan seguros de que dios es hombre?"

Uno de los mejores es el de la tarde aquella en que llegué a recogerla a su clase de música porque mi hermana acababa de parir a su tercer hijo.

—Aquí no hay ninguna Mercedes Uzcangaechea —dijo desconfiada la mujer que cuidaba la puerta.

Le expliqué que eso no era posible porque yo misma la había dejado ahí una hora antes.

Con gran recelo y sin dejar de observarme, me indicó que asomara la cabeza dentro del cuarto para ver si la niña estaba ahí.

—¡Claro que está! —exclamé triunfante—. Es aquella güerita de fleco.

—¡Pero si ésa es Gabi Aguirre!

Mercedes me vio y corrió a confiarme en el oído.

—Tía, aquí me llamo Gabi.

Ya en el auto le pregunté. Ella, indignada, explicó:

—¡Es que Gabi Aguirre sí es un nombre decente! ¡María de las Mercedes Uzcangaechea! ¿A quién se le ocurrió ponerme María de las Mercedes Uzcangaechea? ¿Por qué no me pusieron Gabi Aguirre, o Carolina Montero, o tan siquiera Mónica Martínez?

Mi querida Mercedes, pensé aquella vez, cinco años y ya con problemas de identidad. Le conté cómo a mí de niña tampoco me gustaba Lupe, que así se llamaban las sirvientas en casa de mis amigas y que cuando alguien gritaba ¡*Lupe!*, pues íbamos las dos. "Ahora me encanta mi nombre", le dije. Pero nada. Tuve que escribirle un cuento sobre las ventajas de llamarse Mercedes. Se lo ilustré con recortes de revistas, con dibujos, con estrellas de colores. "¿Viste?, si te llamaras Gabi Aguirre, a mí no se me hubieran ocurrido cosas tan bo-

nititas". No sé si la convencí, pero por lo menos la calmé.

Su mejor amiga es Verónica. Además de vecinas, compartieron cuatro años de primaria. Jugaban a dejarse crecer el pelo juntas, a ponerle nombre a las flores y a descubrir figuras en las nubes. Cuando Mercedes se quedaba a dormir en casa de Verónica, con una linterna de pilas cada una se volvía cocuyo y se buscaban por todos los cuartos hasta encontrarse. En tiempos de exámenes, se pasaban el recreo tomadas de la mano.

Los papás de Verónica decidieron cambiarse de casa y cambiar a su hija de escuela. Verónica se lo dijo a Mercedes una noche en que llovía a cántaros y los relámpagos iluminaban la recámara de mi sobrina.

Más tarde, Mercedes me contó:

—Tía, esa noche, dormimos abrazadas. Primero porque teníamos miedo de los truenos y después porque nos dimos cuenta que iban a separarnos.

Ahora van a secundarias diferentes, pero la amistad perdura. Yo hago de cuenta que tengo otra sobrina. Paseos, viajes; regaños, regalos. Todo por partida doble. Ya tienen casi trece años y he pasado por explicaciones sobre la menstruación, el crecimiento de los senos, cómo nacen *exactamente* los niños, el acto sexual, el amor libre, los anticonceptivos. Y pensar que yo a los doce sólo me ocupaba de jugar con muñecas y brincar la reata en la calle con mis amiguitas. ¡Qué precocidad la de hoy en día! Claro, los pobres enanos manejan una cantidad de información. . . Desde los nueve, cada vez que íbamos al súper, Mercedes metía en el carrito una caja de kótex. Cuando la descubría, replicaba veloz:

—¡Por si acaso, tía, por si acaso!

¡Mercedes! Quisiera darle tantas cosas, ahorrarle tantas otras. Pero sé que es imposible. Su historia es ya diferente a la mía. Mercedes, mi niña de ojos pardos, mi irrefrenable trocito de vida.

Tomando tequila con Tina y Frida

Voy con Claudia a ver la exposición de Tina Modotti y Frida Kahlo en el Museo Nacional de Arte. Recorreremos los salones y nos recreamos con las fotos de Tina y las pinturas de Frida. Leemos los textos, las cartas, los poemas, ávidas, como si a través de tanto desearlo pudiéramos viajar al pasado y encontrarnos de repente ante una mesa, tomándonos un tequila con ese par de mujeres chingononas para quienes la vida tampoco resultó fácil.

Me impresiona. Para ambas, sus hombres lo eran todo. Frida hubiera querido ser de miniatura para que su novio Alejandro la trajera en el bolsillo de su pantalón. Más tarde, Diego se convirtió en su universo. En cambio, para él, la pintura y el partido eran primero. Él la quería. Para ella, él era un dios. Claro, por eso hay tan pocas mujeres genias. Mientras nosotras nos entregamos, nos deprimimos, nos desgarramos, ellos producen. “Detrás de todo hombre famoso, hay una gran mujer”, ¿y detrás de cada mujer famosa, qué hay? Serán sus amigas, o su gato, pero no su papá ni su marido. ¡Ya parece! “Mi vida, me voy a llevar a los niños toda la tarde para que avances en tu novela”. Lo ideal para nosotras sería aprender a priorizar sin perder nuestra capacidad de amar. Pero, ¿cómo se logra eso?

Llovizna cuando salimos del Munal. Corremos al Sanborn's de los Azulejos, nos quitamos la gabardina y pedimos un café que eche humito y nos permita conservar esa agradable sensación de tarde gris, de lluvia fina y de imágenes dulces y violentas que nos andan caminando por dentro.

—¿Es cierto que eran lesbianas? —pregunta Claudia a boca de jarro.

—¿Perdón. . . ?

—Tina y Frida. . . que si eran lesbianas.

—Más bien eran seres sexuales, como todos, ¿qué no?

—¿Cómo es eso?

—Seres sexuales, con capacidad para relacionarse amorosamente con cualquier sexo, para enamorarse de las esencias y fijarse después en las envolturas. Lo demás son etiquetas.

—¿Apoco tú. . . ?

(¡Virgen del Orgasmo Perpetuo! ¡La oportunidad que esperaba! ¡El momento anhelado! ¡Qué susto, ahora o nunca!)

—¿Por qué te callas? ¿Quieres saber si yo he tenido relaciones sexuales con mujeres? Sí, maravillosas y riquísimas.

—Pero también con hombres, ¿verdad?

—¡Claro!

—¿Y cuáles son mejores?

—¡Claudia! No es cuestión de sexos sino de seres humanos. Te puede tocar un chavo superbuen onda y una chava supercabrona, o al revés. Hombres y mujeres sentimientos amor, odio, celos, pasión, envidia y otras etcéteras. Unos con mayor intensidad que otros. Ahora bien, admito que, debido al condicionamiento cultural, es cierto que a los hombres les cuesta más entregarse y que a mí —caso muy personal— me ha resultado más fácil lograr relaciones plenas con mujeres.

—¿Entonces son mejores las relaciones entre chavas?

—¡La cosa no es tan esquemática ni tan reduccionista, Claudia! Yo te hablo de mis propias vivencias. Somos el resultado de nuestra historia personal, y es a partir de ella que nos relacionamos con el mundo y con los seres que lo pueblan. ¿Sabes? Con el paso del tiempo he descubierto que con los hombres me relaciono de

afuera hacia dentro y con las mujeres de dentro hacia fuera.

—¿Cómo es eso?

—Mira, generalmente, con los cuates todo empieza por lo físico. Te conoces, te gustas y casi enseguida te vas a la cama. Es raro el tipo que primero quiere conocerte y amarte y luego cogerte. Ya si después del sexo se da la comunicación, pues qué suertuda. A mí, con las mujeres me pasa al revés: primero se da la conocencia profunda, y lo sexual viene luego, como una consecuencia lógica. A mí me gusta estar abierta a ambas posibilidades, y si hubiera siete sexos, me encantaría probarlos todos.

—Pero, ¿no dicen que la homosexualidad es antinatural?

—Claro, eso dicen, pero tú nada más revisa la historia. Si fuera tan antinatural no hubiera surgido con el propio ser humano. La homosexualidad ha existido siempre y en algunas sociedades no sólo ha sido permitida sino considerada como algo divino. Además, ¿qué es natural hoy en día? ¿Viajar en avión, respirar smog, ponerte calzones de nailon? ¡Por favor!

—¿Deveras crees que todos somos seres sexuales como tú les llamas?

—Deveritas. Lo que te condiciona la piel y los sentimientos es la educación. Si desde chiquita te dicen que de quienes tienes que sentir es de los hombres, pues hacia allá diriges todo tu ser, y te cancelas otras posibilidades.

A Claudia, el gesto de preocupación se le marca cada vez más en el rostro. Por fin, lo suelta:

—Oye, ¿y tú crees que lo que me está pasando contigo...?

—En resumen quieres saber si eres lesbiana o no, ¿verdad?

—Sí.

—Pues no te programes ni te predispongas ni le cuelgues títulos. Nos está pasando algo lindo. Vamos a tratar de vivirlo sin conflictos y sin mentiras. Te propongo que dejemos fluir el sentimiento, que no caigamos en el miedo a atrevernos.

Se hace el silencio. Decido romperlo.

—¿Sabes como qué somos?

—¿Como qué?

—Como novias que andan de la mano por la calle y se dan besitos santos de repente.

Claudia se queda callada una vez más. Tensa. Tiene los ojos llenos de lágrimas. Me mira como si fuera a decirme algo. Baja la cabeza. De pronto, le tomo una mano entre las mías, me acerco a ella y le digo en voz baja:

—Claudia, ¿quieres ser mi novia?

Sonríe. Las lágrimas se le salen por fin de los ojos. Me aprieta la mano y se la pone suavemente sobre su mejilla derecha. Sin dejar de mirarme, murmura:

—Creo que es lo que más quiero en este momento.

De la democracia a la injusticia

Entro corriendo al departamento. Citlali, Mariana y Norma juegan backgammon.

—¡Muchachas, compañeras, amigas! Les tengo una sorpresa. ¡Me le declararé a Claudia, me dijo que sí y nos dimos nuestros primeros besos de lengüita!

Las tres voltean boquiabiertas.

—¡Ya era hora!

—Lenta pero segura...

—¿Y ya cortó a sus galanes?

—¡Coño, Norma! Eres capaz de aguarle la fiesta al más puesto. No, no ha cortado a sus galanes. Vamos a llevar una relación abierta. Claudia no cree en la monogamia.

—¿Pues dónde supone que vive, en alguna isla de los Mares del Sur, o en la Galaxia X-64?

—Aquí en el D.F. Para tu información, ya hay muchas parejas que llevan relaciones así.

—¡Pues a mí mis timbres! Yo soy provinciana. Nací en Chupícuaro, Michoacán, y me educaron para amar de una en una.

—Será de uno en uno.

—En efecto, pero luego me compuse.

—Yo también paso —apoya Mariana.

—Yo no sé. Tendría que intentarlo —concilia Citlali.

—¡Coño! Yo que venía tan contenta a compartir mi felicidad con ustedes y me salen con un cuestionamiento ortodoxo sobre el último de los logros del feminismo internacional: la no monogamia. ¡Coño! ¡Qué buenas amigas, deveras!

—¡Ya párale, no seas dramática! ¿Apoco ya no podemos expresar nuestro más hondo sentir en esta familia que presume de democrática? ¡La democracia se debe practicar en todas partes, hasta en la casa!

—¡Por eso, también en la cama!

—¡Eso no es democracia! ¡Son puñetas mentales! ¡Atole con el dedo! ¡Ganas de hacerse pendejos!

—Ustedes porque son unas limitadas, pero nosotros los seres evolucionados...

—¡Ay no, por favor! ¡Ahora resulta que compartimos depa con la Mujer Maravilla!

—¡Eres una veleta! ¡Falsa! ¡Traidora! Antes defendías la fidelidad como un gusto y no una obligación.

—Eso es cierto, ¡admitelo, Lupe!

Me callo. Me agarro (metafóricamente) los ovarios y admito:

—Tienen razón. Pero, ¿qué hago? ¿Perder a Claudia? Por lo menos hay que intentarlo, como dijo Citlali. Ya chóquenla y deséenme suerte, ¿no?

Me uno al juego. Pierdo, según mi costumbre. ¡Ay! —suspiro—, debería ser cierto eso de que “desafortunada en el juego, afortunada en el amor”. Las cuatro empezamos a bostezar casi al unísono. Es tarde y mañana hay que chambear.

Norma se despide. Nosotras recogemos la mesa cuando suena el teléfono. Nadie parece escucharlo. Como siempre, Citlali lo contesta.

—Es para tí, Lupe. Es Alma.

—¡Hola, Alma!

—¿Lupe? Pasó algo gruesísimo.

—¿Qué? ¡Dime ya!

—Violaron a Rosa María.

—¿Qué?

—Ayer, cuando iba a su guardia. Paradójico, ¿no?

—¡Cabronsísimo!

—Quiere que tú y la Vica lleven el caso.

Regreso arrastrándome al comedor. Siento que traigo una nube negra flotándome encima. Me dejo caer en una silla, ante las miradas inquisidoras de Citlali y Mariana.

- Violaron a Rosa María.
- ¿A Rosa María Rosa María?
- ¿La del Grupo?
- La misma.
- ¿Cómo pasó?
- Cuando iba al local. No sé más. La voy a ver mañana en la tarde, con Vica.
- La Vica anda en su curso intensivo de meditación.
- ¡Deveras!, no me acordaba. Pues voy sola, ni modo.

Soy un nudo completo mientras me dirijo a mi cita con Rosa María. Una de nosotras, violada. ¡Coño, qué grueso de gruesos! Ni siquiera sé cómo manejarlo. ¿Qué decirle si ya se sabe el rollo? ¿Qué inventarle? ¡Coño! ¿Por qué yo? ¡Y la Vica meditando! ¡Coño!

Encuentro a Rosa María en un cafecito de la Colonia Nápoles. Está pálida, con algo nuevo en la mirada. (Claro, Lupe, no seas pendeja, una violación e-s algo nuevo.) La abrazo fuerte, la siento temblar.

—No sé qué decirte.

—No me extraña, y no te preocupes —sonríe—, la que tiene que decir soy yo.

Me cuenta aparentemente tranquila. Aunque no quiera; a veces se le rompe la voz, se le aguan los ojos. Al terminar el relato, le ofrezco mi mano abierta, me la aprieta y, entonces sí, se suelta llorando.

—¡Es el miedo, Lupe, es el miedo lo que me jode más! No me siento manchada, sucia, ni así como se siente la mayoría de las mujeres que atendemos. Tampoco creo que mi vida esté “desgraciada para siempre”, como nos dicen los del Ministerio Público. Es otra cosa. Un golpe a mi autoimagen, un recordatorio de cuán violable soy. ¿Te acuerdas cuando nos preguntábamos qué haríamos en un caso así? ¿Pelear, gritar, dejarnos, morirnos? Se acabó la fantasía para mí. . .

Se le vuelven a salir las lágrimas. A mí, casi también.

—Además, ahorita siento que, en el momento en que se les pegue la gana, me vuelven a violar. La ciudad amaneció distinta, Lupe. Ando hipersensible a la violencia, a la agresión. Me desespero. Quisiera recuperar la claridad del pensamiento, pero el miedo no me deja. Es como un habitante indeseable en mi ser, un intruso, una presencia maldita.

No hablo. No me salen las palabras. Pienso y pienso en cómo podría ayudarle a combatir ese miedo. Pero no se me ocurre nada. Ella sigue hablando:

—No quiero sonar trágica, Lupe. Es absurdo. Tanto entrenamiento psicológico, médico, legal, tanto “manejar” el rollo y, cuando te violan, te derrumbas como si fueras de papel, o de arena, ¡o de nada!

Se tapa la cara con las manos.

—¿Vas a denunciar? —me atrevo a preguntarle.

—¿Qué me queda? No puedo ser incongruente, pero, de verdad, no sé si voy a tener fuerzas para aguantar a los cerdos ésos con sus miraditas y sus sonrisitas irónicas.

Se calla, piensa en silencio, luego sonrío.

—Eso sí. Creo que ahora voy a llevar mejor los casos. ¡Les habla la voz de la experiencia!

Piensa más. Se le entristece el rostro.

—Aunque no sé. Por momentos siento que no quiero volver a oír hablar del asunto, nunca más en lo que me resta de vida.

—¿Y la terapia?

—Ya vi a una de las psicólogas del Grupo. Me ayudó muchísimo. ¡Imagínate, estaba yo peor!

—¡Ay, Rosa María, me siento tan mal por no poder ayudarte más!

—¡Lupe, por favor! Me estás ayudando al escucharme. Cada vez que lo cuento es como si pesara un poquito menos dentro de mí. Así que prepárense porque no

les voy a hablar de otra cosa quién sabe por cuánto tiempo —suelta una risotada y continúa:

—Si supieras qué interesante ha sido la reacción de mis amigas. Una se puso tan nerviosa que me colgó el teléfono. Otra me cambió el tema y al día siguiente me llamó para contarme que en la noche, de repente, se soltó llorando en brazos de su compañero. El pobre no entendía qué pasaba, hasta que ella, hipeando, le confió: “¡Violaron a mi amiga Rosa María!”

—¿Sabes qué creo, Rosa María?

—¿Qué?

—Que tu violación nos enfrenta a la posibilidad de nuestra propia violación.

—Sí, eso creo yo también. Y a los espejos, a veces dan ganas de romperlos a patadas.

Seguramente así aman las diosas

Agua de luna, fresca, con puntos de plata. Sábana de encaje. Sudario de luz. Lecho de nácar. Dos mujeres. Dos. Cara a cara en este juego irreplicable que es el amor. Fiebre de deseo, canción de una voz. Saeta que se acerca, dulce rumor. Dejo que la tarde te desnude, que consagre tu piel. Tú, te ofreces como flor, como ola gigante. ¡Qué deseos de besarte! Pero sólo te veo y te veo... y no me atrevo a tocarte. Tus aromas me envuelven. Te siento, amor, te siento. Tienes fuego adentro. El tiempo no existe. Sólo esto. Fusión de suspiros, tormenta de ecos. Qué embriaguez. Qué júbilo. Un vuelo de tórtolas sobre tu cuerpo. Nido de alondra tu nido. Tu gruta encarnada. Ansias, tengo ansias de tu vientre, del coral entre tus muslos. Te dibujo con los ojos sobre tu propio contorno. Te miro mil veces. Vuelvo a mirarte y no me canso. Cuántas humedades nos recorren. ¡Ay sudor que nos brillas la carne! El silencio, callado, nos escucha desearnos. Desde tu orilla, llega tu aliento y me muerde, excitado. La tarde se tiñe de savia, de pájaros-flores, de un olor a sándalo. Tu sexo tierno me invita. Lo mismo tu pelo. Tus pezones me retan. ¡Cómo quisiera llenarme la boca con ellos! Acércate, las velas de mi amor están dispuestas para navegar hasta tu más profunda piel, para tocar tu esencia. Ven, vamos a amarnos y amarnos y amarnos, y a no parar de amarnos. Cómo brilla en las pupilas la ternura. Cómo tiemblan, encabritadas, las espaldas. Cuánta plenitud en una simple mirada. Por fin, rompes el espacio con tu mano, rozas mis labios con tus dedos. Deshaces el hechizo de la bella durmiente. El deseo se desboca en un columpio infinito. Nuestras caricias desgranán la noche. La penumbra es un chal que nos cubre los hombros. Afuera, el viento vuela la histo-

ria. Bajo las sábanas, amor que pertenece al Cosmos, dos mujeres se aman con un lenguaje secreto, alejadas de mundo. A pesar de todo.

El amor es una cosa esplendorosa

—Cuéntame de cuando descubriste que podías amar a las mujeres.

Estamos en la cama de Claudia, frente al paisaje boscoso de una barranca. Acabamos de hacer el amor. Yo la aprieto entre mis brazos, y ella se deja querer.

—Ya te lo conté. . . Además, eso fue hace mucho.

—Por eso, ¡cuéntame! Yo no te conocía entonces.

—Bueno, ahí va: “Había una vez una princesita. . .”

—¡Amora, no seas payasa!

—Está bien, está bien, pero sólo desde que me fui a Cuernavaca con una compañera de trabajo y, en un momento dado, ella se me quedó viendo a los ojos, me tomó de la barbilla y se acercó para besarme, ¡en la boca!

—Sí, desde ahí.

—Creí que me iba a dar un infarto. En una fracción de segundo se me juntaron mil pensamientos: “Seguro que esto es una lesbiana. ¿Y ahora qué hago? ¿La empujo? ¿Le pego? ¿Grito? ¿Salgo corriendo?” No sabía cómo reaccionar, pero esa maravillosa parte mía que se inclina hacia una salud mental a prueba de todo, entró en acción. “Pinche, Lupe, ¿no andas por ahí pregonando que quieres vivirlo todo para que no te cuenten? ¡Pues esto es parte de todo!” Como que libré una rápida batalla interna y, bueno, pues me relajé, me dejé besar, empecé a contestar el beso, y ahí fue donde. . .

—¿Dónde qué?

—Pues donde empecé a sentir cosas muy lindas, diferentes. La sangre me galopaba, sentía un calor nuevo en el cuerpo, como que mi piel estaba viva, ella sola, como que los labios se me volvían más suaves, no sé explicarte bien.

—¿Y qué más pasó?

—Me quitó la ropa con mucha delicadeza e hicimos el amor. Bueno, ella me hizo el amor porque yo, aparte de ser primeriza, estaba en el Nirvana. ¡Todo me daba vueltas!

—¿Cuántos años tenías?

—Veintidós.

—Pero ya habías hecho el amor con chavos, ¿verdad?

—¡Claro! Y lo seguí haciendo mucho después, enamorándome profundamente de algunos.

—¿Y por qué ya no?

—Cada vez menos, es cierto. He tratado, pero es que . . . emocionalmente son unos niños. ¡No logran tocarme el alma! Aunque, como ya te he dicho, seguiré abierta a una relación heterosexual hasta el último de mis días.

—Y cuando lo de esa chava, ¿no sentiste culpa ni conflicto?

—¡Jamás! Al contrario. Andaba levitando de felicidad. Tenía la sensación de haber descubierto un secreto muy importante, de haber recuperado la mitad del mundo.

—¡Qué suertuda!

—Norma dice que yo vengo de otro planeta porque no reacciono igual que los terrícolas. Pero es que pensaba: “Algo que me provoca sentimientos tan hermosos no puede ser malo”. ¡Qué locura! Me moría por abrazar a la gente en la calle y gritarle: “¡También se puede amar a las mujeres!” Obviamente, no sólo nunca lo hice sino que pasaron muchos años antes que pudiera confiárselo a alguien.

—Yo quisiera sentir así, pero no puedo. Tengo miedo. A ratos pienso que, en realidad, sólo somos amigas, pero en cuanto hacemos el amor y me haces sentir todo esto, me doy cuenta que me estoy engañando, que somos amantes. ¡Y el miedo regresa!

—¿A qué es el miedo, Claudia? ¿Al qué dirán? ¿A lo que sientes? ¿A qué?

—¡A todo! Pero sí, en gran parte al *qué dirán*.

—Claudia, la vida no es un don sino una opción. Vivir no es venir a padecer por tratar de hacer lo que otros quieren en vez de lo que nosotros deseamos realmente.

—¡Es lo sexual lo que me produce más conflicto!

—La sexualidad tiene que ver con la vida. Es algo cotidiano, pero nos la han rodeado de tantos tabúes que nos resulta difícil conciliarla con nuestro afán de ser coherentes.

—¿Qué es ser coherente para ti, Amora?

—Vivir de acuerdo a lo que piensas, no permitir que alguna parte de tu yo esté negada, darle a todo tu ser la posibilidad de desarrollarse.

—Pero eso es casi imposible.

—Lo que importa es ser verdadera, Claudia, sentir la vida a tu alrededor, pese a todo. Y te juro, bonita, nadie puede decir que nosotras no lo intentamos, todos los días, a cada instante.

—¿Quiénes nosotras?

—Las mujeres con conciencia, en nuestro caso, las feministas.

—Amora, ¿qué es de verdad el feminismo?

—Supongo que hay tantos feminismos como mujeres en el mundo. Para mí, es un proyecto de vida que nos devuelve nuestro valor histórico. La primera que debe reconocer ese valor es una misma, y, a partir de él, exigírselo a los seres que te rodean.

—Es una tarea agotadora.

—¡Claro que lo es! ¿Tú crees que es fácil tener conciencia? ¡Es de la chingada! ¡Y es irreversible! Pero una no elige. . .

—Yo a veces quisiera no saber nada.

—Si te gusta vivir con los dientes apretados, allá tú.

—Si no sabes nada no tienes que vivir con los dientes apretados.

—No necesariamente. Cuántas mujeres sin concien-

cia viven soportando situaciones que las hacen existir con los dientes apretados.

—También me da miedo el hecho de que tú y yo veamos la vida de colores tan diferentes.

—¡Ajá! pero es la mezcla de colores lo que produce los cuadros más bellos.

—Esto es lo más cercano a la felicidad que he conocido, no sé por qué tengo miedo. ¡Es idiota, lo reconozco! Me he pasado años soñando con un amor así, y ahora tengo miedo.

—Los grandes amores existen, Claudia. Sólo es cuestión de saber reconocerlos, y no temerles cuando se aparecen en tu vida, porque no siempre llegan en la forma en que una lo esperaba.

—¡Ay, Amora, me haces sentir tan bien!

Claudia me besuquea el cuello. Yo me derrito. Ella acerca sus labios a mi oído y me dice:

—¿Quién te ama, Amora?

—Pues mira, para empezar, yo...

Suelta una risotada:

—¡Horas extras! ¡Es el colmo! ¡Esta feminista trabaja horas extras!

—Y como trabaja tanto se está muriendo de hambre...

Nos levantamos semivestidas, con una camiseta larga, sin calzones.

—¡Ay, Amora! Se me va a enfriar mi colita.

—¿Tu qué?

—Mi colita —contesta tapándose el sexo con ambas manos.

—Claudia, es tu vulva, tu sexo, tu flor, tu paloma, tu mariposa, otra cosa más... ¡más poética!, pero ¿cómo colita?

—Así me enseñaron desde chiquita.

—Debo admitir que te fue mejor que a mí.

—¿Por qué?

—Porque allá en Veracruz, los niños tenían pajarito y las niñas cucarachita.

—¿Deveras?

—Te lo juro. Imagínate, crecer con la sensación de que tienes una cucaracha entre las piernas, ¡y luego me preguntan que por qué voy a terapia!

En cuestión de minutos, pasamos de las profundidades de nuestro yo a la simpleza de un par de huevos cocidos, bañados por una extraña salsa que Claudia inventa mezclando sustancias casi alquímicas, ante mi mirada, repleta de ternura hacia esa maga menuda capaz de darle a mi vida tantos sabores nuevos.

Nos instalamos de vuelta en el colchón. Claudia se quita la camiseta y aparecen sus senos como dos frutas exóticas de alguna isla perdida hasta en los atlas geográficos. Hago un esfuerzo por concentrarme de nuevo en las charolas con la comida.

Prendemos la tele justo cuando tres bigotudos con guitarra y sombrero cantan el corrido de *Rosita Alvarez*:

Llegó Hipólito a ese baile
y a Rosa se dirigió,
como era la más bonita,
Rosita lo desairó.

—Rosita, no me desaires,
la gente lo va a notar.

—A mí no me importa nada,
contigo no he de bailar.

Echó mano a la cintura
y una pistola sacó,
y a la pobre de Rosita
nomás tres tiros le dio.

—¡Muerta por coscolina! —deduce Claudia.

—¡Nada de eso! Muerta por defender su derecho de elección respecto a con cuál galán quería bailar y con cuál no.

—O sea, ¡muerta por feminista!

—Digamos que se trata de una interpretación muy *sui generis*.

—¿Por qué? ¿No te gusta mi planteamiento? Rosita Alvirez, primera feminista mexicana muerta en el cumplimiento de su deber.

—Primera primera, no creo. ¿Te imaginas todas las muertas anónimas de este país, asesinadas por contradecir a nuestros charros nacionales?

—Sí, me cae. Debería haber un monumento igual que el del soldado desconocido.

—¡Claro! En honor a la rebelde desconocida, o sea, a esas mujeres que se atrevieron a decir no.

—¡Y que por eso les partieron la madre!

—¡Sí, señora! Aunque ésa no sea una manera muy feminista de hablar.

—¿Entonces cómo? ¿Les partieron el padre?

—¿El padre? ¡N'ombre! ¿Qué chiste tiene que te partan el padre si en la sociedad mexicana ni existe, digamos que brilla por su ausencia? A mí me pueden decir, *chinga tu padre*, y yo, tan tranquila. Mis papás se divorciaron cuando yo tenía seis años y a él se le olvidó por completo que había contribuido en la procreación de cinco seres humanos. Imagínate si me va a llegar el insulto. ¡Para nada!

Apagamos la televisión y nos acurrucamos de vuelta en nuestro nido. Ahora soy yo la que se deja querer. Empiezo a responder y hacemos otra vez el amor. Nos amamos un rato largo, hasta que me adormilo entre los brazos de Claudia. No sé cuánto transcurre. De pronto, me

acuerdo del tiempo y, con mis labios pegados a su cuello, le digo:

—Bonita, ¿estás consciente de que llevamos alrededor de cuarenta horas en este cuarto?

—Hummm. . . amo nuestra anarquía —dice ella mientras se estira.

Y agrega:

—¡Ay, Amora! A veces me imagino que contigo sí podría vivir.

Se queda pensativa. Suspira y pregunta:

—¿Cómo sería si viviéramos juntas?

A mí, se me sale lo poeta (¡y lo cursi!), me siento en la cama, pienso un momento y me arranco:

—Hummm. . . si yo viviera contigo, me levantaría primero que el sol y, antes de hacer a un lado las sábanas, dejaría en ti mis huellas como si fueras de arena. Te llevaría geranios para desayunar y te espiaría por la puerta del baño para verte comulgar con el agua. Tendríamos un código propio, no caeríamos en hábitos ni rencores, andaríamos descalzas por casa, abarcándonos de una sola mirada. Tomaríamos vino o té frente a la chimenea. Afuera, la lluvia. Y yo, me sentiría incalculablemente feliz, al verte, descubriéndote mujer en tus cuatro puntos cardinales.

Claudia me mira embelesada.

—¡Ay, Amora! No cabe duda: ¡el amor es una cosa esplendorosa!

Una noche tirándole a rojo. . .

Viernes, amados viernes. Claudia llega por mí con unas botitas blancas al estilo Peter Pan (creo que están de moda), una blusa —blanca también— y ¡una minifalda de mezclilla! Al verla pienso que no voy a atreverme a caminar públicamente a su lado, pero las ganas de ganar la calle con Claudia son más grandes que mi pudor.

Andamos por Reforma, colgadas del brazo, apretadas una contra la otra, juntando a veces la cabeza, hablando en voz baja, turbándonos cuando nuestras pupilas se topan.

Llegamos a la zona Rosa. ¡Qué ambiente más denso! (O tan corriente, como diría mi abuelita, que era clasista y que en paz descanse.) Tipos drogados por todas partes, policías prepotentes (¿es que hay de otros?) hostigando a los chavos vende-todo, ligadores de tiempo completo persiguiendo mujeres, chicas-plástico persiguiendo hombres, basura por todas partes, y un ruido constante de patrulleros y patrullas circulando fusionados como centauros arrogantes, soplando sobre el micrófono para infundir el terror entre las masas zonarrocenses. Me pregunto dónde quedó ese agradable proyecto con aire a Barrio Latino de París, con jóvenes vendiendo libremente lo mismo collares que música, con esos sabrosos cafecitos al aire libre, con esa sensación de que por lo menos, por un ratito, el país no está en crisis, las guerras no existen y los tragafuegos y las Marías son una mera alucinación colectiva.

Claudia y yo nos introducimos por las fauces abiertas de Génova. Enseguida empieza el consabido acoso sexual por parte de los machos nacionales.

—¡Carajo! qué hueva, siempre lo mismo —dice Claudia aferrándose más a mí.

Aprovecho y la traigo más cerquita mientras le paso el brazo por los hombros.

—Tú me avisas cuando te agarren una nalga para golpear al pendejo que se haya atrevido —le susurro en el oído (pretexto perfecto para acercarme todavía más).

—¿Estás loca? ¿Quieres que nos partan la madre?

—¿Y no te parece que nos la parten bastante hostigándonos de esa manera?

—Sí, pero los trancazos duelen físicamente.

—Tienes razón. Además, la rabia y la impotencia porque ellos son más fuertes físicamente aumentaría la otra rabia y la otra impotencia. Supongo que lo dije sólo por decirlo (y porque quería tocar tu oreja con mis labios, pero eso no te lo digo).

—¡Uf, qué alivio! Ya te veía en algún reclusorio con el rostro desfigurado, y encima, acusada de alterar el orden público.

—¿Sabes? Cada caminata por el DF me confirma mi teoría de que la Tierra es un planeta de castigo, y que nacer mujer y vivir en esta ciudad es una de las últimas pruebas que debe pasar un ser humano para llegar a elevadísimos planos del espíritu.

—¿Te cae?

—Tú camina y juzga si tengo o no razón.

—Lo que pasa es que yo sólo camino contigo. El resto del tiempo voy de mi casa al coche, del coche a mi trabajo, de mi trabajo al coche, y así.

—Yo aunque tengo coche no pienso dejar de caminar nunca.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que se me acabe la rabia.

Estoy a punto de lanzarme en un enardecido discurso feminista, cuando dos galanes se nos paran enfrente.

—¿Qué onda, güeritas? ¿Por qué tan abrazaditas? ¿Apoco son lesbianas? ¡Qué desperdicio, si están re-buenas...!

—Con tipos como ustedes, a una no le cuesta nadita decidirse —replico midiéndolos con la mirada y tratando de sonar muy tranquila mientras conduzco a Claudia al otro lado de la acera.

—¡Pinches tortilleras!

—¡Manfloras!

Claudia está francamente roja. No sabe qué decir o hacer. Con mucha ternura la dirijo al Konditori y pido dos cervezas. Ya con su color rosita habitual pregunta:

—Oye, Amora, ¿qué es manflora?

—Lesbiana en peyorativo.

—¡Ah!, pues a mí no me suena tan feo.

—A mí tampoco. Es más, la palabra me gusta. Manflora. Es como una yerba olorosa, un ser mitológico, o el nombre de una hada.

—Me suenan peor las otras. ¿Y por qué eso de tortilleras?

—Porque los ignorantes suponen que cuando dos mujeres frotan sus pubis se reproduce el movimiento que recuerda al palmeo con que se hacen las tortillas. Además de que se trata de una industria donde la “mano de obra” es totalmente femenina.

—¡Qué complicados!

—Más bien, qué elementales.

—¿Y por qué no usar la palabra *gay*, como en otras partes del mundo? Suena linda, y quiere decir alegre.

—Aquí existe todavía un poco de resistencia porque viene de gringolandia. Es cuestión de costumbre. Te apuesto que dentro de algunos años todos la usarán.

—A mí la palabra lesbiana me saca de onda. Me parece fuerte, desagradable.

—Puedo entenderlo. Es por la carga cultural tan negativa que tiene. A mí me pasaba lo mismo, pero siento que de tanto usarla diferente, las lesbianas feministas le hemos dado un nuevo valor, la hemos rescatado del fango de la historia.

—¿Por qué te refieres a ti misma como lesbiana si también tienes relaciones amorosas con hombres?

—Es una forma de militar. La gente tiene una imagen muy estereotipada de la lesbiana: marimacha, de pantalones, chamarra de cuero y pelo rasurado. Cuando te les presentas, femenina, dulcecita, cariñosa y amable, pues les rompes los esquemas y, a veces hasta llegan a agarrar cierta conciencia. Yo creo que la moral es cuestión de épocas y de necesidades políticas, y que lo clandestino y “terrible” deja de serlo cuando se habla de ello y se vuelve lo que es: parte de nuestra cotidianidad.

—¿Y el rollo ese de los seres sexuales que me tiraste el otro día?

—Ése es sólo para personas avanzadas. No le puedes enseñar a leer a alguien por la H si todavía no conoce la A. ¿Te imaginas soltándole ese rollo a las amigas de mi mamá? Pues no entienden nada. Todo a su tiempo, mi querida poeta.

Salimos de la cafetería cuando la noche va en serio y la Zona Rosa tira a rojo sangre. Como ocurre cada vez que nos vemos, se ha formado entre Claudia y yo una especie de burbuja mágica, de pequeño planeta íntimo en el que sólo hay dos habitantes, dos códigos y un solo sentimiento.

—¿Qué tal una mamadita, mamacitas?

La burbuja estalla con tal violencia que Claudia grita furiosa:

—¡Pinches nacos de mierda!

Ellos se alejan muertos de la risa. Yo reclamo:

—¡Claudia, no seas clasista!

—Es que los alucino, ¿por qué no nos dejan caminar tranquilas por las calles de nuestra ciudad? Además, ¿apoco tú no eres clasista?

—Yo más bien soy alérgica a los mediocres, a éstos que

no tienen imaginación, que no poseen alma propia, éstos que viven las vidas que les dictan en la tele, éstos a quienes el parecer les cuesta el ser . . . Mi amiga Norma dice que seguramente dios los ama, porque hizo un chingo. A éstos sí que los alucino, me dan urticaria, me producen asfixia, náuseas, ganas de vomitar . . . ¡Uagh! ¡Y éstos, Claudia, se dan en todas las clases sociales!

Bordando recuerdos y palabras

Dicen que sentir es distraerse. Y la verdad es que hay algo de cierto en ello. Desde que ando en pleno romance con Claudia me concentro menos para escribir. Eso aparte de mis propias y ya perfeccionadas tácticas de evasión: hacerme un té, llamar por teléfono, lavar la blusa que lleva dos semanas en mi canasto de "ropa que lavo yo", cortarme las uñas de los pies, sacudir mi cuarto. Todo menos empezar mi cortejeo con las palabras y las ideas.

Y ahora aquí estoy, ante mi máquina de escribir, intentando por enésima vez empezar mi ponencia para el coloquio "Bordando sobre la escritura y la cocina", en el Munal. Me invitó Tununa. Primero pensé en decir que no. Por inseguridad, claro. Lo organiza la Dirección de Literatura del INBA, así que ya me imagino que ahí estarán varias de esas mujeres tan brillantes y que tanto susto me dan. Cuando me encuentro con alguna de ellas y se baja de su pedestal a saludarme, me paralizó de terror. Siento que la siguiente frase que salga de mi garganta va a resultar la más irreverente y grandiosa pen-dejada que se haya pronunciado en este siglo. Por supuesto, enseguida me consuelo: "Pero, Lupe, si tú ni a prepa llegaste. Bastante has hecho con lo que has hecho en tu vida". Y me funciona, cómo de que no. Así que por cuestión de principios, acepté. Y héme aquí, tensa, frente al papel en blanco.

Siempre pensé que si yo hubiera sido varón, mi madre se pone a lavar ajeno pero me paga una carrera. Yo tan ingenua, imaginando que después de la secundaria seguía la preparatoria y enseguidita la universidad. Me pasé meses dudando en secreto sobre qué elegir, psicología o pediatría, así que cuando mi madre me sentó en

el antecomedor y me dijo: "Lupe, ya te inscribí en una escuela comercial para que seas secretaria, te pongas a trabajar rápido y me ayudes con los estudios de tus hermanos", fue tal la sorpresa que no pude articular palabra. Y como el que calla otorga . . . Además, era lo esperable. Mis hermanas nunca tuvieron mis pretensiones intelectuales. Una estudió para cultora de belleza y ya empezaba a hacer sus pininos en un salón. La otra sólo soñaba en casarse y medio se entretenía vendiendo perfumes y cremas en El Palacio de Hierro Durango mientras esperaba a su futuro marido. En ese contexto, mi destino secretarial era lo más lógico.

Mis dos hermanos, los menores de los cinco, eran mis cómplices. Ambos prometieron prestarme sus libros y pasarme sus clases en cuanto pisaran un aula superior. Pero nunca lo hicieron. Uno comenzó a trabajar como *office boy* en una agencia de publicidad y ahora dirige una. El otro salió medio artista y hace teatro con uno de esos grupos talentosos y pobres. Cuando recordamos que por ayudar económicamente a sus supuestas carreras no soy ni psicóloga ni pediatra, nos morimos de la risa. Mi relación con ellos es más cercana e intensa que con mis hermanas, a quienes veo poco debido a que están dedicadas en cuerpo y alma a sus hijos y maridos, en ese orden.

La que se sentía un poco culpable era mi madre, hasta que una Navidad en la que me pedía perdón como por décimoseptima vez por no haberme dado una carrera, a mí, la única de sus hijos a quien realmente le gustaba estudiar, le dije: "Mira, madre, lo que más te agradezco es lo que no me diste porque me obligaste a dármelo yo, y eso me hizo más fuerte". Se quedó tranquila.

¡Ay, Lupe, ya basta! Con tal de evadirte de tu texto eres capaz de ponerte a recordar tu vida entera. Ya, concéntrate, empieza tu ponencia sobre "El hilo se rompe por lo más delgado". ¡Coño! El hilo. ¿Y cuál hilo? Por-

que vivimos rodeados de hilos: los de la ropa que nos ponemos, los de las sábanas sobre las cuales hacemos el amor, los de las cortinas que defienden celosas nuestra intimidad. También hay otras clases de hilos: por hilos nos llegan la luz, las voces, el silencio a veces. Están además el hilo de una conversación, el de una película de Bergman y el que separa tan sutilmente a la razón de la locura.

Cuando tenía yo siete años, una vecina murió. Los adultos de mi casa comentaron: "Parecía dormida. Sólo le salía un hilo de sangre por la nariz". Comencé a imaginar entonces cómo era estar muerta sin parecerlo, con un hilo rojo colgando de la nariz. Y ese hilo, ¿a qué se parecería? ¿A un hilo como los del costurero de mi abuela?, ¿a un moco ensangrentado?, ¿a un pedazo de plastilina colorada? A lo largo de varios días me preocupé por averiguar si todos los muertos tendrían hilos de sangre saliéndoles por la nariz, o si también les saldrían por otra parte del cuerpo como las orejas o el dedo gordo de un pie. Nunca aclaré el misterio porque durante mi infancia jamás logré ver a un muerto así de cerquita. Después, el enigma del hilo rojo dejó de ser motivo de mis profundas reflexiones infantiles.

Otro enigma relacionado con un hilo y que tampoco he podido descifrar es ése de, "descubrió el hilo negro". ¿Qué no estaba descubierto ya? ¿Y por qué negro y no rojo, o azul, o amarillo?

Sigo tratando de imaginar qué más hay que decir sobre el hilo. Se podría hablar de cómo seguir el hilo de los discursos políticos, pero no vale la pena: generalmente, éstos son bastante deshilados. Se me ocurre que nuestras abuelas y nuestras madres dejaron buena parte de su vida colgando de hilachos: los del trapo de sacudir que les sacudió las ilusiones, los de la jerga que les resregó sus sueños, los de las sábanas de un sexo sinónimo de sacrificio y, sobre todo, de los dolorosos hilos de

una existencia a medias. Mujeres cuya vida ha transcurrido y transcurre envuelta entre madejas de estambre, unida a lienzos de tela por un cordón umbilical hecho de hebras, prendido al cuerpo por agujas o ganchos de tejer. Y otras, que lejos de permitir que la costura, el bordado y el tejido las sometieran como esclavas, lograron convertirlos en un arte cotidiano.

De pronto, me surge una duda: ¿será la aguja como la esposa del hilo, que se ocupa de la ardua tarea de traspasar la tela para desaparecer después, dejando a su cónyuge plasmado en formas y colores espectaculares, como único objeto de admiraciones y de halagos? Duda que permanece.

Hay hilos que resultan difíciles de seguir. El más claro ejemplo es el "hilo del amor", tan frágil que en cualquier momento y por cualquier cosa puede romperse, y tan fuerte que en ocasiones se convierte en la soga de un patíbulo personal.

No hay que olvidar tampoco a aquellas personas que penden de un hilito, porque "tronaron" con su pareja, porque les fallaron los anticonceptivos o porque se acabó el sexenio. Hay países cuyo futuro entero depende de hilos, el de la línea roja Washington-Moscú, o el de la esquizofrenia galopante de un mandatario senil. Reflexiono: esto debe ser el tan llevado y traído "hilo del destino", del cual —dicen— nadie puede escapar.

También en la escritura hay hilos. Claro, y si no, ¿de dónde nace este coloquio? En todo relato hay que seguir un hilo. Para escribirlo y para leerlo. En una novela de misterio los hilos son más complicados, en una de amor más sutiles, en una de vaqueros, más burdos. Hay textos cuidadosamente bordados como los de Roa Bastos y Guimarães Rosa; otros llenos de colores, como los de García Márquez y Vargas Llosa. Los hay confeccionados a mano, como los de Elena Garro, o cosidos aceleradamente en una máquina Singer, como los de la Chi-

na Mendoza. Los hay escritos con hilos y suspiros, como los de Benedetti y Galeano, o bien con metálicas madejas de angustia, como los de Sábato y Cortázar. Son pocos los cosidos a ovarios, verbigracia los de Rosario Castellanos y Elena Poniatowska. Y está la maravillosa filigrana de la poesía que requiere de hilos, agujas, dedos, bastidores, arillos, ganchillos y, sobre todo, de puntadas especiales capaces de crear instantes, de rimar encuentros, de inventar momentos.

Y es que esto del hilo es muy relativo, digo yo, que llevo horas preguntándome: ¿y qué tengo yo que decir sobre el hilo si a lo más que llevo es a pegar un botón o mal levantar un dobladillo?, ¿si apenas puedo seguir con cierta coherencia este enredo desmadejado que es mi vida en estos momentos?, ¿si me declaro totalmente enmarañada por los hilos de este texto que se me fueron dando vuelta sin llegar a romperse ni por lo más delgado ni por ningún otro lado? Y por último pregunto: ¿alguien tendría una tijera a la mano para ayudarme a salir de esto? A mí, que me siento deshilvanada, muda de repente, nerviosa, cuestionada, víctima de complejas redes literarias, y que del hilo no tengo que decir ya nada.

Bueno, pues parece que así se escriben algunas ponencias.

Noche de ronda, qué triste pasas...

No puedo dormir. Ya traté de leer, puse música de relajamiento, conté borregos, me tomé un té de tila con azahar. Nada me resulta. Y las poco solidarias de Citlali y Mariana se largaron a bailar. Decido llamar a Graciela.

—Hola, soy Lupe.

—¿Qué te pasa?

—Estoy encabronadísima.

—Ahorita bajo.

Abro y Graciela pregunta directamente:

—¿Por?

—Iba a comer con Claudia y me llamó a las nueve de la noche para decirme que no podía verme.

—¡Ah chingao! ¿Y eso?

—Estaba peleada con Javier. Tengo la sensación de que se fueron a reconciliar.

—¡Ah chingao! ¿Te cae?

—Me cae.

Silencio total.

—Oye...

—¿Qué?

—¿Tú crees que eso de las relaciones abiertas sí funciona?

—No.

—¿Entonces?

—No había de otra. O lo aceptaba, o de plano perdía a Claudia.

—¿Te cae?

—Me cae.

—¿Y sigue con los dos?

—Con los dos.

—¿Y qué vas a hacer?

—N.P.I.

—¿Qué?

—Ni puta idea.

—Ah...

Silencio absoluto.

—Oye...

—¿Qué?

—¿No te late que eso de la no monogamia es un pretexto para no comprometerse?

—Obvio.

—¿Entonces?

—Pensé que mi amor iba a cambiarlo todo.

—Ah...

Silencio mortal.

—Oye...

—¿Qué?

—¿Y ellos saben de ti?

—Claro que no.

—Pero tú si sabes de ellos.

—Obvio.

—¿Y no sientes que es injusto?

—Mucho.

—Ah...

Silencio pesado.

—Oye...

—¿Qué?

—¿No te parece que lo único peor que los celos es pretender que no los estamos sintiendo?

—Claro.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—No, nada...

Silencio silencio.

Esta vez lo rompo yo. A gritos.

—¿Sabes qué me rebela más? Sentir a las mujeres tan a merced de los hombres, tan dependientes de un tronar de dedos masculino. ¿Cómo no van a sentirse supe-

riores? ¿Cómo esperan que ellos les den un valor que ustedes no se dan? ¿Qué pasa con ustedes que por ellos olvidan lealtades, citas con amigas, hijos, incluso otras relaciones más sólidas? ¿Es que les resulta tan difícil aprender a priorizar?

Estoy rojísima, de rojo-rabia.

Graciela me abraza, efusiva.

—¡Ay, Güerita! suenas un poco a Norma, pero no importa, ¡qué bueno que explotaste! Creí que te ibas a tragar el coraje y a provocarte una úlcera, ¡o un cáncer! Tienes razón. Somos unas pendejas, pero así somos, por más que tratamos de cambiar. Ya ves yo, todo lo que me he dejado saquear.

—A veces siento que me he tragado las historias de todas las mujeres que conozco y las de sus hombres. Estoy llena de voces que me ahogan.

—¡Bájale, Lupe! Reconoce que también las mujeres se saquean entre sí. Mírate ahorita. Claudia es una vampira. Se alimenta de ti, se enriquece contigo para resistir así las carencias de sus galanes.

—¡Ay, es ciertísimo! ¿Por qué será que ni siquiera nuestras neurosis resultan originales? Odio al verdugo que llevo dentro.

—¡Huy, qué dramática! No seas tan rígida contigo misma. No somos ni mujeres biónicas ni víctimas. Somos mujeres con gran fuerza, pero también con una gran, maravillosa, vulnerabilidad. No importa que lloremos toda una tarde, lo esencial es que no nos quedamos en el llanto. Seguimos adelante.

—Sí, ¿verdad? Tan imperdonablemente vivas...

Hacemos té de limón y nos sentamos en la famosa sala *art nouveau*. Graciela y el Pájaro empezaron a tener broncas después de un viaje de trabajo que él hizo a Cancún. Regresó callado, esquivo, como de mal humor. Y

las cosas no mejoran. Graciela me cuenta, tristonamente, cuando oímos abrirse la puerta.

Son Citlali y Mariana.

—¿Y ahora ustedes, qué hacen aquí?

—Terapia de grupo.

—¿A las dos de la mañana?

—La solidaridad no tiene horario.

Hacemos más té y volvemos a la sala. Les cuento de Claudia y, además, les confieso:

—Ya tuvo su primer brote serio de buguez. ¡La hubieran oído!: “¡Yo no soy lesbiana! ¡Yo quiero casarme y tener hijos! ¡A mí me encantan los chavos y siempre los voy a necesitar, aunque no me den ni la mitad de lo que me das tú! ¡Yo soy heterosexual!”

—Eso no es ser heterosexual, ¡es ser pendeja!

—¡Y terca!

—¿Y tú qué le contestaste?

—Lo que ya le he dicho otras veces, que vivir nuestra relación no quiere decir que le van a dejar de gustar los hombres ni que no se vaya a casar y a tener hijitos, que el para siempre sólo existe en el corazón, que cuando la pasión se nos termine, trataremos de transformar la relación en una amistad y cada una seguirá su vida. Pero no entiende.

—¿Cómo va a entender si estudió en la Ibero?

Me río, aunque no quiera.

—¡Pinche, Mariana! ¡Diez en cabronería!

—Pero te reíste, ¿no?

Me vuelvo a reír.

—¡Diez en sentido del humor!

—Ya en serio, Lupe, ¿qué vas a hacer?

—No sé. Mi parte sana me aconseja pararle aquí antes de que avance la pus. . . Pero, claro, mi parte enfermita me dice que aguante, que a lo mejor cambian las

cosas. Lo que sí haré es pedirle que no se vuelva a repetir lo de hoy. ¡Estuvo fuerte!

Dormí mal. (Obviamente, Lupe, ¿qué esperabas? ¿Soñar realmente con los angelitos?) Llego agotada del trabajo, física y emocionalmente. Me topo con Graciela a la entrada del edificio. Chismeamos brevemente, ella del Pájaro, yo de Claudia.

—¿Qué te dijo cuando le reclamaste?

—Que ella no es propiedad de nadie.

—¡Ah, chingao! Sin comentario.

—Por supuesto, le recordé que toda relación humana requiere de un mínimo de solidaridad y cuidado.

—Para no mencionar el respeto. . .

—Vamos a dejar de vernos un rato, aunque yo creo que es el fin.

—¿Te lo pidió ella?

—Sí, quiere que se le acomoden las cosas, que se le diluya la angustia.

—Y tú, ¿qué vas a hacer con tu angustia?

—Gimnasia, supongo.

¡Coño!, pero qué semana tan larga. Hay que admitirlo, esto de ser asalariada, intelectual de izquierda, feminista militante y ama de casa es realmente pesado. Y si además le da a una por cuidar su salud e insistir en cocinarse algo nutritivo en vez de atragantarse una torta o una pizza, pues peor tantito. En fin, una vez recogida la cocina puedo regalarme un rato de “ámate a ti misma porque nadie mejor que tú. . . , etc.”

Estoy sola, deliciosamente sola, sentada sobre la alfombra de la sala. Recorto los periódicos atrasados y oigo música nicaragüense. De vez en cuando me paro a bailar. Pienso en todo: en el Grupo, en El Salvador,

en mis amigas, en la vida. Suena el teléfono. Cómo quisiera que fuera ella. . . pero es Rosa María para contarme que sigue en terapia con Itziar y que está mejor.

Vuelvo a mi lugar en el suelo y me quedo pensando: ¡Ay, Claudia! Qué extraña sensación saber que ya hay miles de kilómetros entre nosotras, que mi teléfono no va a servir para oír tu voz, que por más que piense en ti no vas a aparecerte. Me descubro constantemente contándote cosas, añorándote a escondidas para que ni yo misma me dé cuenta, o sonriéndote, o sintiéndote en la piel y en la panza. ¿Qué hacer para que no nos duela tanto? Dejaste el departamento impregnado de ti, y a mí. . . Todos estos días he cerrado los ojos y me he vuelto recuerdo. Me regocijo con los momentos que regresan: los aguaceros que vivimos desde el lado seco del cristal, la tarde que compartimos la cama con Simone de Beauvoir, las enormes cantidades de té de jazmín bebidas en la misma taza, las horas que volaron en interminables discusiones sobre “¿qué es la fidelidad?” o “¿se puede amar a tanta gente al mismo tiempo?”; tu paciencia para sacarme aquella vez de mi crisis y de mi llanto; tu ternura; esos masajes que eran un rito sobre tu espalda; las carcajadas cuando llevamos a Mercedes y a Verónica a remar a Chapultepec y los remos se nos quedaron atorados en el lodo. Humm. . . fue maravilloso crear una filosofía propia, dejarse arrastrar por una vehemencia que rondaba las sábanas de la mano de la dulzura, fundir nuestras risas mientras tus dedos sacaban cosquillas de mi cuerpo, dar el primer paso para romper la absurda vergüenza de negarse a ser olor o ganas de hacer caca, deambular de la ternura a la pasión sin abandonar para nada el sentimiento, oír tu grito de “¡qué libertad, dios mío, qué libertad!”, mientras, en efecto, vivíamos esa libertad. Y quedó pendiente Michoacán y tantas cosas más. Me jode confesar que aún te amo. Sí, te amo, pero tal vez dentro de un mes, o dos, o mil, ya no te ame.

O para mi próxima reencarnación. En estos momentos me siento invadida por el dolor de tu ausencia, que es ya un dolor físico. ¡Ay, Claudia, si te hubieras atrevido a amarme única! Pero, ya lo decías, qué difícil es ser coherente con una misma. Serlo sin que nadie salga lastimada, sin que nadie lllore, sin que nadie pierda. Y aquí, Claudia, perdimos las dos.

Qué rico estar vivas, y juntas

Domingo solidario. Citlali, Mariana, Graciela y yo nos vamos al campo. Decidimos airear nuestro dolor. Llevamos a mi sobrina Mercedes y a su amiga Verónica, a Cenicienta la perrita labradora de Mariana y a Rufo, el viejo pastor inglés de Citlali. Llegamos al Valle de las Monjas. Hay un acto de protesta por el ecocidio en el Desierto de los Leones. Nos quedamos un rato y después optamos por ir a comer quesadillas, tlacoyos y sopa de hongos.

Durante la comida el tema es, por supuesto, el amor, o más bien, el desamor.

—Pero es que no entiendo, si ya andaba con la otra chava, ¿por qué no me lo decía en vez de portarse tan agresiva conmigo?

—No seas lenta, Mariana, si andaba agresiva contigo era precisamente porque se sentía culpable —le aclaro yo, que amo la psicología casera.

—¿Y yo qué? Engañada y aparte agredida, ¡qué papelazo!

—Siquiera Carla sí me cantó derecho cuando empezó con la galana.

—Pero también se portó fría y distante, no se te olvide, y además te hizo dos que tres chingaderitas —apunto terapéuticamente.

—No, si no se me olvida . . . yo nomás decía.

—Tienen que admitir que mi caso es peor. Yo ni siquiera sé por qué quiere terminar Alberto conmigo.

—Sí, me cae. Eso de que llegue de repente y te diga que hay que separarse porque la relación está estancada . . . ¡después de cinco años de vivir juntos!

—Eso lo entiendo. Lo que pasa es que no logra explicarme por qué siente estancada la relación. Cuando le pregunto sólo se queda callado y entonces yo me deses-

pero más todavía.

—¿Ya te dijo cuándo se va de la casa?

—No. . . sólo dice que ya mero, pero los días pasan y cada vez nos peleamos más. Creo que la que se va a tener que ir soy yo.

—¡No seas pendeja, si son tu departamento y tus muebles!

—Sí, pero ya no aguanto la situación. Es muy desgastante.

—Ponle un ultimátum.

—Ya lo hice, pero me acusó de estarlo corriendo.

—¡Ay no, por favor! ¡Qué complicados somos los seres humanos!

—¡Vaya descubrimiento!

—Pues yo no he sabido nada de Claudia y a veces siento que me está llevando la requetechingada.

De pronto se hace el silencio. Las cuatro nos apagamos. Unas quedamos con la cabeza agachada, otras con la mirada perdida. La tristeza llega a nuestra mesa y se instala junto a los restos de sopes mordidos.

—¿Quién nos viera aquí todas jodidas? —exclama de pronto Mariana—. Pero eso sí, queríamos enamorarnos, ¿no? ¡Pues a sufrir, cabronas!

¡No exageres! ¡No siempre se sufre! —corrijo.

—No, claro, los dos primeros días se la pasa una de agasajo.

—¡Huy, no! Si van a seguir así de entusiastas me cambio de grupo, les advierto —amenaza Graciela.

—Tienes razón. Abandonadas y aparte amargadas, ¡ni madres! ¡Que viva la vida!

—¡Y el amor y los atardeceres, el vino helado y los orgasmos!

—¡Y el feminismo y la guerrilla y la solidaridad!

—¡Y la música y la poesía y la fotografía!

Las niñas nos oyen y voltean a vernos. Verónica se para de puntas y grita:

—¡Y Menudo y Luis Miguel!

—¡Ay, no, Vero, éstos no!

En medio de las risas, Citlali se nos queda viendo y suspira:

—Después de todo, qué gusto estar vivas, y juntas.

Dejamos el restaurante y caminamos buscando un lugar con solecito, alejado de todos. Las niñas corren junto a los perros. Encontramos un rincón con un tronco seco caído que nos sirve como asiento. Nos sentamos las cuatro mientras los perros supervisan el sitio y las niñas se paran enfrente, bajo dos árboles pequeños que les sirven como escenario.

—Tía, ¿les cuento un chiste pelado? —pregunta Mercedes.

Gritamos que sí y la miramos atentas. Ella se acomoda su playera azul, se levanta los calcetines y sacude sus pantalones de mezclilla para hacer el momento de mayor emoción. Con una sonrisa pícaro pregunta:

—¿Saben por qué las recién casadas regresan de su luna de miel con las patas de gallo más marcadas?

—¡No! —exclamamos al unísono.

Mercedes arruga el entrecejo y añade:

—Pues porque se pasan todos los días preguntando:
¿Qué te chupe el qué?

Carcajada general con cierto rubor por parte de las adultas. Los perros ladran y Verónica salta:

—¡Yo me sé uno peor!

—No, ya basta, mejor cántennos una canción de Parchís.

—¡Ay, tía! ¿Cómo Parchís? Ya mero nos pides una de Cri-Crí.

—Sí —apoya Verónica—, les cantamos pero una de Menudo o de Amanda Miguel.

Nos cantan, nos bailan, nos vuelven a cantar. Después nos actúan la escena de Romeo y Julieta en el balcón. Se pelean porque las dos quieren ser Julieta. Cuando ter-

minan les aplaudimos entre risas y hurras. Ellas hacen una caravana de agradecimiento, se nos acercan y se dejan abrazar y besar. Entretanto, los perros ladran y corren alocados a nuestro alrededor. De repente, Mercedes deshace nuestro abrazo y me dice: "Tía, ¿te imaginas qué padre sería si Claudia estuviera aquí con nosotras?" Todas voltean a verme. Yo no puedo articular palabra. Mariana sale en mi auxilio: "¡A ver quién llega primero al río!" Y se van las tres, seguidas por los perros que brincan de puro contento. Mientras, la opresión en la boca del estómago y el nudo en la garganta se vuelven inmensos, como los árboles que nos rodean. Graciela pregunta: "¿Estás bien?" Citlali se acerca y me aprieta un hombro.

Oye, tía, ¿y cómo son las lesbianas?

—Tía, ¿cómo son las lesbianas?

La verdad, la pregunta me agarra por sorpresa cuando estoy por salir de casa de mi hermana. Mercedes me lo nota enseguidita y me jala de vuelta al sofá.

—Sí, tía, ¿cómo son, cómo se visten, cómo sabes que son lesbianas?

—Pues cómo que cómo son, Mercedes . . . ¡pues igual que cualquier mujer!

—¡Mentira, vil y asquerosa mentira! —salta Verónica—. ¡Las lesbianas son unas degeneradas que violan mujeres y que guácatelas!

—¿Y con qué violan si no tienen pito?

—Ah, pues eso sí no sé, Mercedes, pero el otro día que acompañé a mi mamá al salón, una señora platicó que una de sus sirvientas se le metió en la cama a la otra y la quiso besar.

—¡Ay, pero eso no es violar!

—No la violó porque la otra salió corriendo, que si no . . .

—¿Qué si no qué, Vero?

—¡Pues la viola!

Decido intervenir.

—Mi querida Verito, las lesbianas son mujeres comunes y silvestres, de todos los colores, edades, nacionalidades y profesiones que simplemente aman a otras mujeres en lugar de amar a los hombres.

—¿Ves? ¿Ves cómo sí son unas degeneradas? Hasta tú misma lo estás reconociendo.

—Verito, degenerada es una palabra muy difícil de aplicar. Para mí, un degenerado podría ser quien viola con lujo de saña a una niña o a una mujer, ¡o a un niño!, quien obliga por la fuerza a otro ser humano a cometer

actos denigrantes, quien mata con sadismo, pero no dos mujeres que se aman por voluntad propia y en forma solidaria y hermosa.

—¿Hermosa? ¡Guácatelas! Mi mamá tiene un libro donde dice que eso es anormal.

—Pues yo tengo otros que dicen todo lo contrario.

—¡Ay, sí, porque de seguro ésos los escribieron las propias lesbianas!

—No, Verito, los escribieron personas que obviamente no son tan retrógradas ni tan bestias como tú y tu mamá.

—¡Pinche Lupe, a mi mamá no la insultas!

—¿Quihubo, Vero, apoco te vas a ofender como macho mexicano cuando le tocan a su madrecita santa? Mejor ya cállate y ven acá para que hablemos seriamente porque andas medio perdida. . .

—¿Perdida yo? ¡Perdida estarás tú que defiendes a esas cochinas!

—A ver, explícame, ¿por qué son cochinas?

—¡Pues porque hacen cochinadas!

—¿Y cómo las hacen según tú?

—¡Sí, Vero, cuenta, cuenta!

—¡Mercedes, no seas idiota! ¿Cómo voy a saber eso? Sólo sé que se tratan de coger y esas cosas.

—¿Entonces para ti el acto sexual es algo sucio?

—Si no estás casada sí.

—¡Ay, Vero de mis amores, hasta parece que vas a una escuela de monjas! Mira, niñita, la relación física entre dos seres que se aman o que se gustan —sean del sexo que sean— es algo bueno, es la forma de expresar nuestros sentimientos y nuestras emociones. ¿A ti no te gusta cuando te apapachan tus papás?

—¡Ja-ja! ¡Cómo no, tan grandota! Para que te lo sepas, ¡a mí nunca me apapachan mis papás!

—¿Y apoco no te gustaría que lo hicieran? Así como me piden tú y Mercedes que les haga piojito, que les rasque la espalda o que las besuquee.

—Sí, pero no es igual. Y, además, no tiene nada que ver con las lesbianas.

—Claro que tiene que ver.

—No, porque las lesbianas se manosean y yo no sé qué, pero hacen cosas malas.

—Oye, tía, ya en serio, dinos cómo hacen el amor las lesbianas. ¿Qué se meten?

—¡Ave María Purísima! Ustedes creen que el amor sexual se reduce a que te metan un pene y ya. Se olvidan de los besos, las caricias, las palabras, los roces. . .

—Sí, tía, pero al final lo que importa es que te lo metan, si no, ¿por qué todo el mundo hace tanto escándalo con eso de la virginidad?

—Porque son tonterías heredadas del pasado, porque la gente anda muy atorada en pendejadas así para no darse cuenta de cosas más importantes. Cuando tú amas a otro ser humano, lo sexual no es lo único. Es sólo un ladrillo más de esa relación que vas construyendo como una casa.

—Pero. . . ¡dos mujeres! Eso a mí no me pasa, no me pasa y no me pasa, ¡y punto!

—Yo ya te entendí, tía, y quiero decirte que estoy de acuerdísimo contigo.

—Pues yo no entiendo ni madres. Mira, Lupe, yo te amo a ti y amo a Mercedes, pero no se me antoja coger con ninguna.

—En primer lugar, mi querida Verónica, estás muy chica para que se te antojen esas cosas. En segundo, estás confundiendo: cuando quieres a una persona no te dan ganas de hacer el amor con ella, pero cuando estás enamorada, entonces sí se te antoja todano piano.

—¡Ay, tía, pues yo quiero mucho a Verónica y si cuando seamos grandes ella quiere hacer el amor conmigo, yo encantada!

Verónica voltea con un gesto de horror en el rostro, pone las manos como si fuera a estrangular a Mercedes,

camina hacia ella y le dice:

—Si me tocas, ¡te mato!

Nos reímos las tres y nos abrazamos. Se me ocurre entonces poner ejemplos concretos.

—¿Se acuerdan de Citlali y Mariana, mis amigas con quienes fuimos al Desierto de los Leones?

—¡Claro! —responden las dos en coro.

—Pues son lesbianas.

—¿Te cae, tía?

—¿Va en serio o nos estás cotorreando?

Después de unos segundos de reflexión, Verónica confiesa:

—Pues para ser lesbianas son rebuena onda.

—Sí, la neta que sí —confirma Mercedes.

De regreso a mi casa, en el auto, me pregunto: ¿habrá llegado el momento de decirle a Mercedes que su tía ama a las mujeres? ¿Podrá entenderlo a sus casi trece años? ¿O mejor me espero?

La maldición de los fenicios

Mariana y yo llegamos de visita a la cama de Citlali, la única que tiene colchón *king size* en esta casa. Amanecemos deprimidas las tres. Ha de ser porque es domingo y está nublado. Pero, ¡coño!, qué sincronización. ¿Y ahora quién le va a meter el hombro a quién? Se me ocurre algo. Propongo:

—¡Burlémonos de nuestro dolor!

—¿Cómo?

—¿Perdón...?

—¿Quiénes?

—¿Nosotras?

—Sí, nosotras. Empiezo yo.

Busco la más ridícula de las poses aprendidas en la sarta de películas mudas que me he recetado. Me pongo el dorso de la mano derecha en la frente y las yemas de los dedos de la izquierda atrás de la oreja del mismo lado (obvio, ni que fuera contorsionista).

—Sobre esta cama hay tres mujeres heridas por esa arma de varios filos llamada amor. Las tres sangramos tristeza y sudamos desilusión.

Sigue Mariana:

—Las tres amamos demasiado y no nos amaron igual. Las tres confiamos demasiado y nos defraudaron igual. Las tres sufrimos ahora... y... y...

—... ¡ninguna de las tres morirá! —grito yo.

Citlali nos mira y se tapa la boca para no reírse. Mariana se pone las manos sobre el pecho y retoma:

—Somos como los personajes de Sylvia Plath en busca de una estufa de gas para aventarnos dentro, como si fuéramos nuestra propia bruja y nuestra propia Gretel...

Ya entradas en gastos, le quito la palabra:

—Somos como baba de mujeres embarrada en las sábanas verde y café traídas de contrabando desde Houston, *Tecsas* . . .

Citlali no aguanta más.

—¡Eres una puerca, me escupiste!

—Lupe tiene la culpa. ¿Para qué inventa payasadas?

—¿Hacemos *hot-cakes*?

—¿Y la dieta?

—¿En domingo, y deprimidas?

—Cierto, qué sabia.

Emprendemos el recorrido a la cocina.

—Le falta agua a esa planta —comenta medio irritable Mariana.

—Ya lo noté, pero ahora les toca a ustedes. La última vez las regué yo —señala Citlali.

—Está bien, no hay cuete, después del desayuno las riego yo —me resigno, y añado: “¿Se acuerdan cuando fui a comprar macetas con Claudia y se abrió el costal de tierra en su coche?”

—¡Bien merecido se lo tuvo! Igual que cuando Cenicienta se vomitó en el auto de María. Jiar jiar, quicle quicle, cacle cacle . . .

—Pues hablando de coches, Carla y yo nos poníamos unos fajes en el suyo . . .

—Oigan —advierte Mariana mientras se dispone a verter la primera cucharada de masa en el sartén previamente embarrado de aceite—, ¿ya se fijaron que aprovechamos cualquier pretexto para mencionar a las canallas, igual que el chiste de Pepito sobre los griegos y los fenicios?

—¿Cuál chiste? —pregunta Citlali al tiempo que pone la cafetera con el cafecito recién hecho sobre la mesa de la cocina, ya lista para el desayuno.

—Yo tampoco me lo sé —confieso, con la miel de maple en una mano y el platón con papaya y toronja en la otra.

—Ese de que Pepito tiene examen y sólo estudia el capítulo de los fenicios, pero le tocan los griegos y entonces escribe: “Los griegos eran un pueblo que comerciaba con los fenicios, porque los fenicios ta ta ta ta...” y se suelta el rollo de los fenicios.

“Así estamos nosotras. Decimos coche, planta, cine, semáforo, lo que sea, y acabamos nombrando a las in-nombrables”.

—¡Se me ocurre una idea! Propongo que de hoy en adelante se multe a quien mencione a los fenicios.

—¡Ay no, por favor! ¡Qué represión!

—No es represión, es un intento de salud mental.

Mariana y Citlali se miran indecisas.

—¿Y cuál sería la multa?

Discutimos. Negociamos. Resolvemos. Todo mientras devoramos los *hot-cakes* con mantequilla, mielecita y nueces picadas.

Una mención: lavar los trastes.

Dos menciones: tender las camas.

Tres menciones: pasar la aspiradora.

—¿Y más de tres?

—¡Ay no, por favor! Eso ni pensarlo. Sería motivo de hospitalización.

Aún no acabamos de ponernos de acuerdo en cuanto al número de menciones cuando suena el timbre de la puerta.

—¡Tocan!

—Sí, tocan.

Citlali nos mira, hace un gesto de resignación y se levanta.

—Claro, ¡huevonas!, como siempre, yo tengo que ir a abrir. Norma tiene razón: sería yo una esposa mexicana ideal, sumisa y pendeja. Claro, siempre yo...

Citlali va y viene sin dejar de rezongar.

—... debería decir que no están, o no entregarles nada, como ahorita, por ejemplo, no darle a Lupe estas

flores que seguro son de Claudia, ni el sobre, porque traen sobre. . .

—¿Flores? ¿Flores para mí? —grito, abalanzándome sobre Citlali, quien levanta el ramo de rosas color durazno hasta ponerlo fuera de mi alcance.

—¡Citlali! ¡No seas cabrona! ¡Dámelas! ¡Citlali!

Citlali se las avienta a Mariana, Mariana corre hacia el comedor, yo la persigo, casi la alcanzo cuando ella envía el ramo de vuelta a Citlali, ésta lo atrapa y avanza hasta la mitad de la pieza, protegida por la mesa, yo me descontrolo pero enseguida reacciono y me dirijo hacia Citlali quien hace una señal a Mariana para que reciba nuevamente las flores, Mariana levanta los brazos, Citlali lanza el ramo, pero el sobre cae al suelo y las rosas vuelan en todas direcciones. Me arrojo sobre la carta, mientras mis amigas lucen cara de culpa y mortificación.

—¡Letra de Claudia! ¡Es letra de Claudia! —exclamo al tiempo que las dos culposas recogen las flores.

Destrozo el sobre con el suficiente cuidado de no destrozar el contenido. Saco el papel cuadradito, color violeta con mariposas en un extremo, lo desdoble, lo devoro con los ojos, con las pestañas, con las cejas, con el corazón entero.

—¡Quiere verme otra vez! ¡No fue el fin! ¡No fue el fin! —repito enloquecida, todavía de panza sobre el parquet del comedor.

Citlali y Mariana se arrodillan a mi lado, cada una con un manojo de rosas color durazno.

—¿Y tú, quieres volver a verla?

—¿Que si quiero? ¡Me estoy muriendo de ganas!

—¿Después de tanto dolor?

—¿Y tanto descontrol?

Las tres nos sentamos sobre el piso. No me queda otra que reflexionar y acordarme de esa constante e inevitable sensación de estar caminando sobre una cuerda flo-

ja que la relación con Claudia me produjo los últimos días antes de la separación. De esa incertidumbre abrasadora de entrañas, y admito:

—Sí, a pesar del dolor y del descontrol. Quiero volver a verla, aunque me invada una cierta desconfianza que no quisiera sentir.

—Si por algo dice Norma que “la burra no era arisca, ¡las bugas la hicieron!” —concluye Mariana mientras me dirige una mirada llena de conmiseración y buenos deseos. Como si del fondo de sus pupilas color aceituna pudiera brotar la respuesta precisa que aclarar mi turbio destino.

¿Y qué me cuentan de esas mujeres que...?

Es tarde de domingo. Citlali, Mariana, Graciela y yo tomamos cafecito y engordamos con merengues de La Gran Vía. Total es domingo, mañana lunes empezamos la dieta, ¡n'ombre!, ora sí, deveras.

Estamos en el departamento de Graciela, las cuatro apretujaditas sobre su cama, con los árboles del Parque México mirándonos por la ventana.

La neta, andamos medio apachurradas. Todavía nos acordamos y todavía nos duele. Los fenicios persisten en su ataque. Pueblo tenaz el de los fenicios.

—¡Compañeras! —anuncia Mariana—. Tengo el gusto de comunicarles que hoy, por ser domingo, está permitido mencionar a él y las ausentes. Así que a ver, desahóguense, quiero sus respectivos reportes.

—¡Ay, qué fáciles somos las cuatro! Si nos estábamos muriendo por hablar.

—Yo supe que Carla anda medio mal con su chava y que ahora resulta que me extraña mucho.

—¡Ay, qué bueno, mira tú, así ya vas a dejar de pasarte las tardes sentadita en la casa esperando a que regrese a tus brazos.

—¡La víbora! ¡Lotería!

—Ya en serio, ¿tú qué sientes, Citlali?

—¿Honestamente? Pues me da gusto que le vaya mal y que diga que me extraña. Pero, la neta la neta, ya no quiero volver con ella. Ya no le podría tener la misma confianza que antes.

—Reflejo condicionado.

—Mecanismo de defensa.

—Salud mental —digo yo, la eterna preocupada por la salud mental.

—A mí el Pájaro me llamó el viernes y le colgué la bo-

cina. Y ayer salí con Pablo y cogimos riquísimo.

—¡Bravo, bravo, bravo! —le aplaudo—. Diez en conducta, MB en terapia ocupacional. Eres el orgullo del grupo. Ahora tú, Mariana.

—Yo no he tenido noticias de María. ¡Ni quiero tenerlas! Ojos que no ven, corazón que no se azota.

—¿Pues a mí con qué creen que me salió Claudia otra vez?

—¿Con qué? —preguntan curiosas las tres casi al mismo tiempo.

—Con que a lo mejor le causa conflicto hacer el amor conmigo porque en realidad tiene “exceso de núcleos heterosexuales”.

—¡Ay no, por favor, a estas alturas!

—¡Qué hueva...!

—¡Típico!

—Pinches bugas culeras me encabronan deveras —se enoja Mariana.

—Te salió en versito, ¡qué mona! —se burla Graciela.

—¡Es increíble! Cogen con los tipos, no tienen orgasmos, les molesta la penetración y se sienten vacías, pero eso sí, les conflictúa andar con una porque, aunque les supermovemos el tapete, resulta que ellas sí están muy definidas. ¡Fúchila! —sigue repelando Mariana.

—Oigan, hablando de bugas, ¿qué tal ésas que a las dos copas te echan ojitos, te agarran la mano y hasta te llevan a una esquina oscurita para darte besitos y al otro día no se acuerdan de nada?

—A mí una me agarró la mano y se la puso en sus senos, ¡en pleno brindis de fin de año en el periódico! Por supuesto, jamás lo hablamos.

—A mí me chocan esas mujeres —insiste Mariana.

—A mí también. Nos agarran de conejillos de indias —opina Citlali.

—Conejillas —rectifico.

—Sí, claro —acepta.

—¿Y qué me dicen de esas que de plano te sueltan que como están inquietas por tener una experiencia lésbica, han pensado que una podría iniciarlas en el asunto?

—Eso es por la idea de que las lesbianas somos como machos, que mujer que vemos, mujer que nos cogemos.

—¡Ya parece! Se ve que desconocen nuestro alto grado de selectividad.

—Admitamos que existen algunas así.

—Ah, pero esas no son lesbianas sino machinas con vagina.

—¿Y qué me cuentan de las que se enojan porque una no les hace ninguna proposición, pese a sus esforzados esfuerzos?

—¡Ésas abundan!

—Ah, pero si acaso llegas a caer en su juego, ponen cara de asombro y te dicen: “¡Ay, no entiendo qué te pasa si yo nunca te di motivos!”

—Las imitas a las mil maravillas, querida, se ve que te han tocado varias.

—Pues sí, y no creas que me resulta agradable el número.

—¿Y qué tal esas que te aniquilan interiormente y luego te reprochan porque no eres fuerte ni segura y ellas no pueden amar a un ser débil?

—¿Y esas que te advierten que no te vayas a enamorar de ellas porque ya tienen otro compromiso, o porque “en el fondo yo no soy lesbiana”?

—¿Y esas otras que te recuerdan a cada rato cuánto quisieran encontrar un hombre que les diera exactamente lo que tú?

—¿Y esas que se la pasan diciéndote, “no acabo de entender esta relación, no sé qué hago con una mujer, si yo nunca pensé que...”?

—¿Y que cuando terminan contigo caen en la promiscuidad para reafirmar así su heterosexualidad?

—¿Y qué me cuentan de esas compañeras feministas,

solidarias, consistentes, a quienes les rascas tantito y resultan más homofóbicas que el Papa?

—Sí, y que en un descuidito hasta te sueltan: “Pues yo no pierdo la esperanza de que tú, algún día, encuentres un hombre que te dé todo lo que buscas”.

—¡Entremos al mundo encantado de las mujeres! ¡Cuidado, la entrada cuesta la razón!

—¡Ay no, por favor, ya no sigan! ¡Están acabando con mis ilusiones!

—¡N'ombre!, a la próxima que me venga con eso de que amar a una mujer es mejor que amar a un hombre, la pateo. ¡Es exactamente igual!

—Pues yo pateo a quien me insista que enamorarse de una feminista que se asume lesbiana es una garantía. ¡También es exactamente igual!

Como siempre, Graciela nos modera:

—Bájenle, bájenle, hay matices. Se supone que sería más fácil construir una relación amorosa entre dos mujeres porque hay más comunicación, menos miedo al compromiso, más entrega, más identificación . . . y que si encima son feministas.

—¡Sin contradicciones! —salta mi parte purista.

—¡Chingao, no seas exigente! Todas tenemos contradicciones.

—¡Ay no, por favor, ahí también hay matices!

—De acuerdo, pero es que suenan a viejas ardidadas cuando hablan así de draconianamente.

—¿De qué? Pinche Graciela, ya empezaste con tus palabrejas de intelectualoides de la Condesa. Y además, ¿sabes qué?, pues si estamos ardidadas y qué tiene de malo. ¿Apoco después de que te joden todavía vas a poner tu sonrisita? No, maestra, te joden y te resientes y, por lo tanto, andas ardidada un rato. ¡Es humano!

—Además, miren quién habla si tú también andas requeteardidota por lo del Pájaro, ¿qué no?

—No, pos'sí.

¡Todo es cuestión de terapia!

Linda mañana. Casi perfecta.

Coche recién lavado, desayuno con Claudia en Coyocacán, poca cola en el banco, entregué mi artículo a tiempo y, el colmo de la felicidad, encontré el libro de Virginia Woolf que llevaba meses buscando.

Creo que merezco un premio: un paquete de cacahuates garapiñados, pese a la dieta. Ahora, a buscar a la Vica para comer juntas.

¡Qué bien, puro siga!

¡Qué día, si ni smog hay!

¡Qué cacahuates, truenan de frescos!

¿Y ese resplandor?

—¡Ay, no, por favorcito, hoy no! ¡Un tragafuego! Y me va a tocar el alto. Que se ponga el verde, por favor, Patroncíta de los Milagros Urbanos, que se ponga el verde. ¡Chin, ya ni modo!

—Señorita, ¿gusta cooperar?

—Sí, joven, pues cómo no . . .

Bueno, basta, no hay que deprimirse. ¡Ya, arranca! Tú prometiste, Lupe, nada de tristezas, ¿qué ganas? ¿Vas a resolverle la vida al tragafuego? ¿Y a todos los tragafuegos del país? No, ¿verdad? Mejor acábate tus cacahuates, mira que truenan de frescos. Qué raro, ¿y este gusto a petróleo? ¡Pinche Lupe!

El resto del camino me la paso librando una batalla contra la culpa. Entro en Fanú ya con la moral más o menos en su sitio. La Vica me espera en una de las mesitas del rincón.

—¡Viquita! ¿Qué te pasó? ¡Estás radiante!

—Descubrí la meditación.

—¡Ajajá! Resulta que las feministas de izquierda también tienen alma.

—Mira, Lupe, si te vas a poner sarcástica, te lo puedes ahorrar. Vengo en total armonía.

—¡Coño, Vica, qué susceptible! No sólo no me voy a poner sarcástica, sino que quiero que me cuentes de tu curso. Ya lo sabes: creo en todo y no creo en nada.

—Es cierto, eres bastante flexible. ¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Se puede creer en Marx y en dios al mismo tiempo?

—Pues mira, Lupe, se puede estar de parte de la justicia social y creer en el dios que cada uno tiene dentro. Se puede practicar la meditación y otros ejercicios espirituales como medio para encontrar tu centro, estar en armonía con el Cosmos y pasártela mejor en esta vida material y cotidiana. Y eso no quiere decir que dejes de creer en lo que crees. Simplemente crees de otra manera, con otro enfoque.

—¡Victoria, me tienes con la boca abierta y el ojo cuadrado!

—Igualito estoy yo, amiga. Nunca me había sentido tan bien en la vida... ¡ni con la vida! Y apenas estoy comenzando.

—¿Qué quieres decir con eso?

—La meditación es una práctica para siempre. Conforme pasa el tiempo sientes más sus efectos. Pero necesitas disciplina y constancia, ¡y estoy dispuesta a ello!

—Nunca te oí decir que creyeras en esto.

—Mira, Lupe, la mera verdad es que fue la desesperación lo que me llevó a ello, pero la desesperación me había llevado a otras cosas también y nunca me había pasado lo que me pasó ahora.

—Pero, ¿qué fue exactamente lo que te pasó?

—Toqué partes de mí misma que ni siquiera sabía que existían. ¡Y son hermosas, Lupe, hermosísimas! ¡Quiero seguir las tocando!

—¡Está bien, Vica, está bien! ¡Coño, qué vehemencia!

¿no te parece que andas un poco a la defensiva?

—Me parece, y también me parece poco para lo que se me espera con las lobas del Grupo. ¡Me van a devorar con sus críticas!

—Hummm . . . no todas, ya lo verás.

—Sí, ya lo veremos . . . Oye, ¿y tú, cómo andas?

—Bien.

—¿Bien realmente, o bien en resumen?

—En resumen.

—Ya decía yo. Es por tu buga, ¿no?

—Admito que sí, pero te prohíbo que me salgas con tu “yo te lo dije”.

—No, pero es que . . . yo te lo dije, ¿o no? ¿Y qué es lo que pasa?

—Ella insiste en una relación abierta y yo me declaro incapaz de tener más de una relación intensa al mismo tiempo. Dice que ella es polígama.

—¡Qué linda, se autoclasifica! —medio se burla la Vica.

No hago caso y sigo narrando mi drama.

—Además, no le puedo pedir que deje a los cuates. La perdería, ¡o me lo cobraría después!

—Pues mira, Lupe, es obvio que tienen expectativas distintas. Ella espera una cosa de la relación y tú otra. Y claro, sobreviene el famoso “ni conmigo ni sin ti”, ¿o no, amiga?

—Evidente.

—Mira, Lupe, hay algo que se nos escapa a veces y es que, de una u otra manera, todos venimos de lo convencional. Claudia no tiene la obligación de, en unos cuantos meses, superar toda una vida de condicionamiento. Aunque hay algo que no entiendo. ¿De dónde le viene lo de la poligamia?

—Lo ignoro, Vica.

—Creo que eso de las relaciones abiertas viene un poco de una tendencia izquierdosa que tiene que ver con la

abolición de la propiedad privada.

—Sí, pero también se da en las sociedades capitalistas. Por ejemplo, Estados Unidos y sus matrimonios abiertos, el intercambio de parejas, ¡hasta clubes tienen!

—De acuerdo. A lo que yo me refería es que a mucha gente de izquierda, o simpatizante de la izquierda, les da como por consigna, por moda, por disfraz.

—¿O sea que en la medida en que no existe la propiedad privada, mi pareja no es de mi propiedad y puedo compartirla?

—Exacto.

—¡Pero se cae en lo mismo, Vica! Acabas siendo propiedad privada tanto si pretenden tu exclusividad como si con su permiso no la pretenden.

—De acuerdo, amiga.

—Además, Claudia no es para nada de izquierda. ¡Tiene como cincuenta y cuatro pares de zapatos!

—También están los casos en que una pareja se abre después que lleva años junta, hacen una especie de convenio. Alegan que es por salud de la misma relación, y a veces funciona. Pero tampoco es tu caso.

—Eso funciona un rato y en muy pocas parejas. Generalmente es no querer admitir el deterioro de una relación, o bien la transformación de ésta.

—Peor, amiga, a veces es no querer admitir la separación, porque hay quien plantea una relación abierta porque ya anda superemboletado por otro lado y no desea perder cierta situación de comodidad, o de conocimiento de la pareja con la que lleva mucho tiempo y a quien ya no quiere en los términos en los que la quería, con quien la pasión ya desapareció, etc. Los casos varían.

—Pero ahí tampoco estás siendo progresista. Más bien se está lastimando a dos personas, se está viviendo a partir de “la vida es muy corta, hay que abrirse a todo”, aunque te llevés a la gente de corbata.

—Es cierto, amiga, pero nos engañamos tanto que generalmente creemos lo que queremos creer, o más bien lo que necesitamos creer.

—O lo que creemos que necesitamos creer, ¡como acertijo!

—Ni más ni menos.

—Oye, Vica, ¿qué piensas de esos intentos de inventar nuevos tipos de relación, de compañerismo, en los que ni yo obstaculizo tu crecimiento ni tú el mío, amemos a otras personas y crezcamos juntos?

—Pues mira, Lupe, la verdad es que no les tengo mucha confianza. Yo creo todavía en la valoración de la persona amada, de tu relación, y si no, pues honestamente una ruptura, aunque duela.

—Yo también pienso así. A veces siento que no estoy siendo coherente, que no tengo por qué jugar a la mujer liberada. Lo que pasa es que en el fondo de mi ser hay una vocecita que me repite que a Claudia, tarde o temprano, le va a caer el veinte.

—Es una necesidad válida querer andar con varias personas al mismo tiempo, y hay que respetarla, es cierto, pero en realidad, es una postura de no compromiso.

—De acuerdísimo.

—Sin embargo, hay algo que me lleva a creer en la naturaleza honesta de los sentimientos de Claudia. En medio de la confusión en la que se encuentra, se ve que está preocupada por no lastimarte.

—Así lo siento yo también, pero tendrías que oír los sermones que me lanzan Norma y compañía.

—Mira, Lupe, la cosa es simple: así como tú te declaras incapaz de tener más de una relación al mismo tiempo, ella se declara incapaz de dedicarse exclusivamente a una sola relación. ¿Para qué darle más vueltas al asunto?

—Lo entiendo, Vica, pero no por eso deja de dolerme.

—Puedo comprender tu tristeza y tu dolor, pero por

lo menos no hay engaño. Cada una se reafirma en su postura, ¡y ambas tienen derecho a ello!

—¡Coño, Vica, pero cómo lastima!

—Hay otra cosa que me salta. A ver. . . dices que Claudia está empezando a tomar conciencia de algunas cosas, sobre todo de su valor como mujer. ¿Es así?

—Así es.

—¿Y no será que tu Claudia es del tipo de personas que por sus ansias de romper esquemas piensan que lo tienen que vivir todo y caen en otro tipo de esquemas?

—¿Por ejemplo?

—La liberación sexual. La consigna era que las mujeres fueran vírgenes y de pronto la consigna es precisamente lo contrario: *la virginidad causa cáncer*. A mí se me hace que a Claudia le pasa lo que a esas mujeres que descubren el feminismo, oyen lemas como “mi cuerpo es mi propiedad”, y se van a los extremos.

—Hay algo de verdad en eso. Lo admito. Claudia está como borracha de todo lo que ha venido aprendiendo desde que nos conocimos. Me pregunta, me pide libros, vamos a conferencias. Hay ocasiones en que siento que se le hace bolas el barniz con tanta información.

—Pues mira, Lupe, me parece lógico que, dentro de esa euforia que te posee cuando sientes que encuentras la verdad, que estás ante una perspectiva de cambio importante en tu vida, en que tienes, o empiezas a tener, otra visión del mundo, otra lectura de las situaciones, otros elementos para hacer un análisis mejor, es lógico, repito, que a partir de ello intentes un nuevo tipo de relación amorosa. Pero, ¿por qué primero con un cuate y no contigo?

—¡Pues porque soy mujer!

—Sí, amiga, ya lo sé, no seas lenta. Mira, si aplicamos el análisis que hemos venido aplicando a favor de Claudia, y si es cierto que las relaciones amorosas debieran darse en lo concreto con personas independientemente

de su sexo, ¿de dónde esa necesidad de Claudia de probar primero con un hombre?

—¡Claudia no tiene ese enfoque! Ella se siente lesbiana porque está teniendo una relación lésbica conmigo.

—¿Y qué es sentirse lesbiana?

—Pues... ¡sentirse anormal! Es lo mismo que me planteó Cristina, ¿te acuerdas, Vica? Es un profundo miedo a ser anormal.

—Lo que pasa es que se está viendo lesbiana desde afuera, como ven los demás el ser lesbiana. ¿Acaso tú te consideras anormal?

—¡Claro que no! Ya se lo he tratado de explicar.

—Pues mira, amiga, no te va tan mal. Se ve que hay honestidad y cariño. Si truena la cosa, por lo menos comprobaste una vez más que conservas tu capacidad de amar.

—¡Coño, Vica, no la amueles! ¿Por qué dices todavía? Como si eso fuera en función del tiempo.

—De cierta manera sí. Después de cada relación amorosa te cierras más. La gente va creando corazas.

—¡No estoy de acuerdo! Eso querría decir que sólo los jóvenes se enamoran, sólo ellos se entregan, sólo ellos son merecedores del amor. ¡No, no y no!

—Pues mira, Lupe, yo siento que la capacidad de enamorarse se va perdiendo porque cada vez te proteges más.

—¡No, Vica, perdóname, no estoy de acuerdo! El hecho de que te protejas no va en función del tiempo, ni siquiera de las experiencias.

—¿Entonces de qué?

—¡De tus propios esquemas!

—Y de lo que te lastima, amiga, ¡admitelo!

—¡No, Vica! Fregadazos te vas a dar siempre, pero enamorarte es una de las razones más fuertes para sentirte viva. Hay personas que con sentirse lastimadas una vez se ponen todas las corazas del mundo, y, además,

habría que ver lastimadas por qué, por quién y de qué manera. Hay unas que reaccionan después de veinte relaciones, otras de trece, y otras nunca. No es cierto que se deteriore la capacidad de amar, lo que ocurre es que una se da más o menos oportunidades.

—¡Son golpes muy duros al amor propio, amiga!

—De acuerdo, pero entonces te repites tres veces al día, o las que puedas: “Sigo siendo valiosa, aunque eso no quiere decir que toda la gente esté obligada a quererme”.

—Se dice fácil. . . Yo ahora me arrepiento de haberme pasado ocho meses en las condiciones de piltrafa humana en las que me los pasé cuando terminé con Manuel, porque, es cierto, fue una relación muy linda que me dio mucho en su momento —aunque reconozco que me estaba dando mucho porque yo no tenía nada—, pero con todo y eso, no se pueden depositar en el bote de la basura ocho meses de tu vida por una situación que ya ni siquiera existe.

”Y a esos ocho meses, añádele otros cuatro en los que quise irme al extremo de la flexibilidad y le aguanté más de lo que debería haberle aguantado, siempre en nombre de mi famosa flexibilidad. Claro, había ratos ricos, pero muy cortos, ¡y no te puedes alejar de esta manera del aprecio por ti misma!

”Mira, amiga, no es tanto la persona en sí. Es lo que pierdes al perder a la persona. A mí se me cayeron los munditos que había construido con Manuel”.

—¡Eso pasa en cualquier relación, Vica!

—Pero lo mío fue peor porque tenía yo unas carencias de la chingada. ¿Qué pasó entonces? Me fui con la finta. Se me abre el mundo cuando me encuentro un cuate alivianado, tierno, capaz, inteligente aunque un poco inmaduro o lo que quieras, alrededor del cual empiezo a crear un espacio, mínimo, es cierto, pero en el que me podía mover a mis anchas. Te cierran ese espacio y a

ti se te acaba el mundo porque crees que no tienes otros intereses, que tu vida no tiene sentido, etc., ya sabes cómo te va cuando depositas todo en un solo ser.

—Oye, y a propósito, ¿cómo te va con el nuevo?

—¿Con Sergio? ¡Huy, amiga, ya pasó a mi historia sin ni siquiera haber entrado en ella! Mira, si éste me llega todavía hace seis meses, me pongo a girar como pirinolina a su alrededor. Ahora ya no.

—Pero, ¿qué pasó?

—Lo de siempre, Lupe: Por un lado quieren una mujer independiente y por el otro se mueren porque seas sumisa. Son unos inmaduros. Eso es lo chistoso. Nos la pasamos buscando a nuestro padre y encontramos puro hijito. Te deshaces por tener un hombre que te dé seguridad, protección, fuerza, y encuentras cuates que quieren que seas su mamá. Yo he sido la terapeuta de todos mis amantes y, además, una extraordinaria terapeuta. Los ayudo a crecer, a madurar, para que después disfruten de esa madurez con otras mujeres. Fíjate que ya no.

—¡Coño, Vica! ¿Sabes que la terapia te está haciendo mucho bien?

—Así es, amiga, así es.

¡Suave que me estás matando...!

Me llamó el miércoles para pedirme que nos viéramos hoy viernes. Me anunció que tiene cosas que cuestionarse, replantearse y comunicarme. Y aquí la espero, sentada en un rincón de Los Geranios, muerta del susto porque ya sé lo que va a decirme, pero decidida a no quebrarme, a no rogar, a sobrevivir, ¡una vez más! Glup... aquí llega.

—¡Hola, Amora!

(No puede disimular. Le salió tenso el saludo.)

—¡Hola, Claudia!

(Yo tampoco pude disimular. Ni modo.)

—¿Cómo te va?

—¿Ahorita, ahorita? La neta, medio nerviosa porque intuyo el tema de conversación.

—Pues sí... creo que lo mejor es que dejemos de vernos.

(¡Lo sabía, lo sabía, lo sabía!)

—Necesito poner en orden muchas cosas.

(Sí, claro, tu heterosexualidad, por ejemplo.)

—Pero quiero que nos quedemos bien las dos, porque yo no puedo vivir estando mal contigo. No trabajo, no duermo, no produzco, estoy en conflicto con mis otras relaciones...

(Pues ya las hubieras terminado.)

—Además, tengo una dependencia interior muy fuerte contigo.

(¡Esto sí ya es el colmo!)

—Y yo contigo, pero en ningún momento he sentido que sea una dependencia negativa.

—N-n-n-o-o... En eso tienes razón.

(A ver ahora qué inventas, chulita.)

—Es que me saca de onda tener esta vida doble, con

mis papás y mis galanes por un lado, públicamente por lo menos con Juan Carlos, y el otro mundo contigo, el feminismo, las discotecas, tus amigas. Me saca de onda no poder contarte, compartirte mis problemas con Juan Carlos y Javier.

(Así que para tus papis, tus galanes y tú sean felices la que tiene que llorar soy yo. ¡Cómo no!)

—Intenté manejarlo y no pude. Te consta.

—Sí, ya lo sé.

Se queda callada. Por fin, se anima:

—También sigue dándome bronca hacer el amor contigo. De repente, hay una parte que me grita: “¡Es una mujer! ¡Es una mujer! No puede ser que estés sintiendo tanto, ¡tú eres heterosexual!”

(Sí, ya lo sé. ¡Qué susto!, ¿verdad?)

—Yo que tanto me quejo de que los hombres no pueden con mi intensidad y yo no puedo ahora con la tuya.

(¡Lo que es la vida!)

—Creo que en el fondo soy una puritana y la homosexualidad me sigue pareciendo pecado.

(A veces pecas no porque transgredes una ley externa sino porque te transgredes a ti misma. ¡Para que te lo sepas!)

—¡Pinche sociedad enferma! El día en que todos podamos amar libremente, de seguro desaparece gran parte de la violencia que nos agobia ahora. Tienes razón, Amora, la humanidad avanza hacia la bisexualidad.

(La humanidad no sé. Yo ya llegué hace rato.)

—Antes de decidirme a hablar contigo hasta pensé pedirte que transformáramos la relación en una amistad, sin sexo. Me aterroriza perderte como ser humano. Te necesito demasiado.

(Claro, Graciela tiene razón: ¡vampira!)

—Guadalupe, tú fuiste la persona que me enseñó cómo podía ser el amor. Contigo todos los días eran enriquecedores. Durante años creí saber lo que era amar ple-

namente, y ahora resulta que mi corazón es otra cosa, capaz de sentir distinto.

Otra vez se queda callada, tensa, hasta que lo suelta:

—¡Entiéndeme, quiero comprobar que sí hay hombres rescatables y qué tan rescatables son, ahora, desde esta mujer nueva que soy! ¡Tengo el derecho de encontrar una pareja chingona!

(Sólo falta que me pida una asesoría.)

—Tú me hiciste crecer las alas, Guadalupe, ¡no me las cortes ahora!

(¡Santa Juana de Arco! ¡Oír para creer! Me decido a hablar.)

—¿Una pareja chingona? Esa ya la tienes: soy yo. Pero estás tan condicionada que para ti pareja es sinónimo de hombre. ¿Sabes cuál es tu problema, Claudia? Tu problema es que quieres estar bien con dios y con el diablo. Por un lado, seguir siendo la hijita de papá que algún día se casará de blanco y con orquesta, y por el otro jugar a la mujer fatal, tan primermundista que hasta se permite una relación *gay*. Entonces, un rato navegas en el mundo del orden, y cuando te aburres —que por cierto es muy pronto— te cambias de ropa y te vas a bailar conmigo, o a una manifestación a gritar consignas políticas contra el partido de tu papi. En resumen, no te entregas a nada, no corres riesgos, Claudia, te faltan ovarios.

—Estás siendo muy dura conmigo.

—¿Y tú conmigo? ¿Qué crees, que me estás dando un masaje de relajamiento?

—No, supongo que no. Además, acepto que tienes razón.

—Y yo acepto que estoy siendo dura. El cinismo como mecanismo de defensa. ¿Te suena conocido?

—¡No sé qué hacer! Es como si dentro de mí hubiera dos mujeres en constante lucha: una que, en efecto, quiere casarse, tener hijos, obedecer a sus padres, y otra que

quiere vivirlo todo contigo, romper reglas, atreverse. ¡Son tan distintas que apenas si pueden dirigirse la palabra!

(¡Quién lo dijera! ¡Candidata a la esquizofrenia!)

—Guadalupe, ¡créeme!, lo que menos deseo es destruir este sentimiento, lastimarte con mis dudas, con mis atores, que te llenes de resentimiento. Por eso pensé que es mejor separarse.

(¡Brillante! Por una vez en tu vida, ¡brillante!)

—Además, no quiero sentirme villana.

—Aquí no hay villanas, Claudia. Las dos somos responsables de esta relación entre adultas, ¿qué no?

—¡Créeme que te adoro! Si no fuera así no estaría yo con tanto conflicto. ¡Perdóname!

(Ya me lo repetía mi abuelita: “Quien bien te quiere, te hará llorar”. ¡Ésta me debe adorar! Ya párale, Lupe, el cinismo no es tu fuerte. ¡Qué cansancio, dios mío, qué cansancio!)

—¿Amora? Dime algo, ¡por favor!

—Te creo, Claudia. Entiendo tu proceso, tu miedo tu momento. Pero tienes razón, no puedo quedarme a que me lastimen. Perdóname tú también por lo perra que me he portado hoy.

Pedimos la cuenta. Se tardan aproximadamente seis siglos en traerla. Caminamos hacia la calle y nos quedamos una frente a la otra. Nos abrazamos fuerte, largo largo.

—Adiós, Amora.

—Adiós, Claudia.

Casi corro a mi coche para no hacer un papelazo en pleno Francisco Sosa. ¡Coño! ¿Cómo no tengo ahoritita mi sesión de terapia? Dicen que en la vida de cada ser humano hay una pasión malsana. ¡Supongo que Claudia fue la mía!

Nada como una buena plática con una buena amiga

—¿Para qué te engañas, manita? La neta es que prefirió a los galanes.

—No es cierto, Norma. Lo que pasa es que tú no entiendes nada.

—Sí entiendo y te juro que no lo digo por joderte sino porque tienes que aceptarlo: tu amor no le alcanzó.

—¡Coño, no seas cruel!

—No lo soy. Sólo pretendo ser realista y que no te hagas pendeja. Yo a la que quiero es a ti y la que quiero que salga lo mejor librada de esto eres tú. Es tu proceso interior el que me interesa.

—Pero es que era un amor que apenas comenzaba. Estoy segura de que le hubiera alcanzado.

—¡Lupe, más a mi favor! Si es al principio cuando todos los amores alcanzan. Después empiezan los desencantos y el sentimiento se deteriora.

—Pero es que nuestro amor iba en aumento.

—Sí, cómo no, tan en aumento que te iba a proponer una relación de amigas, sin nada de sexo.

—Es que le causa conflicto que sea yo mujer.

—Claro, es con ellos con quienes sí le gusta el chaca-chaca, contigo no.

—¡Eso no es cierto! Conmigo tuvo sus primeros orgasmos.

—¡Hasta con eso, manita! A lo mejor le pasaste *tips* que ahora usa con los cuates y la pasa de agasajo.

—¡Eres una cabrona!

—Es que es muy cómodo, manita. Se justifica en su no monogamia, en su miedo a comprometerse, en que ella no es lesbiana, se despide de ti y, ¡chao!, te deja hecha pomada. Y tú todavía la amas enternecidamente, la defiendes, la tratas de entender. ¡Al carajo, encabróná-

te, estás en todo tu derecho!

—La verdad es que nos separamos queriéndonos mucho. Ella me dijo que se iba porque no quería lastimarme, para que no me llenara de resentimiento, y yo le creo.

—¿No quería lastimarte? ¿Y qué hizo? Mírate, traes los ojitos repletos de tristeza, gastas un montón de tu energía en esto. ¿Que no te llenaras de resentimiento? ¿Entonces qué espera, que le guardes amor eterno, que pienses en ella y te embargue una emoción sin límites? ¡Qué rico!, ¿no? Ella se queda con sus galanes, llena de todo lo que le diste, y tú te quedas con un sentimiento del tamaño del mundo que ahora tienes que extirparte, cotidianamente, ¡y sin anestesia! Qué, ¿no pensó para nada en qué vas a hacer ahora con este amor? ¿Te lo quitas como un kótex y lo echas al bote de la basura? ¿Te lo tragas con todo y nudos en la garganta? ¿Vas al baño y lo cagas en medio de retortijones? Qué, dime, a ver. Ah, pero eso sí, “vamos a terminar bien porque a mí estar mal contigo me pone mal con todo”. Y a ti, manita, ¿cómo te pone? Por favor, reacciona, no puedes ser tan generosa porque caes en la pendejez. ¿Qué no tienes amor propio?

—No es por ahí, Norma, deveras. Yo sé que Claudia me ama. Juntas tocamos el cielo con las manos.

—¡Huy, qué romántico! ¡Pues peor tantito, si no lo valoró es que es una pendeja!

—Es que no era su momento.

—¡No chingues! Los momentos son como los encuentros, o los vives cuando se te presentan o a lo mejor ya no se te vuelven a aparecer.

—Eso lo sé.

—¿Quién le dice a Claudia que va a volver a tener la posibilidad de vivir un gran amor?

—Ése es nada más tu punto de vista y el mío, pero obviamente no es el de ella.

—¿Quién te entiende? ¿No dices que ella misma repetía, con las manos entrelazadas sobre el pecho: “¡Qué amor, qué amor!”, “¡Qué encuentro, qué encuentro!”, “¡Amor mío, amor mío”

—Pinche Norma, no te burles.

—Mira, manita, tú eras más joven que ella cuando conociste a Eva, tu proceso estaba mucho más atrás que el de Claudia, y te comprometiste hasta la médula en la relación. ¿Y Cristina, no se metió hasta ful con Arturo a los diecinueve años? ¿Y Silvia que se enamoró por primera vez de una mujer a los treinta y dos y vivieron juntas cinco años?

—Lo acepto, lo acepto, pero ni todas las personas somos iguales ni todos los procesos tampoco. Además, se te olvida la presión exterior. Claudia le tiene pánico al rechazo social, al mundo de afuera, al *qué dirán*.

—¿Y entonces va a dejarte pasar por miedo a la opinión de gente que ni conoce y que no le dan lo que tú sino que la juzgan y reprimen? Eso que lo deje para los espíritus pusilánimes, como ella los llama. Nosotros, los seres vivos y comprometidos, dictamos nuestras propias reglas e inventamos nuestras propias formas de relacionarnos, porque las que existen ni nos alcanzan ni nos convencen.

—Sí, de acuerdo, pero Claudia no quiere comprometerse todavía con nadie, ni con hombres ni con mujeres. No le interesa.

—¡Ay, manita, qué ingenua! Te aseguro que si tú hubieras sido hombre se supercompromete contigo.

—Es posible.

—No sólo eso. Si ahorita encuentra un tipo que le dé un poco más de lo que ha recibido hasta ahora, no de ti sino de sus ex galanes, me corto un ovario que se superclava, se compromete y hasta monogámica se nos vuelve.

—¡Vete al carajo!

—Me voy, pero tú convéncete: el problema está en que las mujeres como Claudia piensan demasiado en los hombres. Son todo para ellas, les conceden el poder de decidir sobre su identidad, su valor, bueno, hasta su futuro. Ella misma te lo dijo, ¿no?: “Voy a necesitar a los chavos siempre, aunque me den menos de la mitad de lo que me das tú...”

—Es que todavía está chiquita.

—Pues imagínate cuando crezca y se le vayan cayendo sus galanes, cuando compruebe que no son los dioses maravillosos que ella pensó y, lo peor, que ella fabricó. Cuando se dé cuenta de que la mayoría de los hombres sólo te aman mientras tus deseos son los de ellos y no cuando tienes deseos propios.

—Norma, por favor, no empieces ahora con tus radicalismos. Además, ¿sabes qué creo? Que es tal su necesidad de encontrar una pareja masculina que no dudo que la encuentre.

—Dirás que se la invente.

—Lo que quieras, pero a lo mejor le funciona.

—Ahí tienes razón, pero si eso es lo que espera de la vida y del amor, si le alcanza, pues que le aproveche.

—Norma, ¿sabes que a veces te odio?

—Imposible, manita, soy demasiado encantadora para provocar esos bajos sentimientos. A la que odias es a Claudia, pero no te atreves a expresarlo en voz alta.

—¿Desde cuándo te recibiste de psicóloga?

—Todas las mujeres chingonas tenemos algo de psicólogas. Nos pasamos la vida oyendo a nuestras amigas y sus complicadas historias. No nos queda otro remedio más que graduarnos.

—Me enloquece tu modestia.

—Es que somos unas trinchonas: vivimos por nuestra cuenta, trabajamos, creamos, parimos, estudiamos, nos atrevemos. Eso exige valor, energía y muchos, pero muchos, ovarios.

—¡Valor, energía, ovarios, vengan a mí que me está llevando el carajo!

—Ni modo, manita, el amor es de lo poco que justifica esta pinche vida, aunque el precio sea a veces tan alto. Supongo que Claudia está, como dices, muy chiquita para saber que la vida es demasiado corta y demasiado fría para renunciar al amor, aunque eso signifique renunciar a muchas otras cosas más. Espero que no se dé cuenta a los cuarenta años y le den ganas de suicidarse.

—Tu sentido del humor me sobrecoge de emoción.

—A mí me pasa lo mismo con tu capacidad de autoengaño.

—Aquí nadie engañó a nadie. Claudia siempre fue honesta conmigo.

—Sí, manita, pero entiende, a veces la honestidad es también comodidad. Es como cuando empiezas a andar con un cuate casado y él te advierte que es casado, tiene hijos y ama a su esposa. Después, pase lo que pase, pues él te lo advirtió, no es su culpa sino la tuya por meterte en ese boleto. Igual tú, si ya sabes cómo son las pinches bugas, ¿para qué te metes con una?

—¡No mames, Norma, como si uno eligiera de quién se enamora!

—De cierta manera sí.

—No, no estoy totalmente de acuerdo. Pasan por tu vida seres y seres, por ahí alguno te es atractivo, con alguien más te comunicas mejor, pero, de pronto, una persona —hombre o mujer, no importa— te hace el famoso ¡clic! y ahí, ¡babalú!, te chingaste, para bien o para mal. Mírate a ti. Sé honesta. Si hubieras podido elegir, ¿te hubieras clavado de aquella galana tan posesiva?

—¡Ni maíz!

—Pues ahí está. Es algo más fuerte que una. A veces hasta tienes conciencia, te lo reprochas: ¿pero qué carajos estoy haciendo con esta persona si es reaccionaria, machista, conflictiva, superficial o cualquier otra

cosa? Y sin embargo, la química es la química.

—Tienes razón. Me ofusqué.

—Además, no todas las “pinches bugas” son así. Hay mujeres que le entran parejo a su primer encuentro lésbico. . . .

—¡. . . y generalmente nunca se arrepienten! ¡Y no estoy haciendo proselitismo!

—¡No qué va!

—Te juro que no, aunque, claro, yo opino que es un boleteo que vale la pena vivirse.

—Pero sólo si tienes alguna inquietud por ahí, si no, pues no. Tampoco es manda.

—Mira, manita, ya hazte a la idea: Claudia escogió vivir una vida a medias, como la mayoría de las mujeres. Ella se lo pierde.

—Sí, pero yo también.

—Manita, manita, a los amores cobardes ni el recuerdo los puede salvar.

—Claudia no es ninguna cobarde. Se atrevió a vivir algo que otras personas no se atreven.

—Sí, pero a medias.

—Caray, no seas exigente. Ni tú te atreviste a tanto cuando se te cruzó la primera mujer por tu vida.

—*¡Touché!*

—¿Sabes qué me duele bastante?

—¿Qué?

—Lo que nos faltó por compartir.

—Bájate del hubiera. No existe. Lo puedes compartir con otras personas.

—No es igual, Norma, no es igual. Me siento como un árbol de Navidad sin foquitos de colores.

—¡Caramba!, pues habría que enviarle un telegrama de agradecimiento a la tal Claudia.

—Odio tu sarcasmo. Hablas así porque tú no la conociste realmente, pero yo creo en ella.

—Pues como medida de salud mental haces bien.

—No es por eso. Es porque yo la viví, la conocí de-ve-ras.

—Mira, manita, yo no la conocí de-ve-ras, pero por lo que me cuentas, existe un divorcio entre lo que dices que Claudia sentía y cómo actuó.

—No estoy de acuerdo.

—¡Por favor! Por un lado decía que tú eras la persona más importante en sus veintinueve años de vida, que te amaba desde las entrañas, que jamás había tenido una relación tan positiva y tan intensa, y, por el otro, tenía galanes que, o ni siquiera la cogían bien, que la escondían porque eran casados, y con quienes, ¡ay suspiro!, no levitaba en pleno éxtasis como contigo.

—¡Vete a la mierda! Qué falta de respeto al dolor humano. Mejor aquí le paramos.

—Manita, agarre la onda. Si no se lo digo por joder sino, como dicen las mamás, “por su bien”. ¿Cree que me gusta verla así, hecha un guiñapo humano?

—Ya me estoy preocupando. Hay algo que falla en mi forma de amar.

—Quizás lo único que falle es que resultas demasiado disponible, generosa e intensa para esta época, este país y este planeta. Las personas no están acostumbradas a que el amor sea amor sino dolor, le temen a la intensidad, al compromiso, creen en la resurrección de los muertos y en que todo lo van a recibir en el más allá, no se dan cuenta de que ésta, és-ta, es la única vida que nos consta que tenemos y que lo que no viviste aquí por flojera, por miedo, por prejuicios, por carencias o por lo que sea, ya no lo vas a vivir en otro lado, al menos no así.

—No, Norma, seguro que algo estoy haciendo mal. Primero lo de Cristina y ahora lo de Claudia. ¿Qué me pasa?

—En todo caso, lo que te pasa es que todavía no te quieres lo suficiente como para impedir que te sigan lastimando. Pero ellas son las limitadas. Deja a la pinche

Claudia con sus galanes. Eso es lo que quiere. Por eso te cambió.

—¡No me lo digas así!

—¡Ya, manita, aterriza!, no le des tanto poder a la tupa esa. No permitas que determine tu vida. A ver, una apapachadita. Venga a mis brazos, mi reina.

—¡No me hagas cosquillas, pinche Norma! ¡Aléjate, no me toques! ¡Largo, fuera! ¡No! ¡No más! ¿Qué no ves que me estoy orinando?

Las mujeres biónicas también lloran

Viernes 25 de noviembre. Día internacional en contra de la violencia hacia las mujeres. Marcha desde el monumento a los Niños Héroeos en Chapultepec hasta el Hemiciclo a Juárez. Llego tarde a la manifestación. Creo que es a propósito porque tengo la fantasía de que voy a encontrarme a Claudia. Siento mi ya tan familiar opresión en la boca del estómago. Me repito que Claudia sólo venía a estas cosas conmigo, que es imposible que esté aquí, que, además, entre tantas mujeres . . . De todas formas, una parte de mí se pregunta: "Si me topo con ella, ¿qué voy a decirle?" Me paso la marcha como ausente, mirando de reojo, repitiendo consignas como perica. Regreso a casa sin haberla visto.

En la noche, Mariana y yo nos vamos en su cochecito amarillo a la fiesta de Virginia. La casa es hermosa, en Coyoacán. Hay veladoras encendidas en la veranda de la entrada. Es una casa vieja, de esas sólidas como nosotras. Ya en el pasillo, antes de la puerta de entrada, me reciben los gritos cálidos de las feministas locas: ¡Güerita! ¡Lupe-Lupe! ¡Amiga del alma! ¡Peluda, qué bueno que veniste! Rosa María corre a abrazarme. Citlali lo mismo. De pasadita, Silvia me murmura en el oído que trae galán nuevo. A Marta y a Lidia les prometo un baile. Con Canelita me enlazo hasta que varias voces empiezan a protestar. Patricia llega a recibirme con su vehemencia acostumbrada, esa que tantos problemas le ha traído en sus dos matrimonios. Y Cristina, mi queridísima Cristina, acomoda frente a mí su pequeña figura y se deja abrazar mientras finge pucheros: "¡Ay, Güera, tú ya no me quieres!" Obviamente, quiere que le diga cuánto la adoro.

Ahí en el pasillo está Fernanda. La saludo apenas por-

que el estómago me da un vuelco. ¿Habrá venido Claudia con ella? Después de más apapachos, me le acerco.

—Hola, Fer.

—Hola, ¿cómo estás?

—Aquí, sobreviviendo, pero la verdad es que me está costando los dos ovarios.

—Claudia tampoco está bien. Está paralizada por el miedo. ¿Fuiste a la manifestación? Ella me llamó para que fuéramos juntas. Iba con la panza apretada de nervios: deseaba encontrarte y al mismo tiempo lo temía.

—Llegué tarde. Yo también sentía lo mismo. Creí que iba a estar aquí.

—Supo de la fiesta, pero fue tanta la tensión durante la marcha que mejor se fue a dormir.

—¿Ya para qué hablar de ella? Sólo me hago más daño.

—Tienes razón. Ven, vamos a entrar.

Me adelanto a Fernanda y me detengo en el umbral de la puerta, mirando curiosa al interior. Por dentro la casa es igualmente grande, con muchos cuartos. Hay veladoras encendidas por todas partes. El ambiente es color ámbar. Esparcidas por el piso, las escaleras y poquísimas sillas, hay docenas de mujeres. En un rincón, una pareja se besa suavemente. Suspiro resignada.

Adentro sigue el afecto. Sofos vende cubas y cervezas. Manifiesto mi precaria situación económica y ella me tranquiliza: “Mientras yo esté aquí, usted no tiene de qué preocuparse”. Está hermosa, con un pantalón negro bombacho y una espléndida blusa de seda verde. Virginia también brilla, con sus pelos *punk* y una extraña indumentaria. Lillian se me acerca por atrás, me rodea con sus brazos y me llena de besos la cabeza. Yo volteo y la abrazo también. Susana me sonrío de lejos. Norma me cierra un ojo y me hace la señal de la victoria. Veo

a Leticia, a quien hace mucho no veía. Le pregunto por su hijo y por su nueva compañera. Ambos están bien. Julia es la encargada de la música. En medio del gusto de vernos me promete poner una salsa y bailarla conmigo. A Margarita me la presenta la Vica. Es su primera fiesta de puras mujeres, así que con mucho tacto le pregunto si quiere bailar. Acepta. Al rato descubro a Mariana y a Canela manoteando eufóricas ante Citlali y Carla, quienes andan intentando una amistad. Adriana se me acerca y me dice: "Maestra, apúnteme en su carnet de baile". "Encantada, señorita", respondo entre risas. También bailo con Cecilia, la sensual Cecilia a quien desde hace tiempo ronda la inquietud de vivir una relación sáfica. Conozco a Lucía, la compañera de Fernanda.

En medio de la fiesta surge una luz que apunta a lo alto de la escalera. Contoneándose, arqueándose, danzando, está Virginia vestida de luna. Con la cara blanca, una malla del mismo color y un insólito vestido de tul negro, representa a la luna en su cuarto creciente. La miramos fascinadas. Danza escalón por escalón, hasta llegar abajo. El piso de madera apenas gime con el discreto roce de sus pies descalzos. Sigue su baile, a veces suave, otras agitado, en instantes violento. A su alrededor, todas sonreímos. La mayoría estamos abrazadas, de dos, de cuatro, de veras. Los ojos nos brillan y no es por las cubas o las cervezas. Con una música de flauta como fondo, la luna continúa girando en su nuevo espacio. Como una sacerdotisa inmersa en un rito íntimo, rodeada por su secta de mujeres que buscan y crecen en un mundo ideado precisamente para impedirselos. Cuando termina la ceremonia, aplaudimos, gritamos, saltamos y rodeamos a la bailarina. Enseguida, empiezan a brotar mujeres con manchas blancas en una mejilla, una oreja o la mitad de la frente: todas quieren abrazar a la luna.

Fernanda se porta supersolidaria. A veces viene has-

ta mí y me abraza. Otras, cuando nuestras miradas se encuentran por entre las mujeres, me guiña un ojo. Bailamos algunas piezas. Durante uno de los bailes comento: "¿Sabes que tengo la certeza de que Claudia se sentiría muy feliz aquí?" "Yo también", responde apretándome la mano. Al rato le pregunto: "Fer, ¿cómo se quita el dolor?" Me mira profundamente a los ojos: "Pues así, doliendo". El resto del baile lo pasamos abrazadas muy fuerte, mientras yo sollozo sobre su hombro, al compás de la voz de Janis Joplin, otra intensa acelerada a la que no le quedó más remedio que morir.

No cabe duda: el gay-set es el gay-set

Viernes en la noche. ¿Quién no se pone romántico los viernes en la noche? Es cuando las parejitas se van a tomar la copa, o a bailar, o de perdis al cine. Es cuando todo mundo tiene plan. Cuando nacen los grandes romances. Cuando ocurren los más sabrosos escándalos. Estoy segura de que el número de suicidios aumenta los viernes en la noche. La gente se siente más sola. Se extraña una mano que apretar, una orejita que besar, qué sé yo, alguien a quien decirle: “¡Claudia, te quiero mucho!” ¡Coño, Lupe!, tan siquiera disimula que la azotada eres tú, no le quieras colgar tu estado de ánimo a toda la raza humana. Te estás muriendo por ver a Claudia, acéptalo. Admite que los viernes en la noche se te acentúa la nostalgia, que casi te quedas a dormir en el periódico con tal de que la noche se acorte, que estás pidiéndole a tu séquito de vírgenes y santas favoritas que las muchachas te estén esperando todavía para salir a algún lado y no tengas que quedarte encerrada a rumiar tu tragedia. ¡Suspiro de resignación! Sí, lo acepto, lo acepto, lo acepto.

Entro en la casita y oigo la voz de Mariana desde su recámara:

—¡Lupe! ¡Tenemos fiesta! ¡Arréglate de volada!

Se me ilumina la existencia.

—¡El *gay-set* en pleno! —grita Citlali desde el baño.

—¡Coño! ¡Qué emoción! ¿Quién nos invitó?

—¿A nosotras? ¡Nadie!, pero a la Canelita sí. . .

—¿Y no hay bronca si lleva a la chusma?

Mariana sale de su cuarto con los dedos índice y medio simulando un monóculo, me mira de arriba a abajo y de regreso:

—Chusma lo serás tú, querida. Los investigadores del

Colmex pertenecemos a la más rancia aristocracia intelectual de este país.

—¡Citlali! ¿Tú qué eres, chusma o vaca sagrada?

—¿Yo? ¡Una artista incomprendida! Igual que tú, Lupe, igual que tú.

¡Gracias, Santa Marilyn Monroe! Tenemos fiesta. Ya sabía que no me ibas a fallar en una noche de viernes.

Nos encontramos con la Canelita y otras amigas para entrar juntas a la fiesta. Después de todo, las invitadas son ellas. Por fuera, la casa es una típica mansión de las Lomas. Tan grande que —¡ay! suspiro— podría ser un lugar ideal para el Grupo de Ayuda a Personas Violadas, una guardería, o al menos para que vivieran unas quince mujeres de las que padecen los problemas de vivienda tan tremendos que hay en este país.

Nos abre un mesero guapérrimo, de frac, guantes blancos, arete colgando, peinado y maquillado psicodélicamente, con mariposas de trementina en la cara, y notoriamente gay. Otros meseros, con distintos decorados, pero igualmente guapos e igualmente gay, atienden a unas veinticinco mujeres, insoportablemente bellas, femeninas, *moudernas*, chic, etc., etc., etc. ¡Santa Bárbara bendita! ¡Qué espectáculo! La crema y nata. . . Actrices, escritoras, poetas, cantantes, directoras de museo, locutoras, funcionarias. . . De los veintitantos a los sesentatantitos. Del rubio platinado al *cinammon beach*, pasando por los tonos que quieran. ¡Y la casa! ¡Qué muebles, qué cuadros, qué pisos de mármol! ¡Y la mesa! ¿Quién dijo que el país está en crisis? Quesos —de los finos—, carnes frías, caviar, patés, ensaladas, pavo, salmón ahumado, pierna, pan de La Baguette, pasteles, *mousses*, merengues, chocolates, mentas. ¡*Darling*, podríamos estar en Hollywood! Claro, abunda el vino el ron el vodka el whisky el tequila la ginebra, ¡y la cham-

pañña! "Yo quiero champaña", digo bajito en cuanto me entero. Mariana me reprime: "Espérate, Lupe, se te va a notar lo naco". Me espero, ¿a qué? Pues a acabar de entrar, saludar, dejar tu chal de feminista de los setenta, buscar un lugarcito, sentarte tranquila y elegante, y entonces sí, pedirle a uno de estos muñecos *punk* que te traiga una copita de champaña. Sí, ¿verdad?

Nos instalamos frente a la puerta para revisar a cada invitada que llegue, y para poder contemplar el salón a nuestras anchas. Sí, también para criticar. "¡Ay, ya vieron a fulanita? ¡Pero si es casada! ¡Ay, pendeja!, ¿y eso qué importa? Y miren a, ¿apoco no es mejor en persona que en televisión? ¿Qué tal el escote de aquella? Volteen discretamente para la izquierda: esas dos acaban de salir juntas del baño. ¿Ya se fijaron quién está allí? ¡Yo no sabía que era gay! Anoten que zutanita llegó sola y no con. ¿Se habrán peleado? ¡Claro que no! ¿Qué no ves que es viernes y la otra tiene dos funciones de teatro? No ha de tardar. Oigan, ¿qué pasará en esa recámara? Tantas mujeres entrando y saliendo. ¡Parece que alguien se desmayó! ¡Ay no, por favor! ¿Ya vieron los tacones de ésa? ¡Se le va a deformar la columna vertebral! Pues a mí me gustan. Claro, como tú andas de puro botín de minero. Sí, pero *Patricia Vidal* si me haces el favor. . . ." ¡Santa Malinche Mártir, qué superficiales andamos! ¡Y cómo lo estamos disfrutando! Justo lo que necesitaba para aligerar mi pena. ¡Ay, Lupe!, como diría Norma, qué cursi te viste.

No sé si por la champaña, o porque es viernes en la noche, o por pura débil que soy, pero de pronto me clavo en las parejitas que hay por ahí, bailando, hablándose al oído, queriéndose. Y me pongo a pensar en Claudia. Se me empiezan a llenar de lágrimas los ojos. Mariana lo nota.

—¿Qué tienes, Lupe?

—¡Los fenicios! Los fenicios atacan de nuevo, con tan-

ques, artillería pesada y hasta bomba de neutrones.

—¡Ay no, por favor! Los fenicios ahorita no.

Me toma de la mano y me jala.

—Ven, vamos a bailar para ahuyentarlos.

Bailoteamos desde un par de rumbitas hasta *Popotitos*, cantada por Enrique Guzmán y que seguramente alguna nostálgica de los sesenta decidió escuchar. De pronto, Mariana se me pone cerca y me dice:

—Lupe . . . creo que esa chava me está ligando.

—¿Cuál?

—Esa de la melena pelirroja y los ojos verdes . . . ¡No voltees así, Lupe, carajo, sé discreta!

—¿Aquí? ¿Para qué? ¡Oye, está mona! ¿Por qué no la sacas a bailar?

—¡Ay no, por favor! ¡Me muero del susto!

—Igual de tímida que siempre, Marianita, así no vas a encontrar esposa nunca.

—No empieces, Lupe. Ya me conoces.

—Por eso lo digo.

Me hago la desentendida y nos dirijo bailando hasta colocarnos cerca de la doncella en cuestión. De repente, exclamo:

—¡Me estoy haciendo pipí! ¡Ya no aguanto!

Y volteando hacia la dama, le pido:

—Oye, no seas malita, baila con mi amiga Mariana mientras voy al baño, ¿sí?

De reojo alcanzo a ver el púrpura que enciende la cara de Mariana. La otra, ¡encantada! Yo voy al baño pero no hago pipí porque no tengo ganas. Más bien me pongo a revisar todo. Espejotes, tina negra con jacuzzi, lavabo de mármol y porcelana, una concha de Limoges para el jabón, toallas de lino para secarse las manos, crema para despuecito, una loción de Ives St. Laurent, un jarrón de cristal de Bohemia con alcatraces, otro *art nouveau* con plumas de pavorreal y una colección de caracoles marinos engarzados en bases de plata. No cabe

duda: el *gay-set* es el *gay-set*.

Vuelvo al salón y me siento con las chavas.

—¿Ya viste, Lupe? Mariana ya ligó.

—¿Ah, sí? —me hago la que la Virgen le habla—. No me había dado cuenta. Qué bien, ¿no?

Siguen llegando mujeres. La de las dos funciones de teatro. La que canta en. La que estaba grabando el programa del próximo miércoles. La que tuvo una junta de directores que —fíjate, mana— duró hasta ahorita. La que tenía una cena pero sólo se estuvo un rato, porque ¿cómo crees que iba yo a dejar de venir? La que a última hora decidió que siempre sí. La que la que la que. . .

—Oigan, pues como experiencia ya me está dando sueño.

—¡Cámara, Citlali! ¡Qué frase! ¿Me dejas fusilártela para cuando escriba una novela?

—Toda tuya.

—Sí, yo también ya me aburrí —dice la Canela, quien no entiendo cómo es que se aburrió porque se ha pasado la noche de grupito en grupito, como corresponde a su *status* de Reina de la Popularidad.

Decidimos irnos. Le hacemos una seña a Mariana, quien se acerca con todo y galana. Nos la presenta como Camila. Nosotras le creemos.

—¿Y yo cómo me voy a ir? Sólo trajimos un coche.

El *timing* de Camila es perfecto.

—No te preocupes, yo te llevo.

Supongo que a Mariana le viene una descarga de adrenalina y que hasta piensa en decir no, pero antes de que reaccione la besamos, mucho gusto Camila, a ver cuándo vas a tomarte un tecito a la casa, chau, encantadas, gracias por todo, adiós.

Son casi las cuatro y Mariana no llega. La Canela duerme hoy en casa, abrazadita conmigo. ¡Qué delicia! Pero,

¿cómo dormirse cuando nos carcome la curiosidad? Las lamparitas de los cuartos están encendidas aún cuando Mariana penetra en el hogar, realizando sus mejores esfuerzos para no hacer ruido.

Las tres salimos casi corriendo.

¿Cómo te fue? ¿Se van a volver a ver? ¿Se dieron besitos? ¿Es actriz?

—¡Ay no, por favor! ¿Qué es esto? ¿La CIA, la KGB, Scotland Yard, Mike Hammer? Qué falta de respeto a la vida privada de las personas.

—¡Ay, Mariana, no te sobregires a esta hora de la madrugada! —exijo—. En esta casa, nuestras vidas privadas son del dominio público.

—Pues sí, sí me gustó. No es una maravilla, pero me gustó.

—Si no andamos buscando maravillas, Mariana, sólo queremos alguien que nos dé una ayudadita para acabar el año mejor de como lo empezamos —dice Citlali.

—¿Qué hace, trabaja o estudia? —pregunto cual galán clasemediero.

—Las dos cosas. Estudia psicología y trabaja en un restaurante.

—¿Y se besaron? —insiste Citlali.

—¡Ay no, por favor! ¿También de eso tengo que informarles?

—Sobre todo de eso —declaro inconmovible.

—Pues sí, ¡y fue rico! Hacía tanto que no besaba a una mujer. . .

—Yo estaba fascinada viéndote bailar.

—¡Ay no, por favor, Lupe, no mientas! Bailo como mopet, tendría que ir a una academia.

—¡N'ombre, Mariana! —interrumpe Citlali—. Estabas bailando con un ritmo que yo nunca te había visto.

—¿Cuándo se van a volver a ver? —inquiére con su acostumbrada dulzura la Canela.

—¡Quería entrar ahorita!, pero le dije que mejor nos

vemos mañana.

—¡Ay, Mariana, tan fresca como siempre!

—Aparte, yo sabía que me iban a estar esperando para que les contara. Ya las conozco.

—Lanzada la chava, ¿no les parece?

—En esa fiesta había varias lanzadas.

—Algunas como muy entradas.

—Sí, como muy besándose, ¿no?

—Pues yo prefiero a un ser obvio que a uno que te sale con jueguitos —opino—. Además, es lo más recomendable para Mariana. Con lo tímida que es, hasta que no las tiene prendidas de la yugular no se da cuenta de nada.

—Y a veces aunque se te lancen después no sabes ni qué onda —reconoce Citlali.

—¡Ah, no, pues ésta no! Ella muy definida en su rollo. Yo no podría...

—¿No podrías qué?

—Sacarme a alguien así de una fiesta.

—¿Así cómo?

—Pues así... así... que nomás la conoces y luego ya.

—¡Pues ya pudiste, cabrona!

—¿Qué querías, Mariana, una invitación a comer el domingo con sus papás?

—¿Saben qué es lo que me preocupa de mañana?

—¿Qué? —exclamamos casi al mismo tiempo las tres.

—Que estoy menstruando y me muero de pena.

—¡Qué tonta, Mariana!

—¡Coño, Mariana! ¿Lees el Corán o qué cosa? ¡Pareces musulmana!

—¡No me jodan! Cuando vas a hacer el amor con alguien por primera vez es un poco feo. ¡Admítanlo!

—Pero, Mariana, no es nada cochino ni malo ni feo. Es tu cuerpo, y a veces es así y a veces es de otra manera —dice calmada la Canelita.

—Aparte, tengo inseguridad, me siento una torpe.

—¡Coño, Mariana! La primera vez es la primera vez

para todos. El sexo es un aprendizaje y el salón de clases es la cama.

Se hace el silencio. Mariana parece reflexionar. La miramos. Por fin, dice:

—Pero es raro . . . besarte con una desconocida.

—¡Qué judeo-cristiana eres!

—¡Francamente, Mariana!

—¡Para la gente común y silvestre lo raro es no besarse!

—La primera vez y ya besitos . . . No estuvo mal, Mariana —la estimula Citlali.

—Nada mal . . . —corroboro.

La sonrisa de Mariana se expande por segundos.

—¡Pues felicidades, Marianita! —exclama la Canela. ¿Verdad que la vida no se vé tan triste desde esa perspectiva? ¿Verdad que las cosas cambian cuando conocemos a una pelirroja de ojos verdes un viernes en la noche?

Hay semanas de siete siglos

¡Ay! mi estado de ánimo gris, sin mangas, tras unos cristales sucios, en medio de un embotellamiento, apachurrado y sudado en el Metro, con ganas de mejorarse, de sonreírse, de sentirse menos peor. A ver, ¿qué es esto que tengo? ¿una depresión, un decaimiento, una crisis, una mala racha, una tristeza mal cuidada? ¿Qué creen? ¿Me embrujaron, me echaron el mal de ojo, la maldición gitana? ¿Me nacionalizaron el optimismo?

¡Coño mil veces! Hoy sí que se me vino la nostalgia encima. Culpa del pinche clima. Los días nublados son invitaciones a la melancolía. Si amanecí bien, con la dignidad en alto. Releí a Virginia Woolf. Trabajé toda la mañana. A las cuatro tuve hambre: chayotes con crema, un pedazo de pescado, peras en almíbar con queso cottage y una taza de té. Puse un disco de Cuco Sánchez y me senté a comer. Ahí fue cuando. No sé qué me pasó. Me empezó una tristeza. . . ¡Y las lágrimas! Se me salían solas, ¡las muy cabronas!

Yo creo que tuvo que ver el recadito de Claudia. Junto con el suéter que me devolvió venía una notita: "Te extraño muchísimo y te seguiré amando siempre". Junto a la firma, un corazón dorado partido en dos. El corazón —no ese color oro sino el mío— se me puso chiquito chiquito, y arrugado, como chamoy. Leí varias veces la nota y me dio ternura, hasta sonreí complacida. La neta es que se me salió el amor, sí, ni modo, ¡se me salió! Impulso número uno, clásico de mujeres vehementes que no conocen la medida: le escribí una tarjetita. Impulso número dos, clásico de mujeres vehementes que han llegado a conocer la medida gracias a la terapia y a la elevada autoestima que se tienen: rompí la tarjetita.

Y ahora aquí estoy, llena de vacío, apachurrada como gallina en la carretera. ¿Cómo es que permito que esto me suceda a mí? ¿A mí que he pasado tantos años conociéndome, aprendiendo a canalizar positivamente mis neurosis, venciendo miedos, alejándome de quienes me afectan o me dañan? ¿A mí que cuando me desespero, pues me espero, y que si me pierdo, luego —o no tan luego— me encuentro?

Pero hoy, lo que es hoy, no alcanzo siquiera a refugiarme en las palabras. No encuentro las precisas, las que calman. No me encuentro en nada, ni en la música, ni en las hojas verdes del caracol de la chimenea, ni en tí, Virginia, con tu Orlando poeta que en una página ama-nece convertido en mujer. ¿Cómo hacías, dímelo, tú para amar, existir y escribir? ¿Por eso fue que aceptaste la locura a cambio? ¿Fue por escribir que te moriste? Te traigo a este tiempo con tu cara larga y tus ojos melancólicos, tu pelo recogido, igual que tus ansias de sentirte mujer en un mundo en el que ni siquiera podías entrar en una biblioteca pública a tomar un libro entre tus manos finas. Nos imagino tomando té, las dos muy juntas, contándonos cómo, a veces, la menstruación nos abre más los sentidos y nos conduce de los ovarios a la creación. O, al contrario, nos aleja de ella. Cómo, con la sangre, mujeres nuevas se posesionan de nosotras, algunas conmovedoramente cercanas; otras, ajenas y terribles. Porque nuestra sangre mensual encierra la ferocidad y el color de la vida, pero también el germen de la locura.

Martes

Qué ganas de desaparecer y materializarme en otro lado, frente al mar, en Saturno, la luna, ¡o Tepoztlán! Lo que sea, pero que no sea esta pinche desesperanza que me chupa fuerza y energía para vivir. Quisiera ser distinta.

Leer *Cosmopolitan* y *Buenhogar*, realizarme en Plaza Satérite, vivir la vida de las heroínas de las telenovelas en lugar de la mía, no ser tan sensible ni tan intensa. (Ya no te quejes tanto, Flor de Azalea, que hallar pudiste protección y abrigo. . .)

Miércoles

Dice Norma que la diferencia entre el herpes y el amor eterno es que el herpes es para siempre, que lo mío es una mera cuestión de tiempo. Ya van más de tres semanas. ¿Cuánto más me tardaré en expulsarla de mis más mínimos recovecos? ¿Cuánto más llevando su presencia a todas partes? Supongo que ella también padecerá momentos así, en los que esté solita, y entonces se acuerde.

Jueves

Me choca andar gimoteando por la casa. La lleno de mala vibra. Por lo menos ya se quitó esa desazón interior que me carcomía el pecho. Pero, seguido, la tristeza me agarra por sorpresa, me zarandea. Entonces, los ojos se me apagan y la sonrisa se me va. ¿Por qué será que el amor por Claudia se niega a abandonarme? Eso, dadas las circunstancias, es masoquismo. Pienso en ella y siento que el último de mis poros se expande de satisfacción. ¿Satisfacción de qué? Sonríó a solas porque a lo mejor no quiero olvidarla, o quizás porque aún conservo un cierto sentido del humor, o *chance* porque sería buen tema para una novela. Además, todo está en contra mía. De pronto, la placa del coche de adelante tiene tres "ces", rectifico el cambio en la tienda y resulta que ocho por cinco es igual a Claudia, todas las *boutiques*, los salones de belleza y una que otra revista se llaman así, ¿y así pues cómo voy a superarlo? Consulto el I-ching. Le pregunto: ¿Cuándo, carajo, cuándo? Siempre me sale con

que "el peligro se acerca y el hombre superior debe permanecer inmóvil como la montaña sobre la tierra". ¡Me cargan el hombre superior, la montaña y el I-ching! A veces también prendo incienso, canto a gritos en la regadera, leo poemas en voz alta, me repito quedo: "Ya pasará, Lupe, ya pasará". No se puede ser lúcida con toda esta tristeza a cuestas. Creo que me voy a ir a hacer una limpia: Confirmo: encontrar el amor y no poderlo vivir, esto es la pérdida del paraíso.

Viernes

Hoy decidí hacer caso omiso de cualquier información que me llegue de Claudia. No es posible que mi estado de ánimo dependa de sus noticias. Si el dato es bueno, levito de felicidad todo el día; si es malo me derrumbo por completo. ¡Basta ya!

Sábado

¡Qué maravilla! Creo que estoy creciendo. De pronto me cayó el veinte: no puedo seguir adelante inventándome el amor. A las personas hay que vivirlas como son y no como quisiéramos que fueran. Esto y otras cosas aún no muy claras me bajan, como una lluvia lenta, desde la razón hasta cada una de mis vísceras. Cambio de página. Mi escenografía de los últimos tiempos ya no pertenece a esta obra. Debo crear otra. Pero no sé cómo. Todavía no sé cómo. Tengo la certeza de no querer ser como era. Y sé que seré. Otra distinta, pero volveré a ser. Ya iré sabiendo cómo.

Domingo

Recibí carta de Rosi Babalú. Su belga le ha resultado igual de cabrón que si hubiera nacido en la colonia Gue-

rrero. Otra que pensó que su sentimiento iba a cambiarlo todo. Y lo peor: no logra zafarse de la relación. ¿Qué nos pasa? ¿Qué nos conduce al amor no correspondido, ese que se vuelve amargura, resentimiento, que nos convierte más que en amantes en verdugos recíprocos? Ese amor que se nos mete al mismo tiempo como el piquete de una araña venenosa y el más dulce de los elixires. Que nos conduce a la depresión y, a veces, no lo niego, a escribir buenos poemas.

En amores así se incubaba la mayor parte de nuestros males. ¿Por qué insistir? Esto es peor que un vicio. ¡Esto es un vicio! El vicio del amor imposible. ¿Será que estamos tan enfermitos que ésa se vuelve nuestra única forma de amor porque el que sí se puede nos aterra? ¿Será nuestra necesidad compulsiva de amar, ese mal de todos los tiempos: enamorarse del amor?

Y luego queda el fantasma. Nos acompaña como mascota. Caemos en un trato permanente con él. Nos convertimos en una inmensa casa embrujada. Perdemos la perspectiva y sublimamos los ratos buenos. ¿Lo hacemos para no enfrentar el terror torturante de la soledad? Pero, ¿cuál soledad? De todas formas estamos solos, todos, en lo más profundo de nuestro ser. La soledad es algo irremediable. Pero estar solo no es tan terrible si aprendimos ya a que nuestra compañía nos sea grata... y nos acompañe.

Lunes

Claudia, ¿sabes por qué ya empecé a olvidarte? Porque cometiste la grave falta de quererme menos porque yo te quise más.

¿Volver, o no volver? Ésa es la cuestión

Guadalupe, releo de un tirón nueve meses de cartas, recados, dibujos. . . inclusive los últimos, los de hace unas horas. Y pienso en esos personajes de Maeterlink que recorren el mundo en busca del pájaro de la felicidad, para darse cuenta finalmente que éste se encontraba dentro de su propia casa. Así me siento yo. Habiéndote tenido tan cerca, y ahora tan lejos. Y con razón. ¡Pinche, Lupe! Tú no te detienes en los cuerpos. Tú te robas los espíritus. Y, ¿sabes? voy a recibir todos tus reproches porque, además, me gusta que los hagas. Te siento viva, despierta, guerrera. Quizás estoy loca. Quizás lo estoy. ¿Y sabes otra vez? Tenías razón: los reproches por escrito se quedan. Y qué bueno. Una puede abrir la cartilla y repetir cada sílaba para aprenderse bien la lección. Nunca más. Nunca más. El precio es demasiado alto. No quiero estar lejos de ti. Te amo, Amora, te amo.

Es la quinceava vez que leo la carta de Claudia y aún siento una sacudida violenta en las vísceras. Y héme aquí, moderándome para no caer desmayada, o saltar de alegría, aunque con un poco de temor, no lo niego. Tiene fecha de ayer sábado. Me la dejó hoy con la portera, seguro iba de paso a comer con sus papás. Me muero por volver a verla. ¿Qué habrá pasado? ¿Les contaré a las chavas? Me van a tragar viva. De todas formas voy para allá, necesito una copa de algo.

Citlali, Susana y Graciela cocinan hoy. Mariana pone la mesa, Norma la recoge, yo lavo y Camila trajo el postre. Generalmente guiso yo también, pero hoy he sido

exenta porque tengo que terminar mi artículo para *fem.* sobre las ventajas de la menopausia.

Ya ni siquiera sé cómo voy a terminarlo. Estoy que brillo de felicidad, y de nervios. Saco frases de mi máquina de escribir y tomo vino blanco. La imagen de Claudia empieza a llegarme, tierna, hermosa, sensual. Comienzo a deseársela entera, a soñar con recorrer su piel virtiendo palabras que ni yo había dicho ni ella escuchado antes. Y siento un impulso de agarrar el teléfono y llamarla a casa de sus padres para pedirle que corra a mi cama. Pero no puedo hacerle esa mala jugada a otra mujer, aunque sea su madre. ¡El teléfono! ¡Está sonando el teléfono! ¡Que sea ella, Virgencita de Guadalupe, tocayita, que sea ella, por favorcito!

—¿Hola?

—Hola... soy...

—Sí, ya sé, ya me avisó el dolor de panza.

—¿Recibiste mi carta?

—Sí.

—¿Podemos vernos para hablar?

—Sí.

—¿A las seis?

—Sí.

—Paso por ti.

—Sí.

—Adiós.

—Sí.

Me tiembla la mano. ¡Me está temblando la pinche mano! ¡Coño! Me porté como idiota. "Sí, sí, sí, sí..." Como adolescente, pero de las de antes, ¡coño!

—¡Lupe! ¡Ya vente, ya está la comida!

Menos mal, así dejo de flagelarme.

—¡Voy!

En la cocina sólo están Mariana y Camila preparándose unas cubitas y Graciela terminando su parte.

—¿Y las demás?

- Afuera, en el patio, tiradas al sol.
 Salgo a llamarlas. Regreso enseguida.
 —Que ahorita vienen, que están haciendo fotosíntesis.
 —¡Ay no, por favor! ¡Qué científicas! ¡Es domingo!
 —Oye, Lupe, yo termino de ayudar a Graciela con la salsa y tú ponte una salsa para llenarnos de *sabo'chica*
 —dice Camila, al tiempo que empieza a bailar.

Hummm... está rica la sopa de tortilla... y el pastel de espinacas... y el pollo con ciruelas y miel... y la ensalada... Qué bendición, Virgen de las Mil Especies, qué bendición tener amigas que cocinan tan bien.

El vinito me pone sentimental, así que me decido:

—¡Chicas! Hay noticias en el frente. Claudia me mandó una carta. Quiere que volvamos, a las seis pasa por mí.

Siencio general. ¡Ay, nanita qué miedo!, es Norma quien lo rompe:

—No hay duda: el amor te vuelve loca, irracional, desconocida.

—Andas confusa, Norma. Ésa es la pasión. El amor te enriquece, te hace crecer, conocerte.

—¡Ay, Lupe, pero la diferencia es sutil! —argumenta Susana.

—Estás orate, al contrario, es fundamental. La pasión te aniquila y pasa, el amor te engrandece y se queda después en forma de amistad.

—Eso es muy utópico —opina Camila.

—Pues yo ya lo viví y conozco, o más bien conocemos a otras mujeres que también lo han vivido.

—¡Está bien, pinche Lupe, el amor es maravilloso! Pero no sé si has notado que tu relación con Claudia no lo ha sido tanto.

—¡Al principio sí!

—¿Sabes cuál es tu problema, manita? Que sublimas al amor, te inventas a la gente, tratas de encontrarle el lado mágico y romántico a todo, y así no se puede vivir, ¡ni se debe tampoco!

—¡Lo acepto, es cierto, tienes razón! ¡Por algo estoy en terapia!

—Bueno, Norma, pero hay que admitir que una carta y una llamada le alborotan el sentimiento a cualquiera —apoya Graciela.

—Hummm . . . se te juntan las ganas de una manera —suspira Camila.

—Y es que mi amor por Claudia se niega a retirarse a mi pasado.

—¡Ay, manita, esas pinches frases de escritora cursi sólo a ti te salen tan natural!

—Gracias, muy gentil —digo, y agrego:

“Además, todas somos una bola de románticas e idealistas. La poesía permanece intacta en nosotras pese a la prisa, el periférico y los machos mexicanos, pasamos los treinta creyendo todavía que en México ‘sí puede haber una revolución’, cada vez que iniciamos una relación lo hacemos convencidas religiosamente de que ‘ahora sí con ésta/éste sí la hago porque no es como las/los demás’ . . .”

—De acuerdo, pero tú ya tienes elementos para saber que Claudia sí es como las demás, ¡o peor!

—¿Peor porque quiere casarse y tener hijitos?

—Obvio que no . . . más bien ése será su castigo por tratarte como te trata, ¡jjar, jjar, jjar, jjar!

—¡No exageres! ¿Por qué su castigo?

Norma se frota las manos, pone ojos de mala:

—Porque la muy tonta no sabe que el matrimonio y la maternidad son dos de los métodos más sencillos para destruir a una mujer. Para muchas, es ahí donde empieza su caída.

—¡N'ombre, Norma, estás gruesa! —salto indignada.

—¿Porque digo la verdad?

—¡Chingao, Norma, ahora sí te excediste! —sigue apoyando Graciela.

—No sé qué les sorprende si ya la conocen —apunta, sonriente, Susana.

—¡Eres una provocadora!

—¡Y lo disfrutas!

Norma no deja de sonreír, satisfecha. Camila parece divertida.

—Te pasó lo que dice el poemita ése de, “Llamaste y se me olvidó enseguida que ya te había olvidado”. A mí se me hace que reprobaste el cursito de selectividad del que tanto presumes.

—Mira, Norma, créelo o no, Claudia es una buena persona.

—Puede ser, no lo niego. Pero los efectos de su conducta hacia ti, aunque sean de una buena persona, resultan negativos. Eso la convierte en una mala persona hacia tu persona.

—¡Mala no! Quizás algo inconsciente... —digo yo, tratando de salvar la imagen de mi amada.

—¿Inconsciente es lo mismo que inocente? —pregunta Camila.

—Algo así —responde Graciela.

—Claro, ¡y la inocencia es el filtro ideal para la conciencia! Y es ahí cuando te llevan entre las patas. Pero no te preocupes, manita, que aquí estaremos cuando te vuelva a salir con que ella *sí* es normal y te deje, una vez más, hecha trizas, como perro aplastado en el viaducto.

—¡Coño! ¿Qué quieres que haga entonces? ¿Matar el sentimiento?

—Me parecería lo más adecuado. Matar el sentimiento, Lupe, pero no morirte con él.

Como casi siempre, las frases de Norma me sacuden.

—¡Ay, Norma, qué sabia eres a veces!

—¿Sí, verdad? —dice, ruborizándose.

Risa general. No resisto, me levanto y me le echo encima, la abrazo, la besuqueo.

—¡Y modesta!

Entre risas y más rubores, replica:

—¡También, también!

Susana interrumpe:

—Así que a las seis es tu cita. ¿Estás nerviosa?

—A un paso del pánico.

—Pues nada mejor para el pánico que un buen postre —dice, medio sarcástica, Mariana—. ¿Qué tenemos para hoy, mujeres?

—Un *mousse* de mango que no tiene paralelo.

—¡Y helado de Roxy!

—¿Quién quiere café? ¿Y té?

—Yo un anís para el susto.

Una vez que los postres, los cafés, tés y anises han sido distribuidos, Norma persevera:

—A ver, manita, explícame, ¿por qué te aferras a tu más grande desesperanza?

—Porque quiero creer en el cambio de Claudia o, por lo menos, escuchar lo que tiene que decirme.

—Ahora resulta que una de tus santas te hizo el milagro y Claudia decidió rectificar y seguir por la senda del bien. . .

—O que se dio cuenta de que no se puede ser tan infiel a una misma.

—¡Ay, manita!, tu ingenuidad es ilimitada. . . ¿De chiquita veías Teatro Fantástico todos los domingos?

—¡No mames, Norma, que Claudia no es el Lobo Feroz ni yo Caperucita Roja! Mi autoestima y mi sentido de autocrítica están lo suficientemente desarrollados como para no irme otra vez con la finta.

—¿No sería más fácil que no le abriéramos la puerta y te olvidaras de ella para siempre?

—Si fuera así de drástica y exagerada como tú, pro-

bablemente. Pero yo quiero darnos una última oportunidad. ¡Necesito verla!

—Eso sucede con las obsesiones.

—Con las calenturas.

—Con las pasiones malsanas.

—¡Con las pinches bugas!

—¡No jodas, Mariana! Sucede con todo el mundo. . . ¡y en todo el mundo!

—Pero más con las bugas.

—Oye, Norma, no sé por qué le tienes tanta tirria a las bugas.

—A las bugas en general no, pero a ésta en particular sí porque te trae en el descontrol: te quiero, no te quiero, te quiero, no te quiero. ¡Te está volviendo loca!

—Lupe, ¿no crees que estás haciendo con Claudia lo mismo que ella hace con sus galanes: pidiéndole cosas que no te puede dar? —dice Graciela, colocándose automáticamente en el bando contrario.

—Sí, pero es que no quiero perderla. ¡Todavía la amo demasiado! —les confieso, ya con las lágrimas colgándome del lagrimal.

—¿Las *razzias*? ¿La policía? ¿Para qué pensar en ello si hay otras cosas peores como estas tragedias silenciosas que debemos vivir por enamorarnos de gente con miedo? —se lamenta Norma, abrazándome.

Se hace el silencio. Y es entonces cuando suena el timbre de la puerta. Miro mi reloj. Son las seis en punto de la tarde.

Vida, nada me debes; vida, estamos en paz

Pues sí, volví con Claudia. Lo de siempre: besos, abrazos, promesas. Terminó ya con sus dos galanes. No porque yo se lo pidiera sino por convicción propia. Dice que cuando estaba con ellos pensaba en mí. Que nuestro amor se le convirtió en una urgente necesidad. Parece ser que la vida es así y que estas cosas suelen ocurrir, aunque los por qué se multipliquen hasta el infinito.

Esa tarde que pasó por mí, fue sólo mirarnos a los ojos y ya estábamos amándonos igual. Llegamos a su departamento, me tomó de la mano y me hizo recostar en el sofá. Trajo un chal para cubrirnos y puso un disco. La música empezó suave. Un solo de flauta grabado frente al mar. Como fondo: el sonido de las olas y el canto de las ballenas.

—Abrazame —dijo quedo.

Abrí las piernas. Ella se dejó caer de espaldas a mí y se acomodó en el nido que formaba mi cuerpo. La rodeé con mis brazos. Mi mejilla rozaba su pelo. Nos tomamos de las dos manos y, al compás de la música, hicimos el amor con la yema de nuestros pulgares. Después hablamos, claro está. Y el resto de la noche nos amamos, así como seguramente se aman las diosas.

Desde entonces, montones de vivencias compartidas, fines de semana acurrucadas una contra la otra y un par de connatos de crisis buguil. Nada similar a lo de antes, debo reconocer. Supongo que su lección fue clara: elegir es renunciar.

Yo no me quejo. Fue un año sumamente enriquecedor. Un año de pajaritos en las entrañas. Un año especial que parecía no acabar nunca.

Este empezó bien, al menos para mí. Porque para nuestro pobre país. . . Recién estrenamos presidente y

ya temblamos ante la renovación moral. Nos encontramos inmersos en una crisis económica que tiende a agudizarse y que seguramente durará años. Somos la nación con la mayor deuda externa del mundo. La inflación es galopante. ¿Qué más nos depara la década? ¿Avanzará la izquierda? ¿Y la derecha? ¿Sucumbirá el peso más allá de los actuales ciento setenta? Es el tiempo del asombro. El sexenio promete.

No somos los únicos, claro está. El mundo se cimbra igual. Creo que, esta vez, ni siquiera Suiza y Costa Rica logran salvarse. En Estados Unidos y en Europa se habla de una enfermedad incurable que ataca el sistema inmunológico y que —según los gringos— afecta solamente a los hombres homosexuales, a los haitianos, a los drogadictos y a los hemofílicos. Qué raro que sólo a ellos. En México, no se ha reportado ningún caso.

Año de problemas en el Grupo. Sí, ni modo, el feminismo no es esa religión pura y prístina que me ilusioné con ver al principio. Hay luchas por el poder, rivalidades, pleitos. Pero sigue siendo mi opción de vida, sobre todo en esta época de incertidumbres. La Red Nacional de Mujeres, integrada por grupos feministas de toda la república, sobrevive por segundo año consecutivo. *La Causa de las Mujeres*, delicioso e importante espacio, regalo de Radio Educación, cobra fuerza día a día. Temas relacionados con nosotras ocupan ya un lugarcito en los medios de comunicación y hasta en algunas secretarías y sindicatos. Puede decirse que el feminismo avanza en México, igual que el Movimiento de Liberación Homosexual. Quién lo dijera: las organizaciones *gay* reúnen a un número mucho mayor de militantes que las feministas. Coordinan mesas redondas, talleres, marchas, programas, obras de teatro. ¡Y van miles! Qué envidia (de la buena). . . ¡Coño!, si hasta parece que estamos en el primer mundo.

Nosotras seguimos firmes en nuestros intentos coti-

dianos de ver el vaso de agua medio lleno: Citlali superó el resentimiento y ahora es cuatita de Carla; el romance de Mariana y Camila crece prometedoramente; Graciela no ha encontrado aún al elegido de su corazón, pero continúa su búsqueda en forma tenaz; Norma y Susana, tan juntas como siempre; la Vica, entre la meditación y la terapia, a la espera de estar un poquito más fuerte antes de entrarle de lleno a una nueva relación; Rosa María sigue superando miedos. Empezó a salir con un conosureño. Será su primera relación sexual después de la violación y anda un poco nerviosa; los tres programas que la Canela grabó junto a Jacobo Zabłudowski —«El lesbianismo: un amor que ya se atreve a decir su nombre»—, todavía les paran los pelos a millones de mexicanos.

¿Mi vida? Pues como decía mi abuelita, “antes de poder leer en el corazón de las otras personas tienes que aprender a leer en el tuyo”. Claudia resultó un auténtico curso intensivo. Sí, ya entendí: las mujeres no son todas mágicas y maravillosas, también juegan y lastiman, pero como son ellas quienes cubren mis necesidades afectivas principales, más me vale ser yo la que aprenda a cuidarse, ¡ah!, y a no andar amando en exceso por que espanto. Además, aunque las canciones, las películas y las telenovelas digan lo contrario, no hay que entregarle a ningún ser humano el mando de nuestra existencia. Estoy de acuerdo con lo que grita Claudia cada vez que se pone eufórica: “¡Amora, el amor es una cosa esplendorosa!”, pero ello no quiere decir que tengas que depositar en él todo tu resto. Afortunadamente, hay tantas cosas más. . .

En el periódico, cada nota que me publican significa un triunfo en esa batalla diaria contra los misóginos que tengo por “compañeros” de trabajo. Mis cuentos son un refugio, una ilusión, un reto, un amante celoso. Total que, la neta, ando contentísima. Haber vuelto con Clau-

dia influye, no lo niego, pero ahora sé que si se va nuevamente no me derrumbaré, porque cuando estás tan de cara con la vida, acabas entendiendo que nada es lo bastante grave como para hundirte, que hay recursos y manos amorosas, que siempre te vas a levantar, te pase lo que te pase. Mis amigas se burlan: “¡Ay, Lupe, ya bájate de tu arco-iris!” Y yo digo: “¿Por qué? Tanto trabajo que cuesta mantenerse arriba”. No me molesten. Estoy dispuesta a disfrutarlo mientras dure. Después, seguramente vendrán otras sorpresas. ¡Ay, Santa Franca Basaglia! ¿Se puede ser tan feliz sin sentirse siquiera un poquito culpable?

*México, D.F.
Otoño de 1983*

*Sherman Oaks, Cal.
Primavera de 1989*

*México, D.F.
Verano de 1989*

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO
PRINTED AND MADE IN MEXICO
IMPRESO EN LOS TALLERES DE
NATIONAL PRINT, S.A.
SAN ANDRÉS ATOTO No. 12
NAUCALPAN DE JUAREZ, EDO. DE MÉXICO

EDICIÓN DE 3000 EJEMPLARES
SEPTIEMBRE DE 1989